



Diarios para Carol

May Blacksmith

Sisoul

Diarios para Carol



May Blacksmith



© 2018 May Blacksmith
Todos los derechos reservados.
Editado por: Mercedes López y Diana Alonso
Portada: Ana Idam
Maquetación: May Blacksmith
Imágenes: Pixabay.com Pexels.com PicsArt,
Primera edición: fecha. Diciembre de 2018
Número de registro en Safe Creative: 1812069251069
ISBN: 9781790766697

El amor es la única cosa que somos capaces de percibir
que trasciende las dimensiones del tiempo y el espacio.

INTERSTELLAR

A las mujeres de mi vida

A mis sisoul

A Íñigo, con todo mi amor

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Déjà vu](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

Londres, julio de 1969^[1]

El hombre empujó la vieja puerta acristalada escuchando ya el conocido tintineo. Caminó hasta el mostrador y esperó a ser atendido mientras acariciaba el reloj de plata que llevaba en el bolsillo del pantalón. En el interior de su chaqueta, un manojo de folios abultaban rompiendo la simetría de su impecable atuendo.

Había sido un día interesante, había vivido un momento histórico del cual había dejado constancia en ese montón de notas, pero tenía que volver, no podía quedarse, se le acababa el tiempo.

—Buenas tardes, caballero —saludó el dueño de la tienda sacándolo de su ensimismamiento.

—Buenas tardes. —Correspondió el cliente, sonriendo al ver el conocido rostro.

—Un placer inesperado verlo de nuevo por aquí.

El tacto frío del metal entre sus dedos le recordó que aquel objeto no le pertenecía. Cogió la cadena y, tirando de ella, sacó el reloj de bolsillo que en otra época habría llevado guardado en una pequeña abertura de su chaleco. El objeto de plata repujada comenzó a girar sin control emitiendo pequeños destellos al hacer contacto con la luz que entraba por el escaparate. Los dos hombres lo observaron por unos segundos y, enseguida, el que lo sostenía en la mano, lo dejó en el trozo de tapiz que había encima del mostrador sin desprenderse del todo de él.

—Increíble proeza la de estos americanos, no hay nada que se propongan que no lleven a cabo. Sin duda un hecho muy inspirador que le traerá muchos éxitos.

El hombre que aún sostenía la cadena entre sus dedos, asintió sin pronunciar palabra.

—Espero verle de nuevo por aquí —dijo el tendero, sacando un estuche del cajón del aparador destinado a guardar el objeto.

En el justo momento en el que el cliente soltó la leontina, un rayo de color violeta cruzó el local dejándolo a oscuras por unos instantes.

Capítulo 1



Londres, 1885

Martha volvió a perderse en las sucias calles de Regent Street, donde estaba ubicada una de las casas de empeños más famosa de la ciudad debido al correr de los tiempos. Su chófer, como cada vez que se acercaban por ese barrio, la dejaba dos manzanas más atrás para que ella fuese caminando. El hombre la seguía a corta distancia hasta que ella se paraba en lo que a él le parecía una tienda sin interés alguno, con un escaparate sucio y sin nada que ofrecer a la vista, pero ella parecía opinar todo lo contrario y se empeñaba, semana tras semana, en que le acercara hasta ese lugar. Una vez que llegaba hasta allí, le adelantaba con el vehículo, y volvía al lugar donde se había apeado para esperarla, sabía que no serían más de diez minutos.

La mujer se paró delante del escaparate esperanzada. Sus ojos brillaron al comprobar que aquel raro camafeo seguía en el mismo lugar como cada semana de los últimos seis meses.

Estaba de luto, pero se acercaban las fiestas de Navidad y aquella hermosa pieza, que nadie había recuperado hasta ahora, sería su regalo bajo el árbol.

Levantó la vista mirando hacia el interior de la tienda topándose con su reflejo.

Martha era una mujer de estatura media y delgada; de tez cetrina y pelo ceniciento. Su falta de atractivo le hacía ser una mujer introvertida que, con el paso de los años y a pesar de tener varios cazafortunas merodeando a su alrededor, quedó soltera. Era demasiado orgullosa para aceptar los favores de un hombre por su posición social.

Con padres fallecidos por enfermedad y un hermano menor viajando por las Américas en busca de aventuras, quedó sola al fallecer su única tía. Unas cejas pobladas y una nariz con demasiada personalidad, para su gusto, opacaban los pocos rasgos atractivos heredados de su madre, una mujer de

grandes ojos rasgados y labios carnosos. A pesar de la sobriedad de su atuendo, el corte de su abrigo confeccionado a mano y la riqueza de su lana, junto al terciopelo y los encajes del vestido, denotaban que era de alta cuna; ya solo el sombrero de ala corta con plumas y el detalle de un pequeño pájaro resaltaba su buen gusto por la última moda que pocas se podían permitir.

Dejó de mirarse en el sucio cristal y volvió la vista al camafeo; estaba decidida a comprárselo. Ese día ni siquiera su falta de confianza la frenaría.

La campanilla de la puerta sonó, pero la tienda parecía estar vacía. Se paseó por las diferentes vitrinas hasta que se situó delante del mostrador. A los pocos minutos un hombre mayor con anteojos, cabello plateado y aspecto afable, apareció detrás del aparador y le sonrió. Siempre había oído hablar mal de los propietarios de este tipo de establecimientos, que eran usureros, antipáticos y bastante desagradables, sin embargo, aquel hombre no aparentaba nada de aquello.

—¿En qué puedo servirle, señora? —se dirigió a ella en tono amable.

Martha se quitó los mitones de piel de conejo y, dirigiendo su mirada hacia el escaparate, contestó con voz queda.

—Me gustaría ver el camafeo.

—Interesante elección —comentó el tendero y, guió sus pasos hacia la zona de exposición, cogió el estuche de piel marrón forrado en su interior de terciopelo morado donde descansaba la delicada pieza.

—Alabo su excelente gusto —dijo el comerciante—. Es una pieza exquisita fabricada en auténtico marfil. Es única y lleva varias décadas con nosotros, un objeto curioso que vuelve una y otra vez a nuestras manos.

A Martha le pareció que el hombre tenía un toque misterioso e incluso que podía estar tomándole el pelo, sin embargo sonrió para sí, animada por el hecho de que el camafeo no pareciera tener dueño. En todo este tiempo no se había decidido a adquirirlo preocupada por arrebatárselo a su auténtico propietario.

El tendero le comenzó a explicar las peculiaridades de algunos de los objetos de la tienda terminando su disertación con aquel camafeo. La pieza tenía dos rostros de perfil cada uno mirando en una dirección, y lo interesante era que parecía elegir a sus dueñas. Martha sabía que siendo mujer y debido a su aspecto bondadoso la gente la intentaba engañar, pero ella simplemente era correcta y jamás se dejaba embaucar por los charlatanes. En cuanto tuvo el estuche delante dejó de escuchar al hombre atraída por su influjo. Tocó el delicado marfil que el dueño de la tienda aseguraba que procedía de un

elefante africano, y cuya talla era impecable e increíblemente hermosa.

El tono elevado del hombre la sacó de su ensimismamiento.

—Le decía si tiene usted algún deseo.

—¿Algún deseo? ¿Para Navidad? —preguntó ella extrañada.

—No para Navidad en particular. Si tiene algún sueño. Veo que está usted de luto. ¿Quizá un nuevo marido?

—Oh, no. Nunca he estado casada. Entiendo a qué se refiere. Sí. Hay algo que... Sí. Me gustaría ser otra persona —afirmó con confianza tras unos segundos de duda.

—Pero no se puede ser otra persona —aclaró el hombre en tono condescendiente.

—Es cierto —contestó ruborizada—, es una tontería.

—No me refiero a que sea una tontería —corrigió el tendero— sino a que quizá lo que le gustaría es haber vivido otra vida.

—¡Exactamente! —le interrumpió—. A eso me refería, vivir en otro momento, en otro lugar o incluso en otra época más moderna, donde la mujer no esté tan oprimida.

—¡Una sufragista! —El hombre se llevó la mano a la boca en señal de escándalo fingido, guiñándole a continuación el ojo tras sus lentes.

Martha sonrió sutilmente. Las mujeres llevaban más de medio siglo disfrutando de su derecho al voto, pero hoy en día era lo único que habían conseguido. Por lo demás, todo seguía exactamente igual por no decir peor. La rectitud, el conservadurismo, la moral intachable, eran los ideales de una época opresora para la mujer en la que su opinión distaba mucho de contar en los círculos masculinos. Recordó a su tía Hortence por quien llevaba luto. Había sido una de las pocas sufragistas de clase alta que se habían lanzado a las calles junto a mujeres obreras, viudas y esposas de enfermos, para luchar por conseguir el derecho al voto. Fue un auténtico escándalo que amenazó con tambalearse el imperio bancario del que había sido dueño su abuelo. Si no fuera porque el dinero y el poder lo eran todo en ese país, lo habría conseguido con su perseverancia y tozudez.

La prensa la tachó de niña mimada con ganas de llamar la atención, ya que además era incapaz de conseguir un marido, y todo quedó en un pequeño altercado. Nada más lejos de la realidad. Hortence tenía multitud de pretendientes, pero se sentía incapaz de someterse al yugo de un matrimonio y ser un simple objeto de decoración en una enorme mansión gestionada por un ama de llaves. No se parecía en nada a su tía en ese aspecto. Martha

siempre había soñado con encontrar el amor y ser correspondida, hasta que sus dotes de observación en los diferentes bailes a los que asistía le indicaron que eso no sucedería jamás. A los hombres no les interesaba una mujer inteligente y elocuente. Preferían una belleza ignorante y obediente y, al parecer, el único atractivo que ella tenía era su inmensa fortuna.

Así que sí, había fantaseado con vivir en otra época donde la hermosura no lo fuera todo para un hombre. Incluso había pensado en marcharse al otro lado del océano, como lo había hecho su hermano, y encontrar allí esa vida llena de oportunidades que rezaban los panfletos.

Las cartas de Jonathan, su hermano, pronto le hicieron cambiar de idea. Allí las cosas no eran nada fáciles para las mujeres, se podría decir que incluso peores que en Inglaterra, ya que por la falta de leyes se hallaban desprotegidas en aquellas tierras inhóspitas que distaban miles de kilómetros las unas de las otras y donde la civilización no terminaba de llegar.

El hombre cerró el estuche dispuesto a envolverlo.

—Es un objeto mágico —le dijo con ojos brillantes—. Cuando se lo ponga, piense en ese otro yo que le gustaría ser.

Martha exhaló el aire con una risa ligera asintiendo.

—¡Oh! —Se lamentó el comerciante—. No cree usted en la magia.

—Ya no soy una niña, buen hombre. Hace tiempo que dejé de creer en Santa Claus.

—Pues nunca deberíamos dejar de creer, mi querida señorita. Quizá no en Santa, pero sí en la magia que nos rodea y nos hace soñar, crear mundos imaginarios y lugares imposibles, en llegar a la luna o al centro de la Tierra.

—Como en las novelas de Julio Verne.

—Exacto. ¿Quién puede decir que ese hombre, no haya estado realmente en esos lugares antes de escribirlos...? Lo que usted está viendo en mi humilde comercio, incluso lo que le ha atraído desde fuera, no está realmente a la vista de cualquiera.

Martha asintió sonriendo, contagiada por el misterio con el que el tendero dotaba a su palabrería. Era una ávida lectora de libros de aventuras y fantasía, así que era habitual encontrársela en las librerías más destacadas de la ciudad, buscando las últimas novedades. Sacó su monedero de terciopelo, a juego con su vestido, y pagó la suma que le reclamó, se puso los guantes dispuesta a coger el estuche envuelto en papel brillante de color azulón, adornado con un lazo de color plata.

—Si desea cambiarlo o devolverlo, tiene usted tiempo hasta la

medianoche de la víspera de Navidad.

—Lo dudo, llevo mucho tiempo detrás de él.

—¡Insisto! —La mano apergaminada, moteada por manchas de la edad, se posó sobre la de Martha que aferraba el paquete encima del mostrador.

Se quedó desconcertada ante el cambio de actitud del comerciante, por el tono insistente de su voz y la mirada penetrante que le estaba dedicando en ese momento.

—Si desea cambiar algo, señorita Jones, o volver, mi comercio estará abierto hasta la medianoche de la víspera de Navidad.

Se zafó de la mano del hombre, que ya había aflojado su agarre, sin extrañarse demasiado de que conociera su apellido. Aunque hasta ese momento no lo hubiera hecho notar su familia era muy conocida en la ciudad.

—Querrá decir, cambiarlo o devolverlo —le corrigió ella.

—Sí, por supuesto —dijo riendo el tendero, devolviendo a sus facciones, con ese simple gesto, el aspecto de hombre bondadoso que se había encontrado durante casi toda su relación comercial.

Al cerrar la puerta no escuchó el tintineo de la campana, y al girarse la tienda estaba sumida en la más absoluta oscuridad, como si llevara años cerrada.

Sin darle más importancia, dirigió sus pasos hasta el coche con chófer que la esperaba un par de calles más allá y que la llevaría a Mayfair, donde estaba la residencia de su familia desde hacía casi un siglo.

Al llegar a casa el ama de llaves, una mujer recta y distante, recogió el abrigo y observó cómo, sin mediar palabra, Martha subía por la vieja y desgastada escalera de madera en dirección a su habitación.

Thomas, el mayordomo, apareció de la nada como ya era habitual y dirigió la mirada hacia la escalinata viendo cómo desaparecía la señorita Jones por la curva del primer piso.

—Espero que el señorito Jonnathan vuelva pronto de su viaje aventurero y ponga en orden esta casa, porque a esta niña ya no la quiere ni el viejo Capitán Thomson, y eso que es un experto cazador de solteras —comentó la mujer.

—Bueno, hace mucho que dejó de ser una niña, su prima Eloise ya tiene una hija para casarse y son de la misma edad. Y respecto al capitán...

—¡Oh! ¡Vamos, Thomas! —exclamó la mujer—. No creerás los rumores que circulan por ahí sobre los fallecimientos de sus esposas.

—Bueno, igual no son ciertos, pero prefiero que nuestra señorita Jones no tenga que comprobarlo.

El ama de llaves negó con la cabeza de modo condescendiente y continuó.

—Podría haberse casado tan bien..., pero es tan obstinada como su tía, ha dejado pasar a importantes candidatos. Al menos Hortence tenía unas profundas convicciones y gran belleza.

—No la culpo —reconoció el mayordomo—. No quería que la fortuna de los Jones cayera en malas manos. Además es una soñadora, he oído decir a las criadas que no se casaría si no era por amor.

Un fuerte viento hizo que una de las ventanas se abriera de golpe en la sala donde habitualmente Martha tomaba el té. Parecía que se estaba formando una buena tormenta.

El mayordomo comenzó a caminar hacia la estancia para asegurar la ventana como era debido sin dejar de escuchar las palabras del ama de llaves.

—Te has vuelto demasiado blando, Thomas. No entiendo por qué estás tan encariñado con esa niña —dijo con cierta acritud—. Me temo que el amor ha pasado de largo en esta casa —añadió llevando la prenda de abrigo al armario que tenían para ese menester, zanjando así la conversación.

Martha entró en su alcoba de prisa y se sentó frente al espejo del tocador, dejó el bolso y el paquete, y se deshizo de las agujas que sujetaban el pequeño sombrero. Estaba ruborizada por el esfuerzo de subir tan de prisa y, por qué no decirlo, por el deseo de verse con el colgante al cuello.

—Buenos días, señorita. —Clarice, la doncella, le sobresaltó aumentando de una forma más acusada su ritmo cardiaco.

—Qué susto me has dado —dijo observándola a través del espejo antes de girar su cuerpo en el escabel para mirarla.

Clarice deshacía el equipaje del reciente viaje al campo de su señora, donde había estado visitando a una de sus primas.

—Disculpe, señorita Martha, no era mi intención asustarla, ha entrado tan de prisa... —se justificó perdiéndose de nuevo detrás de la puerta del gran armario de caoba, donde iba colgando cada vestido que sacaba del baúl vertical que usaba en sus, ahora ya, escasos viajes.

—Clarice..., ¿te importaría dejarme sola un momento? Eso puede esperar.

Comenzó a deshacerse de la chaqueta y, con bastante dificultad, de la

botonadura de su vestido, haciendo que su impaciencia hiciera saltar más de uno.

—¿Está segura de que no quiere que le ayude con eso?

—No, gracias. Luego me ayudas a prepararme para esta noche y hablamos sobre tu reciente compromiso. —Le sonrió.

—Por supuesto. Como desee.

Nada más cerrar la puerta dejó que el vestido cayera hasta sus pies quedando tan solo con la ropa interior, el corsé, que apenas la dejaba respirar, y el polisón. Se acercó al armario de tres cuerpos que tenía en su habitación y sacó el vestido que había mandado confeccionar para el baile de Navidad al que, como cada año, asistían todos los familiares de los altos cargos de las diferentes sucursales del banco de su abuelo y los clientes más influyentes de la ciudad, y que acontecería en tan solo unas pocas horas.

El vestido era de un rico satén añil, con finos encajes plateados alrededor del escote en pico tanto de la espalda, algo más pronunciado, como el de la parte delantera. Unas plumas grises en los hombros daban el toque sofisticado a la prenda. Miró el turbante, que descansaba desde hacía días en el soporte indicado para ello en su cómoda, con una mueca de disgusto. No le gustaba aquel accesorio por mucho que estuviera de moda. Del mismo satén, pero esta vez plateado, con plumas tintadas de azul ancladas a un broche de plata vieja justo en el medio, lo único que hacía era remarcar sus facciones angulosas y que su nariz fuera mucho más evidente.

Se colocó el vestido sin apenas abrocharlo, ya que sin ayuda era del todo imposible, lo alisó con las manos y se recolocó algunos mechones de pelo que se le habían soltado del recogido. Deshizo el lazo del paquete y apresuradamente abrió el estuche, sacó el colgante y se dispuso a colocárselo.

Los truenos se dejaban escuchar a través de los ventanales y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales.

Inclinada sobre el tocador el camafeo de dos caras quedaba en el aire. Durante un breve instante recordó al dueño de la tienda de empeños y sonrió. Al ponerse recta, y en cuanto la pieza estuvo en contacto con la piel de su escote, un fuerte latido como si hubiese recibido la descarga de un rayo, como el que acababa de cruzar el cielo volviéndolo por unos instantes de color violeta, hizo que Martha sintiera como si su corazón estallara. Contempló unos segundos su reflejo en el espejo, que comenzó a volverse borroso transformándose en una Martha diferente y, acto seguido, se desplomó.

Capítulo 2

Londres, 1985

Carol salió de su habitación cantando, con los cascos puestos y su radiocasete sujeto al cinturón de cuero negro de enorme hebilla plateada; mascando chicle y formando pompas entre cada estribillo. Recorría el largo pasillo que daba a las habitaciones de aquella vieja mansión, haciendo crujir la madera a su paso.

—I was beat, incomplete. I'd been had, I was sad and blue. But you made me feel. Yes, you made me feel. Shiny and new. ¡Like a virgin! — Elevó la voz antes de gritar— ¡Ji! Touched for the very first time. Like a viiiiiiiiiirgin. When your heart...^[2] ¡Mamá! —chilló al empujar la puerta de la habitación de su madre y encontrarla en el suelo.

—Mamá, ¡mamá! —la meneó para hacerla reaccionar.

Martha comenzó a abrir los ojos intentando despejarse de una niebla densa que los cubría, como si llevara días durmiendo.

—Mamá, ¿estás bien?

Martha sintió que el tacto de aquella persona que le nombraba de esa manera, era cálido y que el tono de su voz sonaba preocupado.

Cuando su vista se aclaró, se extrañó al ver a una niña inclinada sobre ella con el rostro ovalado y unos ojos muy parecidos a los suyos. Los llevaba enmarcados por ese carboncillo que llevaban los hindúes cuya población aumentaba cada vez más en las calles de Londres. Las mejillas rosadas de algún polvo artificial y los labios rojos. Su pelo parecía una maraña de un rubio extraño y llevaba un lazo negro que ni siquiera hacía la función de sujetarlo. Martha extendió la mano y le tocó el cabello que le resultó demasiado áspero.

—Sí, ya sé lo que me vas a decir, que me he pasado con la laca. Pero, ¿qué te ha pasado, mamá?

Al escuchar de nuevo cómo le llamaba aquella niña, Martha se sentó y

miró a su alrededor desconcertada. Aquella parecía ser su habitación, pero no lo era exactamente, ni la decoración de las paredes ni la cama o el tocador eran los suyos, sin embargo, estaba segura de encontrarse en el mismo sitio.

—Creo que me he desmayado —acertó a decir, llevándose la mano al cuello y encontrándose con el camafeo.

—Será por culpa de ese corsé que te has empeñado en ponerte. Si quieres te ayudo a aflojarlo. Vamos —le ofreció la mano para ayudarle a levantarse—. Se te va a arrugar ese bonito traje victoriano.

Martha pensó que si lo que llevaba era un corsé era bastante cómodo y que le permitía perfectamente respirar, todo lo contrario a la situación que estaba viviendo, que le dejaba sin aliento.

—Me alegro de que por fin te hayas deshecho del luto. A papá no le gustaría que asistieras a la fiesta de disfraces de negro. Yo también le echo de menos —le apretó las manos—, pero ya han pasado dos años y necesito, necesitamos normalidad. Venga, termina de arreglarte, que George estará a punto de traer el coche.

—¿Y tú...? —Martha observó el atuendo de la chica. Llevaba una especie de chaqueta de traje masculina, en color negro y con solapas de piel de cebra teñida de ocre. El tejido de la chaqueta brillaba, y debajo parecía llevar un corsé también negro con transparencias. Se escandalizó al darse cuenta de que su intención era salir así vestida. Además, en vez de falda, vestía unos pantalones anchos como los de los hindúes del mismo color oscuro, con un collar de cuentas de varias vueltas, largo y escandaloso y, justo rodeándole el cuello, una cadena plateada que se unía en el centro por un nombre en el mismo material: Carol—. Carol, ¿tú de qué vas disfrazada?

—¿En serio, mamá? ¿Vamos a empezar de nuevo con esto? De Susan, Madonna en *Buscando a Susan desesperadamente*. —Ante la cara sorprendida de Martha, Carol continuó—. ¡La peli! ¿Pero qué te pasa hoy? Ya te dije que si la fiesta trataba de ir de diferentes épocas históricas, yo quería ir de la mía. Creo que alguien debería representarla, además el disfraz que me compraste de *hippie* sesentera es ridículo. Bueno, no lo es, pero ya sabes que Madonna es mi ídola y quiero ir como ella, ya que de normal no me dejas.

Carol emprendió la marcha hacia la puerta, dejando a una Martha desconcertada y que no entendía nada de lo que le había dicho aquella chiquilla que insistía en llamarle mamá. Se sentó en el banco que tenía frente al tocador mirando la espalda de Carol que justo en ese momento, dio media

vuelta acercándose con rapidez a ella hasta ponerse a su altura. Martha agarró con las manos el mullido escabel sin saber qué esperar de la reacción de la chica, que le cogió la cara con ambas manos con delicadeza y comenzó a susurrarle muy cerca del rostro.

—Me has dado un susto de muerte cuando te he visto en el suelo como inconsciente. No vuelvas a asustarme así jamás. Eres lo único que me queda —dijo con ojos brillantes—, ya tuve suficiente con lo de papá, ¿me oyes? —Martha asintió inconscientemente—. Muy bien —terminó dándole un beso en la frente—, que no se te olvide. Te espero abajo. —Y antes de desaparecer por la puerta pronunció:—. Te quiero.

—Y yo a ti —contestó Martha.

No sabía muy bien de dónde habían salido esas palabras, pero así las había sentido, no le había correspondido por ser cortés, no. Tanto el tacto de las manos de Carol en su cara, como sus labios en la frente acompañadas de aquellas palabras, le habían provocado esas sensaciones tan nuevas para ella, que habían ido calando en su cuerpo y su alma en esos escasos segundos hasta llegar a su corazón. Como si realmente siempre hubieran estado allí, como si fueran viejas conocidas a las que el tiempo había olvidado y las hubiera transformado en esos dos vocablos.

Respiró hondo sintiendo un calor le reconfortaba por dentro y una sonrisa le brotó en los labios.

Se giró despacio, consciente de que aún no se había visto y pensando si, quizá, aquel deseo expresado en alto en la tienda de empeños, le mostraría a la misma Martha viviendo en otra época que aún no sabía cuál era, o tendría un aspecto totalmente diferente. Pensó que si aquello era un sueño aún no quería despertar.

Su reflejo le devolvió una imagen como la de su habitación. Era ella, pero no lo era. Sus cejas lucían diferentes, arqueadas y delineadas como si estuvieran pintadas; sus ojos ambarinos estaban enmarcados por unas espesas y rizadas pestañas, oscurecidas con alguna especie de unguento y por *khol* negro siguiendo su línea rasgada, creando así un aspecto gatuno.

Se acercó más al espejo y agarró las pestañas de su ojo derecho entre los dedos pulgar e índice y tiró.

—¡Auchhh! —Sí, eran sus propias pestañas.

Su piel lucía nacarada y sonrojada en los pómulos, y sus labios estaban pintados de rojo brillante. Sentía su corazón desbocado con cada descubrimiento, ni siquiera su nariz llamaba la atención en ese rostro

mejorado. Su pelo tenía un brillo espectacular, de color castaño y mechones rubios intercalados sin atisbo de canas. No tenía ni idea de qué era todo aquello, pero se veía a sí misma preciosa.

Se tocó el camafeo de dos caras y pronunció casi como un rezo:

—Por favor, todavía no quiero despertar.

—¡Mamá! ¡Baja ya!

Martha sonrió, diciendo para sí: «Ya bajo, hija, ya bajo».

Ese nuevo yo era madre y otras tantas cosas que tenía que descubrir.

Al levantarse tiró con el vestido algo al suelo. Era el marco de una foto. Al recogerlo se vio en ella en una imagen a todo color en vez de en sepia como estaba acostumbrada. Estaba en medio de dos personas. Una de ellas era Carol de más pequeña con la cara lavada, que la besaba en una de sus mejillas mirando a la cámara. Al otro lado un hombre moreno hacía lo mismo, pero sin despegar la vista de ella. No sabía quién era, supuso que su difunto esposo ya que había llegado a la conclusión de que era viuda. Ella sonreía satisfecha. Su mirada parecía melancólica y no se la veía del todo feliz.

Dejó el marco en su sitio y, con el corazón latiendo a toda velocidad, se dispuso a bajar las escaleras y enfrentarse a un mundo desconocido y nuevo para ella.

Al llegar abajo una mujer mayor le ofreció un abrigo de pieles y un bolso a juego con el vestido. Le dio las gracias con una inclinación de cabeza mientras le ayudaba a ponerse la prenda. Se sentía angustiada al no poder corresponderle llamándole por su propio nombre y de repente aquella aventura le produjo ansiedad. ¿Cómo iba a sortear aquella situación? No conocía a nadie y mucho menos sus nombres. Se llevó la mano al pecho y respiró profundo.

—¿Se encuentra bien, señora?

—El corsé ha hecho que se desmayara, Mildred, pero mamá está bien, ¿verdad?

El tono apremiante de su hija le hizo darse cuenta de que, aunque fuera una buena excusa decir que estaba indispuesta para evitar aquel acontecimiento, sería una gran decepción para la pequeña. A pesar de que situarse en la época actual con menos premura habría sido lo ideal, no podía desilusionar a la única persona de la que había recibido calor nada más despertar en esa nueva vida.

—Estoy bien. Solo algo nerviosa.

—Normal, mucha gente espera su presencia en la fiesta —dijo Mildred.

Aquello no le ayudó en absoluto y la afianzó en que no era una buena idea continuar con esa farsa. La gente se iba a dar cuenta de que no era la verdadera... ¡Pero si ni siquiera sabía cómo se llamaba! Volvió a tomar aire, esta vez con la mano en el vientre, como si realmente llevara el corsé opresor de su época.

Siempre había sido una mujer observadora y minuciosa. No sería difícil sortear ciertas circunstancias y estar atenta a nombres y detalles, y si la situación se volvía insostenible o abrumadora, con retirarse sería suficiente.

Un periódico en la consola del recibidor le llamó la atención, era *The Times*, la misma gaceta de sus tiempos. El color blanco de sus hojas lo hacía ver diferente. Fijó la vista justo debajo del escudo que dividía el título donde se hallaba la fecha del noticiero: Sábado, 14 de diciembre de 1985. Justo cien años después.

El trayecto en coche hasta la sede central del Banco Jones fue otra experiencia embriagadora para Martha. La inquietud que sentía al ser transportada a esa inusitada velocidad, por aquel vehículo cómodo y sofisticado, contrastaba con el placer de ver aquellas conocidas calles modernizadas, llenas de luces. Estaba perpleja ante los llamativos escaparates con adornos navideños. Su corazón latía desaforado por la incertidumbre de lo que le esperaba y por la emoción de estar viviendo aquel sueño. Carol debió notar su inquietud, porque su mano, cubierta por un guante calado en color blanco como los que se usaban en verano en su época, se posó en la de ella, reconfortándole. Se miraron por unos segundos y Martha le sonrió con timidez sintiéndose agradecida.

Cuando llegaron a la sede central del banco que ayudó a construir su bisabuelo, dirigió su abuelo y después su padre, le pareció increíble que siguiera tal y como estaba un siglo después. Las lámparas de araña, los mostradores de madera tallada... todo estaba igual, salvo los aparatos extraños que estaban sobre las mesas, y las sillas y sillones que no eran de madera y terciopelo. Una alfombra roja les daba la bienvenida. Carol le cogió de la mano durante el trayecto hasta el *hall*, en cuyo centro un abeto gigantesto, decorado con multitud de bolas rojas y doradas brillantes, presidía la estancia. El suelo de mármol brillaba como un espejo y largas y repletas mesas llenas de comida y bebida, rodeaban el lugar.

—¡Acércate a la luz, Carol Anne! ¡Acércate a la luzzzzzz!^[3] —gritó un

muchacho vestido de cavernícola—. Por Dios, Hank. Ya han pasado tres años, ¿cuándo vas a madurar? ¡Y soy Carol a secas! —chilló.

El chico se marchó riéndose, dejando a Carol con el ceño fruncido y molesta.

Un hombre disfrazado también de la era cuaternaria le agarró por el hombro y la besó en la sien.

—No le hagas caso, Carol; ya sabes que a tu primo le encanta chincharte. Me alegro de que hayas venido, Sam —se dirigió a Martha acercándose y abrazándola.

Esta se quedó tiesa como un palo sin corresponderle. Nadie que no fuera de su familia le había tratado con tanta familiaridad y si lo pensaba con detenimiento ni siquiera su hermano la abrazaba habitualmente, pero disipó su incomodidad al recoger el dato de cómo la había nombrado. Ahora era mamá para Carol y Sam para aquel desconocido. ¿Sería Sam de Samantha?

—Tío Bob, de verdad, ¿no puedes amenazarle con quitarle la asignación si no deja de hacer eso?

El hombre, que parecía tener algo que ver con su familia, se rió negando con la cabeza.

—Lo mejor es ignorarlo, te lo aseguro K.

—¿La tía Phoebe también se ha disfrazado así?

—¿De quién te crees que ha sido la idea? Dijo que nadie se atrevería a hacerlo, y por supuesto que nadie quiere hacer el ridículo vistiéndose así en una fiesta como esta, pero...

El tono cómico y resignado del tío de Carol hizo que aflorara a los labios de Martha su primera sonrisa desde que había llegado. Se preguntaba qué tipo de parentesco podían tener. Lo miró detenidamente buscando cualquier parecido a ella misma, por si pudiera ser su hermano. Pero también lo podía ser su mujer. ¿Tendría una hermana? De nuevo la emoción la embargó ante tal expectativa. Entonces Carol salió corriendo al divisar a alguien, y su tío fue tras ella dejándola sola creándole cierta ansiedad.

—Samantha Miller-Jones.

Un hombre vestido como los tramperos americanos tal y como se los había descrito su hermano en sus cartas, se acercó sosteniendo un vaso con un líquido ámbar. Ella le ofreció el dorso de la mano.

—Pues sí que estás metida en tu papel con ese disfraz. ¿En serio quieres que te la bese? ¿También debería de hacerte una reverencia?

Martha dejó caer la mano al sentir el tono desagradable y mordaz

empleado por aquel señor que, incluso por unos instantes, le había resultado atractivo. Sin duda hasta que abrió la boca. Ni siquiera le contestó. Adoptó su cara de indiferencia que tanto había usado en los bailes de salón de su época, cuando a algún desafortunado le tocaba sacarla a bailar después de haberlo echado a suertes con sus amigos. Comenzó a dar media vuelta, cuando este le agarró del brazo. Martha se envaró, quedándose fría ante ese tacto.

—¡Brat! —le advirtió una voz masculina a su espalda—. Suelta a la señora Miller y come algo antes de seguir bebiendo.

El hombre la soltó al instante, para enfrentarse a su interlocutor.

—Pero si es Matthew Davis, alias el socio crápula.

—¡Lárgate, Brat!

Si por un momento, a Marta el tal Brat le había parecido atractivo, no tenía nada que ver con lo que había sentido al ver a aquel apuesto y elegante caballero. Vestido con traje de chaqué, corbata y chaleco, parecía salido de 1860 por lo menos. Llevaba la barba castaña, recortada como en la época, y sus ojos verdes la miraban con gran intensidad, aunque dudaba que ella no lo hiciera con el mismo entusiasmo.

El hombre cogió su mano y la besó. Martha se ruborizó, pero recordando dónde se encontraba y después de observar cómo se había saludado la gente, sabía que era todo parte del papel de aquel disfraz.

—Está usted muy elegante, señor... Davis —acertó a decirle aun sin conocerlo de nada.

Los ojos de Matthew brillaron al levantar la vista de su mano, en la que se había demorado unos segundos más de lo políticamente correcto.

—Ha sido Carol, ella me chivó de qué ibas a ir disfrazada, espero que no te moleste.

—En absoluto. —Sonrió agarrándole del brazo.

De repente se sintió osada, su corazón latía desbocado. Matthew la miraba como nadie lo había hecho antes y le hizo sentir cómoda y segura desde el mismo momento en el que acudió a su rescate, a pesar de que no le hubiera pasado desapercibido el adjetivo que le había dedicado el tal Brat.

—¿Quieres tomar algo? ¿Ponche quizá?

—Creo que tomaré una copa de champán. ¿Habría champán? —preguntó en alto pensando que podría haber metido la pata.

Una ligera carcajada salió de los hermosos labios de su acompañante, dejándola hechizada y con una sonrisa bobalicona en la cara.

—¡Por supuesto que hay champán! El mejor del mundo. Y

probablemente cualquier combinado que desees. Pero dime, ¿cómo te encuentras?

Martha sopesó la pregunta, y aunque sabía que él no podría llegar a imaginar cuál era el verdadero significado de su respuesta, decidió ser sincera respecto a su estado.

—Pues me siento totalmente desubicada, fuera de lugar. Distinta. Diferente. Todo esto —dijo abarcando con sus manos toda la estancia—, es como si fuera nuevo, aunque sea conocido. No sabría explicarme.

—Te explicas perfectamente y es normal que te sientas así. Llevas casi dos años enclaustrada. Has abandonado toda vida social. Si no vamos hasta tu casa a verte, aunque no nos recibas —dijo en un tono más bajo—, no sabemos nada de ti, pero me alegro de que hayas accedido a venir. Estás... estás preciosa —susurró haciendo que el vello de los brazos de Martha se erizara—, si me permite decírselo, *milady*. No creo que ninguna dama de esa época luciera tan bien un vestido como este. —Volvió a sonreír haciendo que sus ojos destellaran.

Martha creía que se le iba a salir el corazón del pecho. Escuchar esos piropos de un hombre como aquel le tenían embargada de gozo. ¿Quién sería? ¿Qué relación tendría con su familia? Se apellidaba Davis. Ella era Miller por su difunto esposo, concluyó, pero todavía conservaba el apellido Jones. Recordó que Brat se había referido a él como «el socio».

Carol se acercó a Matthew y él la levantó en volandas haciéndola girar y reír.

—¡Suéltame, Matt! Ya no soy una niña.

—Ya lo creo que no, estás hecha toda una adolescente malcriada. ¡Mírate! Esa Madonna..., no sé yo si es muy buen ejemplo.

—¡Oh por favor, Matt! No empieces tú también. Pensaba que eras mi aliado —dijo haciendo un mohín.

Martha observaba interactuar a su hija y a Matt, como ella lo llamaba con deleite. Parecían llevarse bien y todas aquellas expresiones que se dibujaban en sus caras la satisfacían de una manera que aún no podía comprender.

—¿Has visto qué guapo ha venido Matt, mamá?

Los dos se miraron y Martha asintió algo avergonzada. Se sentía como una niña. Toda su fortaleza parecía desvanecerse con la mirada de aquellos ojos verdes y no lo podía permitir. Estaba viviendo una situación excepcional, y tenía que aprovechar cualquier ocasión para sacar información

y no desentonar en aquella fiesta ni en la época que estaba viviendo.

Mientras comían, observó el comportamiento de los asistentes a la fiesta, las formas y las maneras. Todo había cambiado mucho. La gente parecía tocarse más, saludarse de una forma menos formal.

De repente, las luces bajaron de intensidad y unos focos de colores iluminaron una gran bola de pequeños espejos que comenzó a dar destellos. Martha se quedó con la boca abierta durante unos segundos, hasta que un estruendo la sobresaltó.

—¡*Wild boys* de Duran Duran! —gritó Carol—. Vamos a bailar, mamá —tiró de la mano de ella—. A ti te encantan.

Martha se dejó arrastrar aún aturdida sin saber de dónde llegaba aquel sonido infernal.

Se hizo un gran hueco en el centro del vestíbulo justo debajo de la gran bola, y mucha gente, la mayoría niños y adolescentes como su hija, comenzaron a moverse de una forma extraña, pero que sin duda parecían seguir el ritmo de la música.

¿De verdad a ella le gustaba aquello? Se quedó parada mirando a Carol contorsionarse como si un espíritu maligno se hubiera apoderado de su cuerpo, entonces ella le agarró de las manos y comenzó a movérselas.

—¡Venga, mamá! —se hizo oír por encima de la música—, ¡baila conmigo!

Martha movió la cabeza negando avergonzada.

—No creo que sea adecuado, Carol —le dijo al oído.

—¡Oh, por favor! Los adultos sois un verdadero rollo. ¿Sabes qué me gustaría? —Martha negó de nuevo con la cabeza—. Que volvieras a sonreír, que dejaras de estar triste. Que no fueras tan seria y te soltaras más. Que cantaras como lo haces en la ducha cuando crees que nadie te escucha, que bailaras... ¡Que seas feliz! —terminó, girando sobre sí misma.

Martha sintió un pinchazo en el estómago, como una especie de angustia, como si estuviera decepcionando a esa chiquilla. Y de repente quiso ser la persona que su hija deseaba. Bailar y reírse con Carol, saber quién era Duran Duran, Madonna y todo lo que tuviera que ver con esa niña, con su hija.

Nuevos sonidos se hicieron eco en la sala.

—¡Wow! esta sí que sí. I come home in the morning light. My mother says. When are you going to live your life right? Oh, mother, dear. We're not the fortunate ones. And girls, they want to have fun. Oh, girls just want to

have fun ^[4] —comenzó a cantar arrastrándola con ella—. Canta conmigo, mamá, ¡venga! ¡Las chicas también quieren divertirse! —Se puso a saltar y Martha, contagiada por su entusiasmo, la imitó.

Esa misma angustia que había sentido instantes antes se convirtió en alborozo. Cogió las manos de su hija y comenzó a saltar de la misma manera que lo hacía ella. Cuando Carol se soltó y elevó los brazos agitándolos de un lado a otro, cantando a voz en grito la letra de la canción con la que Martha no pudo evitar reír al descifrar su significado, sintió cómo un brazo la atrapaba por la cintura girándola, encontrándose de frente con Matthew muy cerca, demasiado.

—Te vas a matar saltando con ese vestido. Deja a la juventud que disfrute.

El corazón de Martha comenzó a bombear intensamente. El pecho de él permaneció pegado al de ella tan solo unos segundos y ese instante quedó congelado en el tiempo. Aún no lo sabía, pero ese momento perduraría en su memoria para siempre. Se preguntaba si eso era felicidad. Si eso que sentía en ese momento era lo que tanto se le había negado en su pasado. Estaba exultante y con su corazón henchido. Concluyó que sí, que eso tenía que ser la felicidad.

En cuanto se apartaron de la pista, varios invitados se acercaron a saludarla, de los que la mayoría se evaporaron tanto sus rostros como sus nombres. Se sentía como en una nebulosa viviendo esos instantes que no le pertenecían, como si, de un momento a otro, todo ese mundo se fuera a desvanecer. Quería agarrarse a él con todas sus fuerzas atesorando cada recuerdo vivido antes de que aquello ocurriera.

Su copa parecía estar siempre llena de aquel líquido dorado, burbujeante y deliciosamente frío.

La música se volvió más pausada y rítmicamente más lenta. La gente buscaba pareja y bailaba muy junta. Los jóvenes casi abrazados. Los chicos rodeando las cinturas de las chicas, y estas el cuello de ellos. Era más íntimo que un vals. Se cruzaban miradas, se cerraban ojos como si quisieran sentir las letras de las canciones, que realmente sonaban con mucho sentimiento. Martha, sin querer, inició un ligero movimiento oscilando su cuerpo y su cabeza al ritmo de la música. Una voz masculina cantaba: *I know this much is true. Huh huh huh hu-uh huh. I know this much is true...* ^[5] Cuando cesó y de nuevo la cantante femenina que antes las invitaba a divertirse hizo sonar sus cuerdas vocales por la sala pero esta vez a un ritmo mucho más lento,

Matthew le ofreció la mano a Martha, invitándola a bailar. Ella dudó en aceptar por lo íntimo de la danza, pero algo en su interior le gritaba que debía acceder y así lo hizo. Sin soltar su mano derecha Matthew la abrazó por la cintura, dejando sus manos entrelazadas entre ellos. Con el otro brazo, ella le rodeó la espalda desde el hombro.

Cuando llegó el estribillo él le susurró al oído:

—Si estás perdida, puedes buscar y me encontrarás una y otra vez. Si te caes te atraparé, estaré esperando una y otra vez.^[6]

Martha cerró los ojos, mientras sus palabras calaban en su mente. Estaba muy perdida, cierto, pero entre sus brazos se sentía segura y reconfortada.

Otra canción se abrió paso en el repertorio y Martha notó la tensión en el cuerpo de Matthew. Parecía contar una traición: *I feel so unsure, as i take your hand, and lead you to the dance floor, as the music dies. Something in your eyes, calls to mind a silver screen and all its sad goodbyes.*^[7]

—Me siento tan identificado con esta canción —musitó a su oído—, fui tan estúpido... Y hoy veo ese brillo en tu mirada, como si por fin me hubieras perdonado. Han pasado dieciocho años Martha. He visto cómo elegías a mi mejor amigo para compartir tu vida, te he visto hacerte madre, e intentar ser feliz —«intentar» se repitió Martha en silencio—; relegarme al olvido cuando yo jamás he podido mirar a otra de la misma manera en que te miro hoy, en que te he mirado siempre.

Matthew separó un momento sus cuerpos para que sus ojos conectaran. Para asegurarse de que Martha viera a través de ellos. Ella sacó la conclusión de que algo sucedió entre ellos en el pasado y que de verdad se arrepentía. Se preguntó qué había sentido realmente Samantha por Matthew. No estaba segura de averiguarlo alguna vez, pero sí estaba segura de qué era lo que ella estaba empezando a sentir por él.

La noche terminó y el chófer las llevó de nuevo a su casa en Mayfair.

Martha le daba vueltas a todo lo acontecido haciéndose multitud de preguntas, sobre todo sobre Sam. ¿Quién era? o más bien ¿cómo había sido? Matthew le había creado muchas dudas y estaba claro que su comportamiento no había sido el esperado, que Sam no se habría comportado como lo había hecho ella. Su cuñada, Phoebe, también la había mirado de forma extraña. Había descubierto que era la hermana pequeña de George, y estaba claro que no tenían una relación íntima. Se había mostrado fría y poco comunicativa, cosa de la que se alegró Martha porque no habría sabido qué tipo de

conversación mantener con ella. Su marido, Robert, se mostró amable y mantuvo un disparatado y cómico parloteo con Matthew, en el que de vez en cuando las incluían a ellas, y que aligeró el ambiente hasta que llegó el momento de la inesperada invitación.

—Entonces, Sam, ya que te has animado a salir, ¿este año pasaréis K y tú la Nochebuena con nosotros?

La cara de su cuñada parecía un poema, y Martha se quedó callada sin saber qué decir.

—Cariño, deja a Sam que se sitúe antes de comprometerle a nada —intervino Phoebe, salvando la situación.

—Déjame pensarlo, Bob, ahora mismo me siento abrumada con este recibimiento e igual mañana vuelvo a enclaustrarme —dijo dándole un toque simpático a sus últimas palabras.

—Y no queremos que eso suceda, ¿verdad? —comentó su cuñado mirando intencionadamente a Matthew.

—No —dijo este sonriendo—, no podemos permitirlo.

Martha agradeció la comprensión del pequeño grupo sintiéndose aliviada, pero no tanto como en esos momentos de silencio en el habitáculo del coche. Carol dormía con la cabeza apoyada en sus muslos y una expresión plácida producida por el sueño. Aprovechó para acariciar aquella maraña de pelo cardado a colores dejándose llevar por la multitud de sensaciones que estaba percibiendo; tantas, que no sabía ni cómo asimilarlas. sin embargo, una sonrisa perpetua permanecía dibujada en su cara.

Capítulo 3

Una vez en su hogar de toda la vida, tocaba hacerse a las modernidades que el paso de un siglo le ofrecían, sobre todo las mejoras en luz eléctrica y saneamiento de las que ya había podido disfrutar debido a su posición social. Su casa fue una de las primeras en recibir agua corriente en el siglo diecinueve, después de la red de gas que les suministró luz y calefacción. Fueron semanas de muchas reformas que les ofrecieron grandes comodidades, sin embargo, la bañera que en esos momentos observaba, que parecía salir de la misma pared, le sorprendió sobremanera, sin contar el retrete del que colgaba una cadena, que al estirar se convertía en una auténtica cascada. En el lavabo había un frasco naranja abierto y vacío. Tenía una etiqueta a nombre de Samantha Miller-Jones y el de un doctor. Parecía algún tipo de medicamento por el nombre tan extraño que tenía, recetado tan solo hacía unos días. Abrió el armario de encima del lavabo y encontró otros dos frascos del mismo color, pero con el nombre de otros fármacos. Lo cerró y lo guardó a pesar de no contener nada.

Al despertar, creyó que se encontraría de nuevo en 1885. El no ser así le provocó muchos sentimientos encontrados. Emoción por no haber perdido a aquellas personas maravillosas que ahora estaban en su vida y terror por enfrentarse a ese mundo desconocido del que no sabía nada. Era una farsante y a ella no le iba bien aquel papel. Tenía que suplantar a una desconocida de la que tenía que averiguar todo lo posible en un tiempo récord.

Se encontró con que Carol dormía junto a ella. De hecho se despertó por el calor que le proporcionaba su cuerpo que la envolvía con una de sus piernas. No sabía muy bien en qué momento se había metido en su cama, pero presentía que era algo habitual. Su familia había sufrido un revés con la muerte de su padre y supuso que el apoyo madre hija había sido fundamental para superarlo.

Se movió con cuidado para no despertarla, pero Carol parpadeó aún entre sueños.

—¿Te levantas ya?

—Sí. —Se acercó a su frente donde depositó un beso—. Tú sigue durmiendo.

La chica alargó la mano hasta tocar el camafeo.

—Al final te lo compraste... —susurró justo antes de cerrar de nuevo los ojos.

Martha se paseó por la casa abriendo puertas y husmeando en su interior, familiarizándose con los cambios. El que había sido el viejo despacho de su padre mantenía, la ahora antigua mesa victoriana que compró meses antes de morir y que apenas había utilizado. En las paredes había colgados títulos universitarios en finanzas de su difunto esposo, fotos y estanterías llenas de adornos. La puerta que comunicaba con ese despacho daba a la biblioteca, que conservaba algunos de los ejemplares que ella había leído en sus muchas noches solitarias. Rozó con la yema de sus dedos los lomos de esos libros oscurecidos por el tiempo.

En una de las paredes cubiertas de papel pintado con cascadas de flores, un marco enorme mostraba muchas caras de mujeres y hombres. Al acercarse, vio que todos llevaban una toga y birrete. «Licenciados en historia por la universidad de Oxford de 1970». Buscó caras conocidas y en la tercera hilera se encontró con la suya. Asombrada se apartó y volvió a acercarse. Sí, era ella, bueno, Samantha, y había estudiado una carrera universitaria en una prestigiosa universidad británica. Suspiró orgullosa y entristecida a la vez por no haber vivido realmente todas esas experiencias, aunque le resultó paradójico que eligiera los estudios de historia, ahora que una antepasada la había sustituido en su vida cotidiana. Ella había vivido aquello que Sam estudió, y sin embargo, desconocía los hechos un siglo entero.

Continuó su recorrido hasta acabar en la cocina atraída por el olor a café y bollos.

Desayunó allí mismo, charlando con la mujer que había preparado aquel rico bizcocho, de la que tenía que averiguar el nombre, y que le ofrecía huevos revueltos y fiambre, como se suponía que solía tomar los fines de semana.

Cuando Carol se levantó le informó de que iba a pasar el día con una de sus mejores amigas. La siguió hasta su habitación y la esperó mientras se aseaba en el baño. Cuando salió, comenzó el ritual de aplicarse todos esos potingues que ella no tenía ni idea de usar delante de. La observó despacio y, cuando parecía que había terminado, se acercó a ella.

—¿Llevas las pestañas azules? —Se sorprendió.

—¡Mamá! Pero si me lo compraste tú.

Martha se mordió el labio e hizo un gesto de asentimiento.

—Es verdad, hija. Como tengo la cabeza. ¿Tienes mucha prisa? —La chica negó con un movimiento—. Me gustaría que me maquillaras tú. Se te da muy bien.

—¿Estás segura? —le preguntó con gesto escéptico

—Sí —afirmó convencida—, pero sin pestañas azules.

Carol se echó a reír y le cedió el asiento del tocador. Le retiró el pelo con una cinta y comenzó a aplicarle ungüentos con una brocha y polvos con otra dándole color a sus mejillas. Utilizó un pincel para untarle lo que ella llamó sombras en sus párpados, y un lápiz oscuro con el que contorneó sus ojos. Terminó aplicándole, con un curioso cepillo, la máscara de pestañas de color negro, sin que Martha perdiera detalle de todo el proceso. Una vez que su hija terminó, se acercó al espejo y arrugó la nariz. Sacó la conclusión de que tenía que practicar ella misma, porque con aquellos colores tan intensos no se veía demasiado bien.

Se giró al escuchar a su hija reír.

—Ya me parecía que no lo decías en serio.

Martha se encogió de hombros riendo con ella.

—¿Me dejas que te peine también?

Enseguida accedió. Carol le cepilló el pelo varias veces y ella cerró los ojos, dejándose mimar. Luego se lo cardó y, finalmente, con una goma le hizo una cola de caballo que a Martha le resultó muy práctica para hacerse ella misma.

Carol se marchó y Martha se fue a su habitación a ver qué podía ponerse, ya que llevaba más de tres horas con un camisón y una bata. Se sentó en la cama con una pila de revistas de moda que encontró en una de sus mesillas, familiarizándose con lo que se llevaba en esa época. Luego abrió los armarios roperos y curioseó entre cajones, baldas y colgadores. La ropa interior le escandalizó, dejaba a la vista demasiada piel. Las transparencias, los encajes, las medias... Lo que menos había eran vestidos de diario y sí muchos pantalones de diferentes tejidos, incluidos varios como el que se había puesto ese día su hija a juego con un chaleco y que tanto había visto en las publicaciones. Tocó la tela de uno y su aspereza le sorprendió, descartándolo al momento. Al final se puso un pantalón de lana gris con un jersey granate que le pareció divino, aunque todo era tan liviano que le hacía sentir medio desnuda.

Una vez vestida, decidió empezar con su investigación. Se empleó bien. Los álbumes de fotos familiares le contaron muchas cosas sobre Samantha, y no dejó de verlos una y otra vez, recabando datos desde su infancia hasta casi la actualidad en una libreta que encontró en el despacho.

El ama de llaves le ofreció el almuerzo y se lo sirvió en el comedor, donde encendió un aparato con forma de caja en el que salió una imagen que le asustó de tal manera que pegó un chillido, sobresaltando también a la mujer.

—¿Qué ocurre, señora?

Martha seguía mirando con asombro las imágenes de aquellas personas que parecían relatar lo acontecido en las últimas horas como si de un diario se tratase.

—¿Prefiere que cambie de canal? La verdad que los telediarios en estas fechas no cuentan noticias agradables.

—¡No! —contestó demasiado alto—. Sí, Mildred —rectificó con mesura, con la intención de observar cómo funcionaba esa caja del diablo.

La señora recogió un estuche alargado de la mesita auxiliar y señalando con él el artefacto apretó lo que parecía un botón. Las imágenes cambiaron.

—¡Ah! *Como el perro y el gato*. ¿Le dejo esta serie?

Martha asintió sin saber por qué. Solo quería que su ama de llaves desapareciera y sosegar. En cuestión de minutos se vio abstraída por aquellas personas, hasta que se dio cuenta de que aquello era un libro en imágenes, que contaba las aventuras de dos detectives que parecían atraerse a pesar de no llevarse bien.

Una vez que se familiarizó con el uso del aparato, la televisión también le ayudó mucho a situarse en la época. Los telediarios, las noticias, los programas de entretenimiento. No salió de la estancia hasta que llegó la hija de Sam a la hora de la cena.

La aparición por primera vez de la presidenta del Reino Unido le dejó anonadada. ¡Una mujer! Ni en sus mayores sueños podría haber imaginado que una fémina llegara a gobernar la isla de Gran Bretaña y la parte norte de Irlanda. Y menos cuando ella había dejado a las mujeres de su época con tan solo el pequeño triunfo de ser tomadas en cuenta para elegir a sus gobernantes. Sintió orgullo por su género, luchador ante todo.

Capítulo 4

Agradeció que Carol estuviera sumida en su mundo adolescente y no se percatara demasiado de lo desubicada que se encontraba. Si no hubiera sido por ella, seguramente, estaría en un manicomio. Sus besos antes de acostarse y antes de irse a la escuela le daban fuerzas para seguir investigando y continuar con aquella locura.

Convirtió la biblioteca en su centro de investigación. El suelo estaba lleno de periódicos pasados de fecha que en su momento habían esperado turno acumulados en la chimenea del comedor para ser devorados por las llamas, y que, por orden de Martha, habían sido trasladados hasta allí. Los últimos tomos de una enciclopedia de historia formaban una pila haciendo equilibrio guardándose la página unos a otros.

Mildred, el ama de llaves, le llevaba el almuerzo que había cocinado Gretchen, allí, y la cena la compartía en el comedor con su hija.

—Mamá —le llamó la atención Carol a Martha, la segunda noche—. Te veo muy ensimismada estos días con tus libros de historia. ¿No se te olvidará mi regalo de Navidad, verdad? Solo queda una semana para Nochebuena y me han dicho que está siendo difícil de encontrar.

Martha tragó el bocado que estaba masticando con dificultad.

—Por supuesto que no, hija. Mañana mismo me ocupo de ello.

Pero en realidad no sabía cómo iba a hacerlo. En cuanto Carol se acostó, cogió la abultada agenda que había en la mesa del despacho al lado del teléfono. La abrió por la pestaña de la letra D y buscó el nombre de la única persona que conocía y esperaba que pudiera ayudarla. Tecleó el número sintiendo cómo una leve angustia crecía en su interior, instalándose en su estómago, mientras esperaba tono. La voz varonil de Matthew se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Dígame?

—Matthew, soy Mart..., soy Samantha, y necesito tu ayuda.

—Soy todo oídos —contestó con una voz seductora que hizo que a Martha le temblaran las piernas.

Martha le explicó de qué se trataba. Carol le había pedido algo a Santa Claus y no recordaba exactamente qué era. Sabía que tenía que ver con aquella consola de videojuegos con la que le había visto jugar la noche anterior delante de un pequeño televisor en su cuarto. Se había visto de nuevo abstraída por esas nuevas tecnologías, observando cómo Carol manipulaba desde un mando mirando al televisor, a aquella rana que saltaba de tronco en tronco y evitaba que la atropellaran al cruzar la carretera.[8] Se había quedado con la boca abierta por el asombro y los puños apretados de la tensión por saber si esa vez, el batracio, llegaría a su destino o no. Cuando comenzó un nuevo juego, en el que un hombrecillo vestido de color rojo evitaba los obstáculos que le lanzaba un enorme gorila,[9] Carol le comentó que estaba deseando probar el nuevo videojuego de ese tal Mario.

Matthew la escuchó atentamente y le prometió averiguar de qué se trataba, e incluso acompañarla a comprar los regalos navideños.

Martha se sintió encantada y aceptó el ofrecimiento, ya que no podía ser más conveniente.

Al día siguiente volvió a perder la noción del tiempo enterrada entre libros en la biblioteca. Sin duda lo suyo era la historia, porque estaba absorta en los acontecimientos que ahora formaban parte de su pasado y que en su pasado habrían sido el futuro. Pensó que ya había dedicado demasiado tiempo a los hechos políticos y los avances en materia tecnológica y no se había dedicado a lo más importante: ¿qué había sucedido con ella? Si Sam era su descendiente, ¿qué había pasado con Martha Jones?

Llamaron a la puerta. Martha miró su reloj de pulsera. Era la hora del té.

—Pase, Mildred.

Ni siquiera levantó la cabeza al escuchar los pasos dirigiéndose a la mesita en la que depositó la bandeja con su merienda.

—Gracias —dijo a modo de despedida al ama de llaves.

—Aquí ya estabas embarazada de seis meses y apenas se te notaba.

Martha se giró hacia la voz del hombre que miraba la foto de su graduación con el aliento retenido. Se notó como el rubor subía por sus mejillas y se le aceleraba el corazón.

—¿Ah, sí? —preguntó con un hilo de voz.

Matthew se carcajeó mientras Martha salía del asombro de encontrarlo allí.

—¿Acaso no lo recuerdas?

—Por supuesto —aseveró ella ante el pequeño descuido—, lo que no sabía es que mi embarazo pasaba desapercibido. ¿Qué se te ofrece? —le preguntó intentando recomponerse.

—Usted y yo, señora Miller, tenemos una misión.

Martha le correspondió con una mueca de extrañeza.

—Vamos a Harrods.

—¿A Harrods?

Martha se sorprendió de que aquellos pequeños almacenes existieran después del incendio que sufrió dos años antes de su salto en el tiempo. Sabía que Charles Henry Harrod se había empeñado en reconstruir los almacenes de Brompton Road, y que el banco de su familia lo respaldaba ya que había tenido una gran amistad con su padre.

Sintió curiosidad por ver en qué los había convertido. Era un hombre ambicioso que empezó con una pequeña tienda de comida y había ido poco a poco comprando los locales y las casas de alrededor, hasta construir el almacén más visitado de Londres que acabó en cenizas.

—¡Por supuesto! Es el lugar idóneo para ir en busca de los regalos de Santa Claus de K.

Inmediatamente su semblante cambió a otro más que satisfactorio. Por nada del mundo quería decepcionar a Carol.

No era la primera vez que Martha escuchaba que a Carol la llamaban K. Aquel diminutivo correspondía a un grado de intimidad algo mayor al del papel de socio de su difunto esposo que ella le había atribuido. A pesar de no aparecer en las fotos de los álbumes de los Miller, estaba claro que el trato con ellos era casi familiar.

Martha se disculpó levantándose del suelo para acercarse a la mesita de té y ofrecerle una taza a Matthew.

—Mientras te tomas el té me preparo y nos vamos.

—Perfecto.

Martha volvió a sentir el calor subiendo por su cara. Ese « perfecto », había sonado un tanto seductor, y el haberlo rematado por aquella media sonrisa antes de llevarse la taza a los labios, le confirmó que Matthew era uno de esos especímenes de los que se había mantenido apartada durante años en su tiempo. Él no era un cazafortunas, estaba claro, pero su instinto le advirtió del peligro de enamorarse de un hombre así, aunque no estaba muy segura de haber cometido ya tamaño error.

El trayecto hasta Hyde Park fue peculiar. Matthew dejó que el ambiente, que se había vuelto tenso, se relajase con música de un cantante llamado Elton John. A Martha ya no le extrañaba que de cualquier caja que tuviera botones, surgiera una melodía, una voz o un instrumento. Carol siempre tenía a algún artista llenando la casa con sus canciones, y se le ocurrió que sería buena idea regalarle algún disco de alguno de esos grupos o cantantes.

Cuando llegaron a los grandes almacenes, Martha no podía salir de su asombro. Aquello se había convertido en todo un imperio. El enorme árbol de Navidad, que les daba la bienvenida, le dejó perpleja, haciendo que el que vio en el banco la noche de la fiesta fuera insignificante. Pasaron toda la tarde comprando regalos: el videojuego de *Super Mario Bros* y un pijama a cuadros que llevaba de regalo un osito de peluche al parecer muy típico inglés. En la sección de discografía se entretuvieron bastante rato.

La música era una de las grandes pasiones de Matthew, que se dedicó a buscar unos de esos vinilos para su propio disfrute mientras Martha no se decidía.

Le llamó la atención el álbum de un artista llamado David Bowie y otro de un grupo llamado Wham. Un dependiente muy atento le ayudó a resolver sus dudas. Le explicó que el disco del solista era una colección exclusiva que había salido tan solo unas semanas antes y que era adecuado para cualquier edad, y que el del dúo, había sido número uno en ventas y había causado furor entre las adolescentes. Justo antes de retirarse de los stand de discos, un título de lo que parecía llamarse BSO le llamó la atención: *Regreso al futuro*.

[\[10\]](#)

—Perdone. ¿Este álbum es de música comercial?

—¡Ah! Es la banda sonora de la película que va a arrasarse estas navidades. Le aconsejo que vaya a verla con su hija. Es un film de aventuras en la que un chico viaja al pasado.

Martha tocó la carátula del LP, dibujando con sus dedos cada letra del título.

—Gracias. Este también me lo llevo.

La experiencia en Harrods la dejó agotada y excitada como si fuera una niña. Aquella noche soñó mucho con su pasado, con ese nuevo presente y con una voz que le susurraba tras unos anteojos: « ¡Recuerde! La víspera de Navidad... »

Por la mañana Carol estaba en la cocina. Eran los últimos días de clase antes de las vacaciones navideñas. Se sentó junto a ella sin perder detalle de cada rasgo, de cada gesto de su cara. Quería memorizarla, no olvidarla por si alguna noche se acostaba y despertaba en 1885.

—¿Has oído hablar de la película Regreso al Futuro?

—¡Claro! Estoy deseando que acaben las clases para ir a verla.

—Te.... ¿Te gustaría que fuéramos juntas?

—¿Quieres venir conmigo al cine a ver una película de adolescentes?

—Sí. Pero si prefieres ir con tus amigas lo entiendo.

—¡Para nada! —Se echó a reír—. Hace muchos años que tú y yo no vamos al cine. Va a ser genial.

Martha dejó escapar un suspiro entre sus labios. Estaba actuando de una forma que estaba claro que Sam no hubiera hecho, sin embargo sentía que sus actuaciones eran bien recibidas, que sorprendían, pero satisfacían a los que tenía alrededor. No sabía en qué momento podrían descubrir que era una impostora, y desde luego era algo que le preocupaba. Cada mañana, al despertar, sentía esa especie de hormigueo en el estómago que le obligaba a tomar varias respiraciones antes de bajar a desayunar y enfrentarse a un nuevo día. Lo que sí podía decir era que cada vez se sentía más cómoda en su papel de madre, como si hubiera nacido para ello a pesar de no haber dado a luz en su vida.

Esa tarde pidió al chófer que le llevara a la Biblioteca Nacional. Allí solicitó los periódicos de las fechas comprendidas entre el día anterior a la compra del camafeo y un mes después. El trámite fue mucho más tedioso de lo que se había imaginado. Le hicieron rellenar una solicitud y le dijeron que ya le avisarían cuando estuviera listo. Martha sufrió una terrible decepción. El tiempo se le agotaba y no podía esperar.

—¿Y no podría hablar con el director?

—Mire, señora... —Comenzó a buscar el nombre en la solicitud.

—Miller. Samantha Miller-Jones —le facilitó Martha.

—Este tipo de solicitudes nos las hacen investigadores y se les reserva una sala para ello en la hemeroteca. Son periódicos antiguos que necesitan un trato determinado y, posiblemente, la supervisión de uno de los conservadores, ya que de esa época no están en microfilm...

—Me estoy documentando para escribir un libro sobre mi familia.

—Mire usted, no creo que eso sea suficiente y, sinceramente, dudo que acepten su solicitud.

—Entiendo. Supongo que los Jones de Jones Bank London Ltd, ya no suscitan tanto interés hoy en día.

La auxiliar se quedó muda por unos segundos; levantó el auricular situado a su derecha y marcó una extensión.

—Disculpe un momento.

Martha asintió sintiéndose entre despreciable y triunfante, pero el tiempo apremiaba y tenía que averiguar si su estancia en el futuro era definitiva o no, y no sabía si su investigación le llevaría a averiguarlo.

Tan solo unos minutos después una mujer le acompañó al despacho del director de la biblioteca, donde muy amablemente le ofreció un té y unas pastas y le explicó que, al día siguiente, uno de los conservadores de la biblioteca le ayudaría con todo lo que necesitara y le explicaría el trato que se le daba a ese tipo de publicaciones.

A pesar de no haber conseguido empezar esa misma tarde con su investigación, salió bastante satisfecha de allí y decidió volver a casa a completar sus anotaciones, sus dudas y la dirección que debía seguir con sus averiguaciones.

Una vez repasada y finalizada su lista, subió a su habitación a darse una ducha y decidir qué ropa llevaría para estar encerrada en aquel sótano en el que le habían comentado que la temperatura era algo más fresca que en el resto del edificio.

Se probó los tejanos que había desechado el primer día con una camiseta de algodón debajo de un jersey de cuello vuelto. Decidió buscar lo que Carol había llamado deportivas, por si Sam tenía algún par, y rebuscó en los altillos de los armarios donde había visto varias cajas de calzado. Se subió a una pequeña escalera de tres peldaños que encontró en la cocina y justo cuando apartó una de ellas, esta se deslizó cayendo al suelo. Se abrió dejando al descubierto su contenido: un montón de pequeñas encuadernaciones, con sus cubiertas de piel de distintos colores y en cuya tapa se leían los títulos en forma de fecha escritos a mano, que ahora, adornaban la alfombra turca en tonos beige y azulados.

Martha bajó los escalones con la caja de las deportivas, que se encontraba detrás de la que se había caído, y la depositó en la cama para agacharse a coger uno de aquellos ejemplares. En la portada rezaba: *Agosto de 1975*. Lo abrió y descubrió que eran los diarios de Samantha.

El corazón comenzó a bombearle de tal manera que pensó que se le iba a salir del pecho. Había muchos. Los ordenó, el primero databa de febrero de 1962 y el último de ese mismo diciembre de 1985. Al leer las primeras páginas comprobó que era el diario de una adolescente de secundaria que a las pocas hojas abandonó el relato de sus aventuras escolares hasta retomarlo tres años más tarde, al poco de comenzar sus estudios universitarios.

Samantha parecía la típica chica de familia acomodada: buena universidad, todos los caprichos, residencia femenina donde conoció a un par de chicas con posibilidad de ser sus amigas... Por cómo contaba sus relaciones personales, parecía tener muchos prejuicios sociales. No se mezclaba con gente que no fuera de su residencia o estatus social, asistía a pocas fiestas, no bebía y jamás había besado a un chico. Martha sonrió; ella tenía treinta y ocho años y tampoco la había besado un hombre.

Pasó la tarde inmersa en la vida de Samantha. Podía identificar en sus relatos muchos de los momentos que había visto en los álbumes de fotos, así que podía recrearlos casi como si hubiera estado allí. Era recta y exigente consigo misma y también con los demás, cosa que le había llevado a romper amistades en el transcurso de sus primeros años universitarios. Algo que le llamó poderosamente la atención, fue su enamoramiento hacia un chico de la facultad de económicas, cuyo apelativo estaba borrado en todas las hojas que había sido mencionado. Incluso cuando escribía sobre él de una forma romántica su nombre era un borrón negro imposible de descifrar. Se conmovió sobre los sentimientos tan profundos que le provocaba ese chico cuando apenas se habían dirigido un par de palabras y, en más de una ocasión, se sonreía para sí emocionada por todas esas sensaciones que había vivido Samantha, sintiéndolas casi suyas.

Muerta de la curiosidad, se subió al primer peldaño de la escalera acercando hacia la bombilla de la lámpara una de las hojas donde estaba el borrón con el nombre del enamorado, por si, de alguna manera, la luz pudiese desentrañar tamaño misterio.

En ello estaba cuando la puerta del dormitorio se abrió y una voz le sobresaltó.

—Mamá, ¿qué estás haciendo?

La primera reacción de Martha fue bajarse de la escalera trastabillando y escondiendo el diario a su espalda, como si fuera una niña a la que hubieran pillado en una falta.

Carol reprimió una carcajada.

—Últimamente te comportas de una forma extraña, aunque prefiero a esta Sam que al zombie que deambulaba por casa en pijama y bata, la verdad. Si Michael Jackson llega a publicar su *Thriller* un par de años más tarde, bien podría haberte contratado para su videoclip.

Martha no tenía ni idea de a lo que se refería su hija, y mucho menos el motivo de su propia reacción infantil, porque la verdad es que no tenía una explicación coherente para darle.

—¿Qué escondes?

—Nada.

Carol soltó una risotada.

—De verdad que todo esto es muy raro, es como si desde que te pusiste ese camafeo hubieras cambiado —le dijo acercándose a ella mirando a la vez la cama llena de pequeños libros—. Parece que hubiésemos intercaldado los papeles. ¿No me vas a enseñar qué escondes ahí, Sam? —insistió, transformando su voz en una más grave queriendo imitar a una madre y mudando su rostro a la vez a uno más severo; algo que hizo que Martha sonriera y comenzase a relajarse.

Las palabras de Carol le hicieron creer que quizá ella pudiese entender lo que le había sucedido. Se moría de ganas de contarle la verdad, decirle que ella no era su madre, sino una antepasada suya que había tomado el cuerpo de Sam por un raro hechizo, un deseo formulado ante una antigüedad que la había hecho viajar un siglo en el tiempo. Pero conforme se decía eso a sí misma y miraba la cara graciosa de Carol, se dio cuenta de que no podía hacerlo. Aunque la mente adolescente de esa niña llegara a poder creer algo tan inverosímil, le haría dudar de su propio juicio y del de su madre y las cosas podrían no acabar demasiado bien.

—¿Son tus diarios? —preguntó Carol sentándose en la cama para coger uno e inspeccionar el título.

—Sí —contestó Martha, que se sentó con ella y añadió al montón el que tenía en la mano.

—¿Me dejarás leerlos algún día?

Martha acarició el pelo de Carol asintiendo y en un impulso la estrechó entre sus brazos.

—Por supuesto. Cuando seas un poco más mayor te dejaré leer los primeros tomos.

Una idea comenzó a surgir en la cabeza de Martha.

—Aunque eso no explica qué hacías subida en la escalera —comentó

pegada a su pecho.

—Quién sabe. Puede que un día encuentres la explicación en uno de ellos —le susurró con los labios pegados a su sien con un tono misterioso que hizo que las dos se carcajearan.

Después de cenar juntas, Martha subió a su dormitorio y siguió leyendo hasta altas horas de la noche. Un suceso marcó una gran diferencia en la vida de Samantha que le hizo volverse más soberbia y desdeñar a ciertos compañeros. Martha no le encontró sentido a ese comportamiento y menos cuando George apareció en escena, y se convirtió en su novio y futuro esposo.

Sin duda el suceso estaba en aquellas páginas arrancadas justo después de la fiesta de fin de curso de 1967, ya que su actitud cambió a una llena de odio hacia todo el mundo y en especial al « no mentado ». Ya no había más borrones negros en las páginas siguientes, sino referencias a « cierto desgraciado » que la había humillado y la había hecho sentir miserable. El resquemor con el que le dedicaba palabras despectivas y su manera de volcarse en George, su mejor amigo, le hizo llegar a la conclusión, pasadas las dos de la madrugada, de que ya no le hacía falta descubrir el nombre del chico del que había estado enamorada Sam. De alguna forma, sin siquiera tener una relación, ella se había sentido traicionada. Ya no le hacía falta intentar ver al trasluz las páginas emborronadas ya que, aunque las descripciones no se ajustaban más que en el color de los ojos a lo que ella había visto en ese hombre, le quedó bastante claro que el nombre de aquel sujeto era Matthew.

—¿Qué ocurrió aquella noche, Matthew? ¿Qué le hiciste a Sam para que te odiara tanto? —se preguntó en el silencio de su habitación.

Entonces recordó sus palabras el día de la fiesta en el banco, cuando le habló de su estupidez, de que en los ojos de ella veía otro brillo, otra forma de mirarle, como si por fin le hubiese perdonado.

¿Era posible que dos mujeres diferentes de dos épocas distintas, pero que llevaban la misma sangre, pudiesen enamorarse del mismo hombre? Porque Martha tenía la ligera sospecha de estar enamorándose de Matthew y la certeza de que Matthew estuvo alguna vez enamorado de Samantha.

Decidió que ya era demasiado tarde para seguir leyendo. El noviazgo con George Miller, su boda y el nacimiento de su hija tendrían que esperar. Al día siguiente tenía una mañana intensa en la biblioteca y tenía que descansar. Además, era el último día de clase y le había prometido a Carol

que irían al anochecer al cine.

Capítulo 5

En aquella especie de almacén lleno de estanterías hasta el techo, una detrás de otra y que ocupaban toda la estancia, hacía frío. Había termómetros controlando la temperatura y otros aparatos que hacían lo propio para la humedad. Unos envases recogían el exceso de esta para la perfecta conservación de los documentos antiguos.

Unas mesas de formica marrón alargadas estaban llenas de pliegos de papel doble, cola y cintas de color granate. En otra Tom, el conservador de la biblioteca, dejaba unas carpetas enormes de cartón atadas con un lazo azul marino que estaban repletas de periódicos amarillentos. Le ofreció unos guantes de algodón y le dio varias instrucciones. Martha no quería estropear nada y siguió los consejos al pie de la letra, pero cuál fue su sorpresa que, al comprobar la fecha de las publicaciones, justo faltaban las de los días del quince al veinticuatro de diciembre. A pesar de ponerlo en conocimiento del responsable de la hemeroteca, no hubo manera de localizar esa carpeta, lo más seguro estuviera mal colocada desde tiempos remotos. Prometieron ponerse a buscarla lo antes posible, pero no se esperaban resultados inmediatos. De todas formas Martha revisó los que tenía a mano, recordando perfectamente sucesos que en realidad, había vivido apenas unos días atrás, aunque en ese momento fueran hechos acontecidos hacía un siglo. El baile anual de Navidad del Banco Jones era todo un acontecimiento social que tenía un lugar privilegiado en las notas de sociedad.

El conservador la dejó sola a la hora del almuerzo. Mientras buscaba cada noticia en la que apareciera su familia días después de la fecha de Navidad, pero nada. Ni una nota ni una referencia a ellos, parecía que se los hubiera tragado la tierra.

Tom le trajo un sándwich y despidió al chófer de la señora Jones tal y como ella se lo había solicitado. Al final el muchacho había desechado la idea de trasladar los periódicos a otra sala más cómoda para que la señora Miller siguiera buscando hasta aburrirse en aquellos enormes pliegos de papel. Estaba sorprendido con su tesón. De vez en cuando la miraba de soslayo, arrodillada en el frío suelo para poder desplegar los viejos diarios, soplando

un mechón de pelo que se empeñaba en caerle a la cara. Parecía haberse olvidado de que llevaba los guantes puestos y el polvo que desprendían los antiguos papeles, había dejado tiznajos en su nariz y en una de sus mejillas.

Había pasado bastante rato desde que el horario de trabajo de Tom había finalizado, pero no sabía por qué, aquella mujer lo tenía fascinado. Sus comentarios susurrados ante ciertas noticias, la manera de sonreír satisfecha cuando encontraba algo de relevancia y cómo lo anotaba en una pequeña libreta o cuando le pedía con respeto otros periódicos o cualquier otra cosa. Algo que brillaba por su ausencia en gente con su misma posición social y con la que solía tratar habitualmente.

Alguien llamó a la puerta y la cabeza de la bibliotecaria de la tarde asomó por ella.

—Perdona, Tom. Han venido a buscar a la señora Miller.

Martha estaba tan absorta en su búsqueda, que ni siquiera se percató de la presencia de nuevas personas en la sala.

Tom les hizo pasar, y Matthew se acercó a Martha con cuidado de no asustarla.

—Sam.

Martha levantó la cara con una sonrisa al escuchar su nuevo nombre, con el que cada vez se familiarizaba más en la voz de aquel hombre.

Tom observó la escena en un segundo plano; aquel tipo se acercó a la señora Miller y se agachó para ponerse a su altura, y, de una forma que a él le pareció titubeante, le frotó la mancha de tinta y polvo que la mujer tenía en la mejilla. Ella se ruborizó al instante, algo que dejó al conservador totalmente embelesado.

—Matthew. ¿Qué haces aquí?

Matthew carraspeó y dirigió la mirada hacia la puerta por donde habían entrado. Una Carol con cara de preocupación contemplaba a su madre en aquel escenario.

—Creo que tenías planes con cierta muchachita. Como no has vuelto a casa, has despedido al chófer y nadie sabía nada de ti, hemos pensado que lo mejor era rescatarte de lo que te tuviera absorbida por aquí.

Matthew miró a Tom, elevando sus cejas en modo pregunta y con cara de circunstancias.

Martha echó un vistazo a su reloj descubriendo que eran más de las seis de la tarde.

Se levantó de inmediato y caminó hacia su hija.

—¡Carol! Perdóname, cariño. Ni me he dado cuenta de la hora —se disculpó y la abrazó en un impulso—. He fastidiado nuestros planes —expresó con pesar.

—Aún podemos ir a la última sesión y comer algo antes —dijo Carol. Matthew se acercó a ellas.

—Aunque ahora igual tenéis compañía si no os importa.

A Carol se le iluminó la cara porque tal y como se estaba comportando su madre en los últimos días tampoco estaba muy segura de cómo iba a ir la velada.

A Martha no le disgustaba la idea de que Matthew se uniera a ellas, pero esos planes los habían hecho para estar solas y prefería que eligiera Carol.

—Bueno —dudó Martha—, era un plan de chicas, pero lo que decida Carol.

Matthew, por un momento, se sintió decepcionado. Parecía que los avances que hacía con Sam eran como dar un paso hacia delante y dos para atrás.

—Si a ti no te importa, mamá, estoy de acuerdo en que venga.

Martha se sorprendió. No esperaba que lo invitase, y le dio que pensar.

—Perfecto —exclamó un Matthew más que satisfecho—. Os invito a cenar.

La experiencia de estar en una sala de cine fue bastante abrumadora. Martha se asustaba con el sonido que unas veces venía desde atrás y otras por los laterales. Le costó centrarse en la película, pero una vez que aquel vehículo transportaba a su ocupante unas décadas más atrás, no pudo despegar la vista de la pantalla. Al parecer no era una locura viajar en el tiempo.

—Está claro que la película se ha basado en el libro de Herbert George Wells, *La máquina del tiempo*. Aunque luego le hayan dado ese giro cómico. Ha sido divertida, me ha gustado más de lo que creía —comentó Matthew.

—¿*La máquina del tiempo*? ¿Es una novela? —le preguntó una muy interesada Martha.

—Claro. Estoy seguro que habrás visto la versión cinematográfica que protagonizó Rob Taylor en los sesenta. No te acordarás —añadió al ver su cara de extrañeza—. Además, lo más probable es que tengas los libros de H. G. Wells en esa magnífica biblioteca tuya. Tus antepasados eran muy dados a la aventura y la ciencia ficción. —Se tocó el labio con el dedo índice

pensativo—. Wells fue considerado el primer escritor de ese género, le daba un aire diferente a Julio Verne, aunque era menos detallista en su forma de narrar.

—Pues yo espero que hagan más películas de estas. Me ha encantado Michael J. Fox —dijo Carol.

Martha tomó nota sobre el nombre del escritor para buscarlo en su biblioteca y conocer de primera mano cómo relataba ese viaje en el tiempo. Recordó al prestamista que le vendió el camafeo y se llevó la mano al cuello, preguntándose si realmente un objeto podía llegar a tener semejante poder.

La velada fue un éxito. Al salir de la sala Carol se acercó a un gran póster en el que varios niños se agolpaban encima de una calavera pirata que reposaba sobre un tesoro.

—Aún sigue en cartel. Podríamos repetir y venir a verla antes de Navidad —dijo señalando el póster con el extraño título de *Los Goonies*.^[11]

Matthew miró a Martha y esta asintió sin dudarlo.

Carol estaba más tranquila, estaba claro que disfrutaba de la compañía de Matthew y de compartir tiempo con su madre. Una madre que parecía haber entrado en una depresión tras la muerte de su esposo y que había perdido el contacto con todo ser humano.

En la biblioteca encontró, muy cerca de Julio Verne, los libros de H. G. Wells. Se sorprendió al ver que la novela se escribió solo una década después de que ella desapareciera y que tenía escritos otros títulos, como *El hombre invisible* o *La guerra de los mundos*, que fueron los que más le llamaron la atención.

Terminó de leerlo a altas horas de la noche sin sacar ninguna conclusión, aunque le sorprendió la visión del autor del final decadente de la humanidad.

El viaje del protagonista no tenía nada que ver con el suyo, y le reconfortó pensar que quizá su aventura fuera creíble algún día.

Capítulo 6

Mildred entró en el dormitorio de Samantha con cuidado. Su señora no se había despertado todavía, pero la urgencia de la llamada supuso la excusa perfecta para interrumpir su sueño. Eran más de las diez de la mañana y después de su recuperada actividad, en la que ningún día se levantaba más tarde de las ocho, le había extrañado.

—Señora Miller, señora Miller —la llamó con suavidad.

Martha se revolvió en la cama intentando zafarse de un pesado sueño. Las luces navideñas se mezclaban entre unas calles asfaltadas y otras empedradas, entre escaparates de vivos colores y otros donde la sobriedad inglesa imperaba.

—Señora Miller... — « Señorita Jones », la voz en su cerebro la confundió—. ¿Se encuentra bien?

—¿Clarice?

De un sobresalto Martha abrió los ojos esperando encontrarse de nuevo en su antigua habitación. Pero, al ver a Mildred, se dio cuenta de que la voz que había escuchado era tan solo producto de su sueño, en el que el pasado se había visto mezclado con su actual presente.

—No, señora. Soy Mildred —le recordó el ama de llaves con una mirada de preocupación—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, sí. Perdona, Mildred. Estaba soñando con alguien de mi pasado. —Ante la cara de desconcierto de la mujer Intentó sonreír.

—Entiendo... Siento despertarla, pero le han llamado de la biblioteca; un tal Tom Wilson dice que ha encontrado documentación que le interesa.

Martha se levantó de un salto sorprendiendo a la pobre señora.

—Pregúntele al chófer si puede llevarme a la biblioteca dentro de veinte minutos —le dijo mientras se dirigía al cuarto de baño.

—Seguro que estará preparado. ¿Quiere que le traiga el desayuno aquí?

Martha se asomó por el quicio de la puerta y se hizo oír entre el rumor de la ducha.

—Sí por favor, Mildred. Un zumo, café y algo de bollería, no tengo tiempo para más —aclaró justo antes de cerrar.

Mildred se quedó parada durante unos segundos mirando la madera de

caoba maciza.

Llevaba días observando a su señora. La conocía desde antes de que se casara. La había visto pasar por muchas fases durante su matrimonio. Sin duda, la más feliz fue cuando nació su hija Carol. Siempre había sido distante con el personal de la casa, sin embargo, desde hacía unos días se mostraba diferente; más amable y cercana, incluso su semblante había cambiado. Su permanente ceño fruncido parecía haberse desvanecido, y aunque a veces se la veía algo perdida o pensativa, transmitía un aura totalmente diferente. Estaba risueña, incluso feliz. A veces desayunaba en la cocina y preguntaba cosas que descolocaban a la mayoría del personal. Su estado de felicidad se contagiaba y no era la primera vez que Gretchen, o ella misma, incluso Roger, se sorprendían sonriendo sin motivo alguno.

Roger, el marido de la cocinera que venía a reparar o arreglar las cosas de la casa, y que nunca se había llevado bien con la señora Miller, decía que estaba poseída por algún espíritu. Era un hombre rudo y temeroso de Dios, pero aquello no tenía sentido. Los casos de posesión siempre eran por un ser maligno, y sin duda este espíritu, en todo caso, había hecho todo lo contrario, tragarse a la antigua Samantha, escupiéndoles a una que no querían que se marchase jamás. Tras ese pensamiento, que le pellizó con algo de culpabilidad debido a los tiempos difíciles que había pasado su señora, Mildred se dio media vuelta dispuesta a acatar las órdenes de Samantha. Desayuno sencillo y chófer, sin gritos ni malos modos. Todos en la casa esperaban que la antigua señora Miller no volviera más.

Martha llegó cerca de las once a la biblioteca. Tom la esperaba para recibirla con una amplia sonrisa, estaba seguro de que las buenas noticias agradarían a Samantha « la señora Miller », se reprochó por tutearla aunque fuera solo con el pensamiento.

Después de acabar de leer a H.G. Wells, Martha había caído en la cama como una piedra. El día anterior había estado repleto de acontecimientos que le habían llevado a un estado casi permanente de excitación, y su cuerpo había necesitado de un sueño reparador, pero allí estaba, expectante, esperando a que el joven conservador le diera las buenas nuevas.

—Buenos días, señora Miller. —Le saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señor Wilson. ¿Y bien? —dijo en tono apremiante.

—Hemos encontrado una de las carpetas perdidas que solicitó.

A Martha comenzó a acelerársele el corazón. Tenía la esperanza de que

fuera la que le sacara de dudas sobre lo que le ocurrió a la Martha de su pasado, pero una advertencia antes de salir de su casa le vino a la memoria. No debía permitir que el tiempo se le fuera de las manos como el día anterior. Tenía planes con Carol. Iba a alquilar una película que al parecer Sam no le dejó ver en el cine en su momento por no tener la edad permitida, y la iban a ver acompañándola de unas hamburguesas que les iba a preparar la cocinera. Era su plan a solas y no podía fallarle. Tan importante se estaba volviendo para ella la relación con Carol como descubrir todo lo referente a ese vacío en su vida pasada.

—¿Y a qué esperamos? —le preguntó con una sonrisa al conservador, que se había quedado expectante esperando la reacción a la grata noticia.

—Sí, por supuesto. Usted primero. —Le dio paso apartándose algo sonrojado.

Una vez que entraron en la sala, Martha se sentó a la mesa donde Tom ya le había preparado la carpeta. Soltó con cuidado las cintas que la sujetaban y al abrir no pudo más que sentir cierta decepción. Los rotativos pertenecían a un par de meses después del día de su viaje en el tiempo.

Suspiró y comenzó a pasar las páginas.

—¿No son los que buscaba? —preguntó el conservador.

—Sí, estos también los había solicitado, pero tenía la absurda esperanza de que fueran los otros que están extraviados. Los pertenecientes a estas fechas, pero cien años atrás.

Tom la observó pasar las páginas mientras le contestaba con esa clara decepción en la voz. Entonces se dio cuenta de lo que decían sus palabras, de que su búsqueda tenía otro objetivo. No podía ser casualidad que quisiera documentarse para un libro sobre su familia e insistiera tanto en unas fechas en concreto. Tenía que encontrar esa carpeta, aunque fuera lo único a lo que dedicase su tiempo. Tenía que hacerlo personalmente, y si de paso descubría qué era lo que quería encontrar, mejor. Quería ser su héroe en esa pesquisa. Respiró hondo mirando las filas de compactos que se abrían ante él.

—Si me disculpa un momento...

Martha simplemente levantó la mano haciéndole el gesto de que continuara con su trabajo, mientras ella pasaba una tras otra las hojas del primer periódico y buscaba en las notas de sociedad, los sucesos, en el apartado de economía sin encontrar nada.

Pasadas unas horas, después de almorzar, estiró su cuello dándose por vencida. Estaba deseando llegar a casa y sentarse con Carol en el cómodo

sofá de la sala de estar, donde otro de esos aparatos se comía una caja que llamaban cinta *VHS* y hacía que se reprodujera en el televisor una película. Lo mismo le daba de qué tratase, solo quería pasar el rato con ella manchándose las manos con esa especie de emparedado de carne picada que al principio le pareció tan poco adecuado y ahora no le daba ninguna importancia. Parecía que había pasado un siglo de verdad en esa nueva vida, en vez de unos días. Sonrió ante esa ironía. Se estaba adaptando a toda velocidad y se sentía orgullosa de sí misma.

Bajó la mirada por última vez, dispuesta a dejar aparcada esa carpeta hasta otro día cuando vio el titular. Una foto precedida de letras grandes y en negrita le mostraba a su hermano Jonathan con un aspecto algo diferente, lucía una poblada barba y estaba acompañado de una mujer de un cabello prácticamente blanco. El titular rezaba: El banco Jones recibe a su heredero acompañado de su mujer Anabelle Christensen, de origen danés.

No se mencionaba nada más al respecto, ni ella aparecía ni se daban datos de su ausencia.

Martha Jones había desaparecido, porque la vuelta de su hermano no le dejaba duda alguna.

Cuando Martha entró por la puerta, el olor a carne a la plancha llegaba desde la cocina.

—¡Venga, mamá, me muero de hambre! Ya está todo listo, la peli metida en el reproductor de vídeo, hay patatas fritas, *Coca-cola*, y de postre palomitas.

—¿De postre palomitas?

—Palomitas dulces, por supuesto. —Carol le ofreció una sonrisa como la del gato de Cheshire de John Tenniel, el ilustrador de Lewis Carroll en *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*.

Martha le alisó la melena sin poder evitar recordar aquel cuento. Carol llevaba el pelo con una diadema que se lo retiraba de la cara y parecía mucho más niña que cuando se empeñaba en maquillarse con aquellos colores tan estridentes. En ese momento era más su Alicia soñadora que la Madonna extravagante a la que se empeñaba en imitar.

—Me pongo cómoda y bajo enseguida.

—Date prisa, por favor —le rogó Carol

Martha no tardó nada en bajar. Cuando entró en la salita encontró un enorme árbol de Navidad en un macetero. Miró a Carol con la clara sorpresa

en su rostro.

—¿Y esto? —preguntó

—Lo ha traído Matt. Estamos a las puertas de la Nochebuena y aún no hemos adornado la casa. Tenemos que volver a las antiguas tradiciones, a cuando estaba papá y lo hacíamos los tres juntos.

La voz de Carol se había ido apagando conforme observaba las reacciones de Martha que al escucharla, no pudo evitar sentirse triste y culpable hasta que entendió la intención de la niña: quería volver a vivir la Navidad de antes, a pesar de no estar su padre y de que su madre, aunque no lo supiera, no fuera Samantha.

—Por supuesto —dijo con entusiasmo, mudando su rostro a uno mucho más alegre.

Ella siempre había adorado adornar el árbol, había sido toda una tradición en su casa. Junto a sus padres cuando era niña, y mano a mano con su tía Hortence una vez que se hizo mayor.

—¿Entonces no tienes objeción en que Matt venga mañana a ayudarnos?

A Martha el corazón le dio un vuelco.

Ahora entendía todo. Aquella pequeña tenía todo bien orquestado. Matt había traído el árbol y la ceremonia de adornarlo lo incluía a él. A pesar de la sorpresa inicial, a Martha no le disgustaba la idea, al contrario. Decidió que, tras los últimos descubrimientos en la biblioteca, tocaba vivir el presente. Martha ya no estaba, ahora era Samantha Miller-Jones y las fiestas navideñas la reclamaban, ya habría tiempo de seguir indagando en su pasado. Se llevó la mano al cuello para tocar el camafeo y tragó saliva. Esperaba que se le concediera ese tiempo, después de todo.

Se sentaron juntas en el sofá. Había un montón de servilletas de papel apiladas en las bandejas y Martha enseguida se dio cuenta del motivo. El tomate y la mostaza acabaron chorreándole por las manos. El pepinillo se escurría entre las salsas y el queso derretido formaba hilos desde su boca hasta el bocadillo. La experiencia no pudo ser más desconcertante para ella, y agradeció que Matthew no estuviera para ver aquella grotesca escena. Dejó de masticar al darse cuenta de que sus pensamientos se dirigieran a ese hombre a la hora de romper el protocolo en la mesa. Un hormigueo se le formó en el estómago, y dejó la hamburguesa para limpiarse bien. La película que estaban viendo tenía escenas algo subidas de tono para su gusto y también para verlas acompañadas de una adolescente. Entendió por qué, en

su momento, Samantha no le había dejado ir a verla. Era una historia de amor, un musical. Una mujer luchadora que trabajaba como un hombre e intentaba perseguir sus sueños. La película se llamaba *Flashdance*.

Su tía Hortence había sido así, había luchado porque la mujer fuera reconocida como un ser fuerte e independiente, pero para ella había sido fácil. Provenía de una familia acomodada y nunca había tenido la necesidad de trabajar. Admiró a la protagonista; su fuerza e independencia, pero no podía dejar de centrarse en la historia de amor. Eso le recordó lo que estaba empezando a sentir por Matthew, en que estaba deseando que llegara el día siguiente para verlo y compartir esos momentos familiares que añoraba Carol.

Sorbió por la pajita un trago de *Coca-cola* justo en el momento en el que Carol profería un eructo.

—¡Carol! —la reprendió.

—Venga, mamá, estamos en casa.

Martha se la quedó mirando desconcertada. En su época ni siquiera estaba permitido hacer cosas así en familia.

De repente un gas pugnó por salir de su garganta y, sin reprimirse, lo dejó ir.

El sonido estridente la conmocionó. ¿Aquello había salido de su boca? Una sonora carcajada irrumpió su estado de estupefacción y como ya era habitual, se unió a Carol en sus risas, que terminó tosiendo porque se atragantó con una palomita.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Sí, sí —le contestó con una voz de ultratumba—. ¿Seguimos con la peli?

Martha miró la pantalla donde la imagen parecía haber quedado congelada. Nunca se acostumbraría a esos chismes del diablo.

En una de las escenas de la película, que las situaba en una gran sala con suelo de madera, una de las examinadoras se sonaba la nariz y movía el pie al ritmo de la música. Martha, contagiada por la intensidad del momento, no pudo evitar imitarla y se vio golpeando la suela de su zapato en la alfombra persa. El protagonista, en un momento dado la había decepcionado, pero allí estaba para compartir con ella su triunfo y sus sueños. Al final el amor triunfaba.

A la mañana siguiente, después de desayunar, decidieron hacer una especie

de ceremonia. Hablaron con Gretchen, la cocinera, y le pidieron que hiciera unas galletas con las típicas figuras navideñas, de canela y de naranja; Martha quería recordar este día como uno muy especial, que se convirtiera en un ritual para las próximas navidades. Quería ofrecerle a Matt una escena familiar ya que se había decidido a compartir esa tarde con ellas, aunque no tenía aún muy claro de cuál de los dos había sido la idea. Sin querer se dio cuenta de que ella estaba también intentando conquistar a aquel hombre que había aparecido de la nada, y que le hacía desear cosas ya muy olvidadas.

Se pusieron manos a la obra y decidieron bajar cuanto antes las cajas de adornos navideños que guardaban en una especie de pequeño desván. Martha no había subido nunca allí, siempre había sido el personal de la casa el que guardaba y sacaba los artículos que lo requerían. En la época actual solo tenían a Mildred, que se ocupaba de todo lo de la casa, a la cocinera y un chófer con un horario definido.

—Deberías subir conmigo y elegir los adornos que quieres poner, mamá. Aquí hay un montón de cajas. Miedo me da abrir algunas, tiene que haber desde antes de la guerra.

Al escuchar las palabras de Carol, Martha se preguntó a qué guerra se referiría, haciendo casi un chiste para ella misma. Pero la curiosidad pudo con ella.

—Sí, hazme sitio que yo también subo —le dijo al pie de las escaleras que se abrían paso hasta el hueco del trastero.

Una vez arriba el olor a cartón y polvo le hizo arrugar la nariz. Echó un vistazo general con la cabeza algo agachada, para no pegar en el techo, hasta que sus ojos se clavaron literalmente en un baúl de viaje.

—Mamá, las cajas de adornos están por aquí —le reclamó Carol.

—Sí, ahora mismo voy —le contestó acercándose hacia el baúl como si un cordón invisible tirase de ella.

Estaba de pie y cubierto de polvo. Buscó el cierre y, utilizando la manga de su jersey, lo limpió buscando unas iniciales. Allí estaban: M. J. Era su baúl, el mismo que Clarice vaciaba el día que viajó en el tiempo. Contuvo la respiración unos segundos antes de abrirlo. El pulso se le había acelerado, su huella seguía impresa en aquella casa y no solo en las notas al margen de los libros que había leído y se almacenaban en la biblioteca. Martha seguía allí de alguna manera. Lo abrió. La tela granate que lo cubría estaba oscurecida por el tiempo y dentro no había nada. Lo cerró con cuidado dejándolo en el mismo rincón en el que lo había encontrado.

La tarde fue una delicia. Carol puso villancicos en el tocadiscos mientras adornaban el árbol, comían galletas con forma de bota de Santa Claus y bebían vino dulce. Cuando se cansó de los tradicionales, colocó un single en el plato en el que cantaban varios artistas, se titulaba *Do they know it's Christmas*.^[12]

—¿La puedes volver a poner? —le preguntó Martha a Carol—. Me encanta esta canción.

—Lo sé, están todos nuestros artistas favoritos juntos por una buena causa. Este verano donaste una buena pasta por el mismo motivo...

Carol no quiso decir nada más por no estropear el momento; a veces el comportamiento de su madre no era el más adecuado ni siquiera cuando era para participar en una obra benéfica. Pero eso quedaba en el pasado. Ahora estaban viviendo un momento especial y quería olvidar los desacuerdos que habían tenido en alguna ocasión.

Entre Matt y Martha se cruzaron muchas miradas y medias sonrisas que a ella le hicieron sonrojar.

Cuando terminaron Carol se subió a una silla y colgó una ramita de muérdago de una de las lámparas, con un lazo rojo de cuadros escoceses. Martha recordó aquella antigua tradición que venía de la época medieval y que estaba basada en las leyendas de los dioses nórdicos.^[13] Se bajó de la silla y los miró a los dos con una ceja levantada. El significado de ese pequeño gesto y lo que insinuaba, hizo que a Martha le subiera cierto calor desde el pecho hasta el rostro. Matthew se acercó hasta ella; que cerró los ojos al sentirlo tan cerca. Pero el hombre siguió caminando hasta llegar a Carol y la besó en la mejilla bajo el muérdago.

—¡Oh, vamos Matt! —protestó.

—No precipites las cosas, K, ya habrá tiempo —le dijo en un tono que solo pudo oír ella.

Martha se debatía entre el alivio y la decepción. Pero Matthew se giró, la miró y le dedicó una sonrisa con un guiño. Aquel gesto hizo que casi se deshiciera allí mismo y pensó que de haber llevado el odioso corsé de su época, se habría desmayado.

Al día siguiente volvió a la biblioteca. No había novedades y ya no se encontraba tan motivada para seguir investigando. Decidió fotocopiar todo lo

que pudo averiguar hasta entonces y, con una cámara Polaroid que encontró por casa y que Carol le enseñó a usar, fotografió algunos documentos. Tom le aconsejó que guardase todo en un lugar alejado de la humedad, sobre todo las fotos; que buscara una lata de galletas o algo parecido. Le regaló una de las carpetas de cartón, con su correspondiente cinta, para todo lo que había imprimido. Faltaba poco para Navidad y quería disfrutar de esos días junto a Carol, y lo que surgiera con Mathew.

Volvieron a ir al cine juntos. En esa ocasión, a ver *Los Goonies*. Martha no pudo disfrutar más. Siempre le habían gustado los libros de aventuras, y poder visualizar como si fuera real lo que se podía llegar a describir en los libros la entusiasmaba.

Al terminar Carol suplicó ir a una pizzería que acababa de abrir sus puertas. Era una franquicia estadounidense^[14] y, por supuesto, Mathew no pudo resistirse a complacerla.

—¿Vais a cenar con el hermano de George en Nochebuena?

Mathew cortaba la pizza y repartía porciones en los tres platos. Mildred le había comentado un par de días atrás, que su cuñado había llamado mientras estaba fuera para que le confirmara si cenarían con ellos esa noche. Martha no quería pasar una velada como aquella con unos desconocidos con los que solo había coincidido un rato en la fiesta del banco. No podría desenvolverse en un ambiente tan íntimo donde no sabría cómo seguir las conversaciones que surgieran y menos después de hablarlo con Carol y que ella mostrara su disgusto a compartir la mesa con su primo Hank, que no dejaba de meterse con ella. Así que no dudó en rechazar la invitación y preparar una cena íntima junto a la que ahora era su hija.

—No. Este año nos apetece pasarlo solas —le contestó sonriendo a Carol, y ella le correspondió levantando el dedo pulgar—. ¿Y tú? ¿Qué planes tienes?

—Este año me quedo en Londres. Viene un inversor importante alemán a pasar estas fechas con su mujer y tengo que comer con ellos. Luego irán a la ópera y cenarán en el hotel, así que no puedo ir a casa. De todas formas, desde que falleció mi madre y estamos solo los hermanos, la Navidad ya no es lo mismo.

Mathew era de Liverpool, lo había mencionado de pasada el día que las llevó a casa y en la radio sonaba una canción de un grupo de aquella ciudad. La canción y el sonido de sus voces le llamó la atención y una tarde,

rebuscando en los vinilos que se amontonaban en la sala de estar, encontró un disco del mismo grupo^[15] y lo escuchó mientras rememoraba los momentos compartidos con aquel hombre.

—¿Y vas a cenar solo? —le preguntó Carol, propinándole una patada bajo la mesa a Martha.

—Eso me temo —dijo encogiéndose de hombros.

A Martha solo le costó unos segundos darse cuenta de lo que significaba ese puntapié.

—Me temo que no lo vamos a permitir, ¿verdad Carol? —se dirigió a ella con una mirada intencionada.

—Por supuesto que no. Cenarás con nosotras.

—¡Ah no, no pienso estropear vuestros planes de chicas!

—Por favor, Matthew, Hank es un incordio, pero mamá es tremendamente aburrida —le dijo apretando a la vez el muslo de Martha para que no se sintiera ofendida—. A mí me harías un tremendo favor.

—¡Ja! —exclamó Martha—. Pues habrá que solucionar eso. —Miró a Matt esperando su respuesta y, solo con ver el brillo de sus ojos, supo que estaba encantado con la oferta.

Capítulo 7

La víspera de Nochebuena Martha apenas durmió. Cada vez que conciliaba el sueño se despertaba, de forma abrupta, con una sensación extraña en el pecho, pero que no le era del todo desconocida. Pensó que serían los nervios por la cena de esa noche.

El día anterior le había pedido a Gretchen que comprara los ingredientes para hacer un pastel de carne que cocinaban, de manera tradicional, en su casa desde hacía años.

La cocinera no estaba acostumbrada a que la familia Jones, y menos Samantha, se metiera en su territorio. Estaba entre extrañada y complacida con que aquella mujer se involucrara en la cena de Nochebuena. La curiosidad pudo más que la prudencia, y le preguntó sobre la receta. Martha estaba explicando paso a paso el proceso de elaboración cuando Gretchen se levantó de la mesana, sin dejarla terminar, y se fue hacia un cajón para sacar una carpeta con varias hojas plastificadas.

—Creo que sé a qué receta se refiere, señora Miller —le dijo rebuscando entre los folios.

—Llámeme Sam, por favor —le pidió con una sonrisa comedida.

La cocinera dejó en el aire la mano que rebuscaba la receta mirándola desconcertada, tentada en rechazar su ofrecimiento pero temerosa de llevarle la contraria. Todo el mundo, en esa casa, sabía que Samantha Miller-Jones sufría una fuerte depresión, y que aunque a día de hoy se mostrara amable y respetuosa con ellos, quizá al día siguiente volviera a ser la tirana que conocían.

—Yo... —balbuceó la mujer.

—Perdóneme —se disculpó Martha percibiendo la incomodidad de la empleada—, no quería importunarle.

—No se disculpe, seño... Sam. —Le sonrió sentándose en la silla, que estaba a su lado, y dejó la carpeta en la mesa para que pudieran verla las dos—. Es esta.

Martha observó el papel plastificado con aquella caligrafía de su época y amarilleada por el paso del tiempo.

—Sí, la misma. Se ha cocinado durante años en mi casa y me gustaría ayudarle a prepararla mañana.

—Perdone, señora, digo Samantha —corrigió atropelladamente—, pero esta receta no se ha hecho en todos los años que llevo trabajando aquí. Yo la conocía solo porque cuando era niña, mi madre, que fue mi antecesora, la cocinaba el día de año nuevo siguiendo esta receta.

Martha, al darse cuenta de su error, no supo cómo enmendarlo y se quedó muda.

Durante unos segundos ninguna de las dos pronunció palabra. La cocinera pensó que había sido un desliz debido a su estado mental y creyó haber cometido un error irreparable. Comenzó a ponerse nerviosa.

—Quería decir que durante un tiempo fue un plato tradicional en la mesa de los Jones, y que me gustaría que volviera esa tradición —le aclaró Martha observando, al instante, el alivio en la cara de la cocinera y sintiendo el suyo propio.

—Pues no se hable más, Sam. —Se levantó la mujer, dejó el portafolios de plástico en la mesa y guardó la carpeta en el cajón—. Mañana después de comer nos ponemos manos a la obra.

Martha, imitando la buena compostura de la mujer, se levantó y, como si no hubiera pasado nada, se acercó a ella.

—Gracias, Gretchen —le dijo mirándola a los ojos—. Por todo, sobre todo por su paciencia—. Le apretó con su mano suavemente en el antebrazo y salió de la cocina, dejando a la cocinera desconcertada.

No obstante, a pesar de haberse solventado bien la situación, el nerviosismo de Martha persistía. Se levantó y el día transcurrió entre preparativos para decorar la mesa y cocinar. Antes de que se dieran cuenta, el timbre de la puerta sonó anunciando a su invitado especial.

Martha y Carol le recibieron vestidas para la ocasión. Martha con un vestido de terciopelo granate, cruzado hasta por encima de la rodilla y ajustado a su cintura, Carol con unos pantalones negros y chaleco a juego por encima de una camisa blanca, cerrada al cuello y adornada con volantes en los puños.

—Están ustedes muy bellas, señoritas. Soy un hombre afortunado de poder compartir esta velada con vosotras —les dijo, besando primero en la sien a Carol, para después hacer lo mismo, pero en la mejilla, a Martha; que al recibirlo no pudo evitar sentir cierto cosquilleo en su interior—. Espero estar a la altura.

—Por supuesto que lo está, caballero —le respondió Martha encantada del tratamiento que se estaban dando.

—Esto es para poner bajo el árbol.

Matthew le entregó dos paquetes a Carol. Estaban envueltos en papel brillante, decorado con motivos navideños. los dejó al pie del abeto navideño no sin antes agitarlos e inspeccionarlos con entusiasmo.

Matthew y Martha la miraban sonrientes porque, a pesar de ser una adolescente independiente y con carácter, en el fondo seguía pareciendo una niña la noche de Navidad.

—Esto está delicioso —comentó Matthew saboreando el plato que tenía delante.

—Lo ha hecho mamá.

—Bueno, no exactamente —aclaró Martha, al ver como el siguiente bocado que se iba a meter Matthew en la boca quedaba a medio camino—. He ayudado a su elaboración.

—Como si hubiera mucha diferencia, ¿verdad Matt? —le preguntó Carol con cierto retintín.

Matthew seguía mirando perplejo a aquella mujer que no dejaba de sorprenderlo desde que, entre comillas, se habían reconciliado. No solo perplejo, sino embelesado y enamorado como no lo había estado de ella ni siquiera en la época universitaria. Se obligó a tragar el siguiente bocado de pastel de carne sin dejar de mirar los exquisitos modales de Sam en la mesa y cómo se sonrojaba cuando levantaba la vista al percibir que él la miraba para volver a fijarla, deprisa, en su plato.

No tenía ni idea de qué había ocurrido para que se obrara ese cambio tan drástico en ella, pero, sin duda, había sido para mejor.

Después de la cena se sentaron cerca del árbol de Navidad para el tradicional intercambio de regalos.

Carol estaba encantada con su disco y el videojuego de *Mario Bros* y se abrazó a Martha besándole para agradecerse. Ella señaló a Matthew con la cabeza al decirle que había recibido ayuda a la hora de comprarlos, y él también recibió su agradecimiento.

Martha le entregó un estuche a Matt que contenía una pluma bañada en oro. La había comprado justo el día anterior deprisa y corriendo. Reconocía

que no era un regalo demasiado personal, pero fue lo único que se le ocurrió para tener un detalle con él sin miedo a equivocarse. Él la acarició como si fuera un tesoro, porque era el primer regalo que Sam le hacía y no dudó en que sería la que iba a utilizar a partir de ese momento, para firmar todos los documentos importantes de su vida. El paquete que él le entregó a ella era de un tamaño parecido al suyo. Martha pensó que igual habían pensado en el mismo presente, pero no, era una pulsera de oro con un dije en forma de árbol de Navidad, conmemorando ese momento.

—Puedes ir añadiéndole los colgantes que quieras —le explicó.

—Me encanta —dijo poniendo la muñeca en alto y mirando cómo colgaba el pequeño adorno—. Gracias.

—Es precioso, Matthew —le dijo Carol—. ¿No crees que se merece algo más que un gracias, mamá?

Martha la miró con el ceño fruncido y Carol se levantó haciendo una mueca de desesperación.

—¡Vaaaale! Mejor os dejo solos. Rachel vendrá dentro de un rato a jugar con la videoconsola, mamá —dijo llevándose los regalos con ella.

—Muy bien...

Una vez solos Martha volvió a admirar su regalo. Un pequeño destello en el metal dorado le hizo volver a tener esa sensación que le había perseguido durante su sueño cuando se despertó. Miró el reloj que había encima de la chimenea escudriñando la hora. La voz del hombre que le vendió el camafeo resonó en su mente.

—Tengo que ir a Regent Street.

—¿A Regent Street? ¿Qué hay allí?

—Una casa de empeños —le aclaró tocándose el camafeo.

—Dudo que haya nada abierto a estas horas, y menos una casa de empeños. ¡Es Nochebuena! —exclamó Matthew desconcertado por el cambio de actitud de Sam.

—Lo estará —dijo con seguridad—. Me espera... —susurró en un tono casi inaudible.

—Está bien. Te llevo —claudicó.

—¡No! Tengo que ir sola.

—De ninguna manera —se negó rotundamente—. Voy a ir contigo. Te voy a llevar hasta allí. Esto es muy raro.

—Esta bien. Pero te quedas en el coche.

—Ya lo veremos.

Los dos se miraron desafiantes. En los pocos días que se habían tratado había crecido entre ellos una complicidad inquietante, como si Martha lo conociera de toda la vida, como si siempre se hubieran pertenecido a pesar de vivir en mundos diferentes. Como si por fin todo ese salto en el tiempo tuviera sentido, como si sustituir a Sam tuviera un motivo: devolverle la vida a esa familia por la que ella había dejado de luchar.

Cogieron los abrigo a toda prisa y salieron a buscar el coche. Durante todo el trayecto, Martha no dejó de tocar el camafeo con sus dedos. Tenía un mal presentimiento; debían llegar antes de medianoche y solo faltaban diez minutos.

—¿Me vas a contar qué es lo que ocurre? —le preguntó Matthew con preocupación.

—No puedo...

—¿Por qué no? —insistió, apartando la vista del asfalto por unos segundos en los que Martha pudo vislumbrar la tristeza y decepción de Matt.

«¿Cómo explicarle que si no llegaba a tiempo era muy posible que eso que parecía crecer entre los dos se desvanecería porque la verdadera Sam lo detestaba desde lo más profundo de su corazón?».

—Porque no me creerías.

—¡Por supuesto que sí!

Y su afirmación sonó más ofendida que realista.

—Confía en mí, Matthew, por favor —le rogó.

Un profundo suspiro llenó el habitáculo acompañado de un asentimiento de cabeza por parte del conductor, pero el hecho de que no la mirara, de que no pudiera transmitirle con sus ojos la tranquilidad de que realmente confiaba en ella, dejó a Martha con una sensación extraña por todo su cuerpo. Desvió la mirada de su rostro hacia la oscuridad de la calle con aflicción. No quería perderlo, no quería que acabaran todas esas sensaciones maravillosas de las que se había visto privada en su juventud. Y la posibilidad de que se desvaneciera en escasos minutos era real. Si volvía a 1885 ¿cómo podría vivir con esa pérdida?

Justo cuando se lo estaba cuestionando, llegaron a la pequeña tienda de Regent Street. Matthew se detuvo dejando el coche en doble fila.

El aspecto del local no había cambiado demasiado, sin embargo, parecía mucho más antiguo. Y en esta época desentonaba por completo. La pintura de la fachada estaba desconchada y las molduras de madera que enmarcaban el escaparate estaban hinchadas y agrietadas. Ahora era un

anticuario. Martha se giró para mirar a Matthew.

—Vuelvo enseguida. —No pudo evitar tragar saliva y denotar inseguridad al pronunciar esas dos palabras.

—Si tardas, entraré a buscarte.

La firmeza de su voz le dejó convencida de que lo haría, y más pronto que tarde. Sus ojos verdes, siempre tan llenos de vida, tenían una tonalidad oscura, opaca, debido a la turbiedad de la noche.

Le tocó la mano, que apretaba con fuerza la palanca de cambios demostrando la impotencia que sentía su caballero andante al no poder acompañarla, y no solo lo hizo para tranquilizarle, sino porque necesitaba tener ese roce, recordar el tacto de su piel caliente por si no lo volvía a ver más.

No podía perder más el tiempo. Se giró y abrió la puerta del vehículo. No miró atrás mientras se dirigía a la puerta acristalada del comercio. La abrió y la misma campanilla de hacía un siglo sonó devolviéndole a 1885.

—Justo a tiempo, señorita Jones.

El mismo hombre, de pelo cano y anteojos, la esperaba tras el mostrador. Una lágrima rodó por el rostro de Martha haciéndola sentir impotente. Se había equivocado, ella pensaba que al ir podría solucionar su estancia en el futuro, pero había sido todo lo contrario.

—¿Por qué llora, señorita?

—Yo... quería quedarme allí.

—Tranquílcese, aún está allí, como usted dice. Si ese es su deseo solo tiene que devolverme el camafeo, pasados unos minutos de confusión, podrá volver a su nueva vida.

Martha, que había bajado la vista apenada, la levantó de nuevo con una sonrisa llena de incredulidad. Se llevó las manos al cuello dispuesta a desabrocharse el colgante.

—Espere un momento. —La detuvo—. Tiene que estar totalmente convencida, porque esta acción ya no tiene vuelta atrás.

—Le aseguro que no hay nada que tenga más claro que esto, y mi decisión es quedarme en 1985 —expresó en tono firme.

—De acuerdo. Entonces, si me lo permite —dijo rodeándola y quedándose a su espalda—, yo se lo quitaré.

Martha tomó aire al notar que los rugosos dedos del hombre le apartaban el pelo rozándole ligeramente la nuca. Aquellos segundos parecían haberse quedado suspendidos en el tiempo. En cuanto el camafeo dejó de

tocar su piel volvió a sentir aquel estallido en su corazón, que esta vez la hizo caer de rodillas al suelo. En el momento que apoyó las manos en la vieja cerámica, con dibujos en forma de estrellas resquebrajada, por el uso y el tiempo, para detener la caída, una especie de rayo atravesó su masa gris, cegándola a su entorno real e iluminando su cerebro. Una multitud de imágenes comenzaron a proyectarse a una velocidad vertiginosa en su cabeza.

Con la barbilla alzada al frente y en estado de shock, vio pasar su vida en pequeños fotogramas mezclados con otros que no eran suyos.

Ella de niña paseando en el cochecito de capota mirando a unos padres jóvenes y sonrientes vestidos de época, sus rostros desdibujados mutando a otros desconocidos con diferentes atuendos que la llamaban Sam y la cogían en brazos haciéndola girar y reír.

En su casa, de niña, con la institutriz a de repente, con la misma edad en una habitación desconocida con otras niñas vestidas con idéntico uniforme escolar.

Su primer baile; viendo, con ligera amargura, cómo unos muchachos se echaban a suertes, con los tallos de unas flores robadas de un jarrón, quien la sacaba a bailar, y en la siguiente visión dejaba de estar en el salón, porque se transformaba en un gimnasio lleno de mesas alargadas, con un gran escudo colgando del techo y siendo ella quien rechazaba pretendientes para salir a bailar, entre risas y susurros, con otras adolescentes de su edad.

En el funeral de sus padres, con un hermano sujetándola por los hombros mientras contenía los sollozos que se convertían, de forma abrupta, en un cosquilleo por todo su cuerpo al ver a un joven Matthew atravesar el campus universitario.

Aburrida y hastiada cerrando un libro en la biblioteca en 1885, a de forma súbita se encontraba en un jardín a solas con su amado, sintiendo sus labios con un ligero sabor a alcohol que le calentaba todo el cuerpo, pero a los minutos una visión de él besando a otra chica hizo que le hirviera la sangre y se llenara de odio.

A lo lejos, entremezclándose con sus recuerdos, unos golpes hicieron eco, poniendo banda sonora a ese film de ciencia ficción. Era Matt pegando con fuerza en el cristal.

La lluvia había comenzado a caer de una forma incesante y un rayo junto a un estruendo ensordecedor, parecía haber atravesado el local iluminándolo durante unos segundos de un color violeta, para acto seguido

dejarlo en penumbra.

Sin pensárselo ni un solo segundo, el hombre salió del coche dejándolo en marcha. El pomo de la tienda no giraba y el interior estaba totalmente a oscuras. Limpió el vidrio con la manga de su chaqueta y con las manos haciendo de visera, intentó vislumbrar la silueta de Samantha sin conseguirlo.

Los golpes se hicieron más insistentes produciendo interrupciones en las visiones de Martha, que se seguían sucediendo sin cesar.

La indiferencia hacia los apuestos pretendientes, que invitaba su hermano Jonnathan a la fiesta anual del banco por Navidad, se mezclaba con los celos y el rencor que sentía Sam cada vez que veía a Matthew en el mismo evento, celebrado un siglo después, charlando con otras chicas de su edad. Mientras ella ignoraba los roces y los besos de George por el que no sentía ni una pizca de deseo.

La compungida despedida de su hermano en la estación Victoria se diluía con la imagen de Sam levantando la vista y viéndose en el altar vestida de novia en su boda con George.

La soledad de Martha en su habitación, interrumpida por un eco de suspiros y jadeos exhalados, por un cuerpo desnudo enredado entre sus piernas en un lío de sábanas...

De paseo por Hyde Park acompañada de su tía Hortence, frenando en seco al atravesarle un latigazo en el bajo vientre y verse con una tripa de nueve meses.

Charlas en el club de hípica que se convertían en lágrimas extasiada de felicidad al ver una carita rosada, con una cabeza sin apenas pelo que la miraba con ojos opacos y entrecerrados.

Abriendo el libro de *Miguel Strogoff*.

Golpe.

George sujetando el sillín de la bici de Carol.

Golpe.

Cerrando la tapa de piel de *Un capitán de 15 años*.

Golpe.

Carol con George haciendo puzzles en el salón.

Golpe.

Fiesta de inauguración de una nueva sucursal del banco Jones.

Golpe.

Sentada a oscuras junto a Carol en una gran sala de cine viendo *Herbie Torero*.^[16]

Golpe.

—¡Sam, Sam, contesta! ¡Sam! ¿Me oyes?

Matthew corrió hacia el cuerpo de Martha, que se mantenía rígida en una postura extraña, con la cabeza mirando hacia una pared sin parecer mirar nada, con la vista nublada y sin parpadear, como si hubiera sufrido una parálisis. Sus zapatos de ante se le habían salido de los pies y permanecía arrodillada con las manos apoyadas en el suelo, parecía una estatua.

Una lágrima surcó una de las mejillas de Sam y entonces supo que estaba en catarsis. La agarró de la cara e intentó que le mirara, pero ella seguía sin verlo.

El entierro de la tía Hortence, en el panteón familiar... y la lápida con el nombre de George Miller cincelado. Las noches solitarias, en su habitación victoriana, interrumpidas de repente con llamadas a la puerta de una niña que la llamaba mamá y a la que ignoraba deliberadamente. Los paseos solitarios por la mansión, y los somníferos llevándola a un profundo sueño en los que siempre le acompañaban unos ojos verdes burlones y otros castaños llenos de compasión. Los brazos de Carol aportando calor en la cama tanto a Martha como a Sam.

Un parpadeo le indicó a Matthew que Sam estaba volviendo de dónde su mente se había ido. En su intento por traerla de nuevo con él, la había sentado y rodeado con sus brazos susurrándole una y otra vez: «Vuelve conmigo, Sam».

Nuevos parpadeos empezaron a situar a Martha en la tienda de antigüedades y discernir el rostro de Matthew que cada vez se volvía más nítido.

—Sam...

Una sonora bofetada dejó a Matthew confundido y con cara perpleja.

—¡Besaste a otra!

Matthew se llevó la mano a la mejilla maltrecha, intentado comprender por qué ahora tenía esa reacción, pero no importaba. Sí, había besado a otra hacía casi veinte años, fue un chico estúpido y arrogante. Se arrepintió de ello toda la vida.

—Y nunca me lo he perdonado —le reconoció, ya recuperado de la sorpresa.

Los dos se miraron fijamente unos segundos hasta que Martha lo abrazó con fuerza. Matthew cerró los ojos embargado por la emoción, y le correspondió absorbiendo su calor y llenando las fosas nasales de su perfume.

Por fin estaban donde les correspondía, juntos.

Capítulo 8



Londres, 9 de enero de 2019

—Anne, por favor, lleva estas cajas arriba y ten cuidado al bajar la trampilla que ya sabes que está para poco.

Anne cogió las dos cajas, llenas de adornos navideños, por las asas y subió al segundo piso. El crujir de la madera a su paso, le daba ese toque tétrico a la casa que tanto miedo le había dado cuando era una niña y se quedaba a dormir en casa de su abuela.

La tristeza la embargó al recordarla. Habían sido unas navidades difíciles. En pocos meses de diferencia sus abuelos habían fallecido inundándola de dolor, porque habían sido las personas más importantes en su vida, casi por encima de sus padres. La abuela Sam siempre le había parecido una especie de hada buena. Con ese aura de paz y eterna felicidad que parecía calmar a todos en cuanto entraban en esa mansión, incluso a *Raven*, una gata Main Coon de casi doce kilos, que su madre se negó a tener en casa por que se sentía amenazada. Su fuerte carácter territorial y esa forma de jugar apareciendo de improvisto detrás de las puertas saltando a los pies, no la habían favorecido. Mientras su tamaño fue razonable, Carol había consentido sus juegos, pero una vez que creció, ya no soportaba los sustos que le daba. Anne se había negado a deshacerse de la gata, ya que siempre había sido una gran compañía para ella, a parte de la adoración mutua que sentían, así que la abuela Sam decidió que *Raven* viviera en aquella vieja casa. El comportamiento de la gata mejoró en solo unos días y Anne pudo seguir disfrutando de ella el tiempo que vivió.

Su abuela había muerto de amor con setenta y dos años; esa era la conclusión a la que había llegado Anne. Recordaba las veces que su madre le había contado el cambio tan radical que se efectuó en la abuela una vez que aceptó el amor del abuelo Matthew. Después de que un cáncer de páncreas se lo llevara en junio, la abuela fue apagándose hasta marchitarse. Se quedó dormida un catorce de diciembre con una sonrisa en la boca, como si se hubiera dado cuenta de que se iba de este mundo para reencontrarse con su amor. O al menos así lo veía Anne en su alma romántica.

Tuvo que hacer dos viajes para subir las dos cajas, ya que necesitaba una de las dos manos para abrir la trampilla. Nunca le había hecho gracia estar allí arriba. Estaba todo lleno de polvo y telarañas, y estaba casi segura de que algún ratón campaba a sus anchas en aquel lúgubre espacio desde que no estaba Raven. Nada más entrar estornudó haciendo eco en la estancia. Justo podía ponerse de pie porque el techo era muy bajo en esa zona; tiró de la cadena que encendía la bombilla e iluminó todo.

—¡Hala! Esconderos todos, pequeños roedores con alas y sin ellas — gritó a la nada.

—¿Todo bien por ahí arriba, Anne? —preguntó su madre desde abajo.

—Sí, K. Voy a echar un vistazo a las reliquias de la abuela y enseguida bajo.

—Muy bien. Yo voy a ponerme con la cena.

Anne miró a su alrededor buscando algo interesante, pero solo había cajas cubiertas de polvo y algunos pequeños muebles que parecían tener más de un siglo. Justo cuando se iba a marchar, un baúl de piel llamó su atención. Tenía pinta de parecer uno de esos con los que viajaban en la época victoriana que casi parecían armarios. Se acercó y abrió las cerraduras no sin dificultad. Medía por lo menos un metro treinta; en su interior encontró un vestido precioso color añil con unas plumas grises que al tocarlas se le deshicieron entre los dedos. En el lado derecho no había ropa, pero sí unos libros apilados que no parecían tener la misma antigüedad. Tenían fechas apuntadas, y el primero que estaba a la vista databa de 1985. Lo abrió y se acercó a la luz. Parecía un diario. Pasó las páginas para comprobarlo y encontró una de ellas doblada. Se sentó en una de las cajas y comenzó a leer. La caligrafía tenía un estilo totalmente diferente a la que aparecía escrita en la página anterior. La letra era preciosa, cada mayúscula parecía una obra de arte, digna de las mejores fans del *lettering*.

«22 de diciembre de 1985

Este es el diario de Samantha Miller-Jones, la madre de Carol. No sé cuánto tiempo estaré usurpando su cuerpo. Sincera y egoístamente, ojalá sea para el resto de mis días. La persona que lea esto pensará que en un momento dado perdí la cabeza o decidí escribir una novela de fantasía y aventuras inducida por la última película que he visto en el cine con mi hija, pero no es así. Esto no es Regreso al Futuro.

Esto es Viaje al Futuro de una Jones. Si Carol lee esto algún día, encontrará la explicación a mi comportamiento extraño de estos días en los que parezco tan ausente, leyendo tanto y pasando tantas horas en la biblioteca. Tan solo estaba para recabando información sobre mi yo pasado, pero luego he pensado que también me vendrá bien guardar pruebas de lo que voy a contar por muy inverosímil que parezca.

Me llamo Martha Jones, nací el 18 de marzo de 1846 y esta es la historia en la que viajé en el tiempo a un siglo después, usurpando el cuerpo de Samantha Miller-Jones...».

Anne devoró cada línea, página a página, como si de un libro de aventuras se tratase. Estaba entre la incredulidad y la fascinación. En un momento dado revolvió el resto de los libros encontrando otros diarios, tanto anteriores como posteriores, y debajo de estos una caja de metal llena de documentos fotocopiados y fotografías antiguas.

—¡Anne! ¿Qué haces ahí arriba? Para no gustarte ese lugar llevas casi una hora.

—Ya voy, mamá, pero antes me tienes que ayudar a bajar unas cosas, no te vas a creer qué he encontrado.

—La cena se enfría.

—Te aseguro que merecerá la pena que lo haga. Solo es un momento. Sube un par de peldaños y te los voy pasando. —Carol elevó las cejas sin dejar de mirarla—. ¡Por favoooooor!

—¿Y no puedes dejarlo para mañana?

—Venga, mamá, es importante, no te arrepentirás. Vamos a pasar una velada interesante.

Anne seguía asomada por el hueco que daba a la escalera y le guiñó un ojo. Carol se quedó alucinada. Desde que había fallecido su madre, la abuela de Anne, apenas había sonreído, estaba muy triste y la tenía tan preocupada que casi no se había hecho cargo de su propio dolor. Así que se quedó allí, subida al segundo escalón, esperando que le pasara lo que fuera que había encontrado y le había parecido tan interesante.

En tan solo unos segundos una pila de unas cinco encuadernaciones aparecieron por la abertura. Sin casi tiempo de descubrir qué eran, asomaron otras cinco. Fue dejándolas en el suelo hasta que se acumularon un total de veinte ejemplares, una caja de galletas de metal y una pequeña carpeta de cartón con gomas. Enseguida se dio cuenta de que eran unos diarios porque estaban fechados, y una imagen borrosa llegó a su memoria.

Eran los diarios de su madre.

Carol había dejado la cena a medias mientras Anne devoraba un trozo de bizcocho de zanahorias y nueces, había recuperado el apetito perdido durante las navidades. Los dedos de K temblaban cada vez que pasaba una de las páginas del diario de 1985. Su labio inferior comenzó a temblar y su hija se levantó al escuchar cómo se le escapaba un sonoro sollozo. La abrazó con fuerza y Carol comenzó a llorar.

—No puede ser —exclamó—. En parte tiene sentido, pero por otro lado... —dejó a medias la frase susurrada en el cuello de su hija.

—¿Te imaginas a papá leyendo esto? —expresó Anne con deleite, separándose de su madre y quitándole con las yemas de los pulgares las lágrimas que no dejaban de escapar—. Con esa afición suya a los fenómenos paranormales, y resulta que su suegra, la abuela, era uno de ellos.

Carol sonrió a pesar de la emoción que la embargaba. Se debatía entre la incredulidad, el vacío de su pecho y la sensación de sentirse algo traicionada. Si todo eso era cierto, ¿por qué nunca se lo contó? ¿Por qué le mintió durante casi toda su vida?

Sin duda Xavier cogería aquellos diarios y los examinaría del derecho y del revés. Su suegra, su querida y amada suegra que tantos impedimentos mostró a su relación hasta que acabó conquistándola de la misma manera que había hecho con ella. Ahora entendía por qué cuando su marido les relataba en las sobremesas de los domingos cualquiera de aquellos fenómenos extraños, sacados de Dios sabe dónde, su madre lo escuchaba embelesado, haciendo oídos sordos a los bostezos y carraspeos del resto de la familia.

Decidió empezar por el principio: ordenar los diarios para después comenzar su lectura. El banco absorbía la mayor parte de su tiempo y, sin duda, los diarios iban a darle mucho trabajo. Después del fallecimiento de sus padres se había volcado mucho más en el negocio familiar y cada vez pasaba menos tiempo en casa.

—Anne, ayúdame a ordenarlos.

—Sí, mamá. ¿Te los vas a leer todos?

—Claro. Mi madre pasó por una depresión al fallecer mi padre, hay que determinar que no perdió la cordura y se inventó esta historia para sobrellevar su pérdida, ¿no te parece?

—¡Pues yo la creo!

—Por supuesto —afirmó acariciándole el pelo rubio—, yo a tu edad también lo hubiera creído a ojos cerrados, por eso no entiendo que no me lo contara.

—Estoy segura de que tenía sus motivos —aseveró Anne.

—Por eso tengo que leerlos todos y averiguar la verdad.

—Tenemos —le dijo su hija guardando, con su dedo índice, la página del diario donde se había quedado.

Sí, eso harían y desentrañarían el misterio. Hacía mucho que su pequeña familia suya no hacía nada en común, y esa era una buena oportunidad para volver unirse como antes, como cuando Matthew, Sam o Martha, quienquiera que fuese en realidad, estaban.

Capítulo 9

Carol pasó parte de la noche en vela leyendo los primeros diarios de su madre desde que era una jovencita, y siguió aquella tarde junto a Anne en la sala de estar. No le hizo falta poner a la luz de la lámpara el borrón del nombre del chico del que se había enamorado porque solo podía ser uno. Matthew siempre lo había estado. No sabría cómo explicar por qué lo sabía, pero eran esas cosas que se dan por hecho cuando eres niña. Lo que no se imaginaba, hasta que leyó esos primeros ejemplares, era que su madre también. Ella siempre había creído que, para Matthew, su madre era solo un amor platónico, el típico hombre que se había enamorado de la novia de su mejor amigo, pero no fue así, algo sucedió que hizo que Samantha lo aborreciera y se casara con George, su padre.

Conforme leía recordó a su madre, aquella persona que se había desdibujado en su memoria y que de un día para otro se convirtió en otra. Se retrataba perfectamente con su despotismo, su ira y su desprecio por todo el mundo. Solo era cariñosa con ella, porque hasta con su padre se comportaba despectivamente a pesar de que él la adoraba. Cuando falleció pareció inundarla un mar de culpabilidad, en sus diarios repetía una y otra vez que ella había sido la culpable de su muerte. Que a pesar de que lo había intentado amar nunca lo había conseguido, y que lo quería como el compañero que había sido, pero que nunca supo ser una buena esposa. Tan solo el primer año de Carol, en el que se sintió tan volcada como madre, le dio un respiro a su marido. Él le había dado aquella cosita tan preciosa y, durante un tiempo, reconocía haber sido completamente feliz. Mucho más que los años previos al nacimiento de su hija, hasta que reapareció en sus vidas Matt, cuando Carol apenas tenía siete años.

Él y su padre habían sido grandes amigos. Los dos habían estudiado finanzas y cuando hubo una pequeña crisis, George acudió a él para que se asociaran. Aquello enfureció a Samantha. Los Jones siempre habían sido los dueños de ese banco y siempre habían luchado por conservarlo íntegro en la

familia, pero eran otros tiempos y aquello era inviable. De hecho, en esos momentos, era una sociedad limitada en la que ella tan solo era la directora. Se lo había ganado, no había duda, pero muchos pensaban que estaba allí por quién era y no por su esfuerzo diario. Su madre ni siquiera había estudiado nada relativo con economía ni empresas, era una niña bien que había decidido ir por la rama humanística y despreocuparse por completo de su herencia. No tenía voz ni voto, se lo había dejado a su padre y a su hermano y, cuando todos fallecieron en un trágico accidente mientras ella cursaba sus estudios en la universidad, fue cuando decidió que se casaría con George para mantener el legado de su familia. Todo había sido pura conveniencia, no había amor.

Carol recordó ver alguna película en el cine con ella, pero todas tenían que ser de aventuras o infantiles, las de Herbie eran sus preferidas. Nunca una comedia romántica a pesar de que Carol le insistía sin parar. Decía que había que ser realistas, que ese tipo de filmes no eran más que cuentos. Así que se iba a verlas con su amiga Rachel, como pasó cuando estrenaron “El lago azul”. No tenían la edad para verla, pero se colaron en el multicine y se vieron dos sesiones seguidas. Al final, con el tiempo, su madre también dejó de acompañarla al cine.

—Mira, mamá—. Le llamó la atención Anne. Estaba rodeada de varios artículos y algunas fotos—. Esta debía de ser Martha con sus padres y su hermano.

La fecha databa del 29 de junio de 1855 y el pie de foto rezaba: «Hortence y William Jones acompañado de su esposa Anne y sus hijos, Martha y Jonnathan, en la inauguración del nuevo rotativo "Daily Telegraph" a pesar de ser un diario dirigido a la clase media».

En esa foto Martha tendría unos nueve o diez años.

—¿Te has fijado en cómo se llamaba la madre de Martha, mamá? — Carol seguía mirando la foto, intentando reconocer en ella a Martha, pero le era imposible.

—Sí, fue ella quien te puso el nombre, y ahora entiendo por qué.

Cuando Carol quedó embarazada y supieron que era una niña, recordaba perfectamente cómo insinuó que Anne era muy bonito. Tan solo lo dijo una vez, no insistió. Aquel nombre le recordaba al pesado de su primo, que años después del estreno de *Poltergeist*, seguía llamándola Carol Anne como la pequeña protagonista, y era algo que no soportaba. Así que al principio no le hizo gracia, pero a Xavier le encantó y ya no se habló más.

Dejó a un lado los diarios para ver con Anne los recortes, las fotocopias

y lo que podían intuir de las polaroids desteñidas por los años.

Leer sobre la muerte de su padre, de cómo se sintió su madre, recordar aquella amargura, la había dejado con un mal sabor de boca. Ella adoraba a su padre y en ocasiones mientras leía los sentimientos que tenía su madre hacia él, le habían provocado un auténtico rechazo por Samantha.

Se acercaba el momento de la aparición de Martha y quería saber más de ella antes de comenzar a leerla.

Martha llevó a cabo una meticulosa investigación sobre su pasado en la Biblioteca Nacional, muestra de ello era toda la documentación que había dejado a su disposición.

Leer sus primeros días en casa, la forma tan natural de asumir lo que le había ocurrido, su vertiginosa adaptación que a cualquiera en su situación le habría llevado a la locura..., pero no, a ella no. Era una mujer que apenas conocía los adelantos modernos y a la que quizá no le prestó demasiada atención para darse cuenta de que algo no estaba bien. Pero, para Carol, su madre había renacido de una manera mejorada y a ella eso le bastaba en su egoísmo adolescente.

—Mira, mamá. —Anne le acercó una de las fotografías—. ¿Quién crees que era este?

Carol analizó la polaroid con sus colores distorsionados por el tiempo y no tuvo ninguna duda. Martha mantenía una sonrisa prudente y estaba acompañada de un joven con bata blanca que estiraba el brazo para sacar la foto.

—¿Te has dado cuenta? Ya existían los *selfies* en los años ochenta.

—¡Toma ya! Pues tienes razón —se carcajeó Anne.

—Esta cámara me la regaló mi padre un año antes de morir, y con ella te podías sacar una foto a ti misma sin la necesidad de trípode. Es la que Martha utilizó para su investigación, lo que no sabíamos es que el tiempo trataría tan mal los colores en este formato de papel. El hombre que está con la abuela tiene que ser Tom Wilson, el conservador que le ayudó en la biblioteca.

—¡Aaaaahhh! No sé, se le ve...

—Enamorado —sentenció Carol al ver la expresión del muchacho.

—Eso parece —corroboró Anne.

Los días previos a Navidad, Martha abandonó su investigación, que no hacía más que decepcionarla, para pasar tiempo con ella. Carol agradeció, al leerla, el esfuerzo que había hecho por convertirse en su madre en tan poco tiempo y crear un entorno agradable.

Después de leer el extraño episodio en la tienda de antigüedades, que el que Carol quedó bastante impresionada, Matthew comenzó a formar parte de sus vidas a diario y Martha reanudó su investigación cuando finalmente hallaron la famosa carpeta desaparecida en la que Martha Jones era mencionada en los rotativos más importantes.

Carol llegó a Regent Street, donde recordaba haber paseado de niña con su madre y mirar a través del escaparate, de aquel viejo comercio, el extraño camafeo.

Se preguntó si al final lo llegó a comprar, si solo fue Martha en el pasado la que lo hizo, pero entonces, ¿cómo llegó al cuello de su madre? Se suponía que solo había uno, pero ¿quién podía asegurar que únicamente había una pieza exclusiva y mágica? Había muchas preguntas sin respuesta. Martha había fallecido de un infarto, según los diarios, el mismo día que compró el camafeo y su alma o su personalidad había usurpado el cuerpo de Samantha Miller-Jones, su descendiente.

Carol siempre había sido muy fantasiosa, pero la madurez le había puesto los pies en la tierra y le había hecho volverse más escéptica. Y ahora se encontraba allí, buscando la pieza que probablemente ya no existía o quizá la llevara colgada al cuello otra viajera en el tiempo.

Se planteó entrar y preguntar por ella, o quizá dar una vuelta por el establecimiento y buscar en las vitrinas. Desde fuera se veía que el local era un caos de piezas por doquier.

Se sonrió para sí y pensó en abandonar tan absurda búsqueda. ¿Qué pretendía con todo aquello?

Al dar media vuelta lo vio. Estaba en el lateral de una estantería que el esquivo sol del invierno londinense había dejado oculto. El corazón le dio un vuelco porque casi no lo recordaba. Observó cada detalle del camafeo de dos caras, el que había mezclado la vida de dos personas, el que le había dado una madre amorosa y entregada y le había quitado a la verdadera. Sintió de nuevo la pérdida, la de esa madre que ya no recordaba y que apenas había echado de menos, mezclándose con la sensación de vacío que dejó Martha en su vida

unas semanas atrás.

Apartó la mirada del estuche de terciopelo azul y, en un impulso, abrió la puerta. El sonido de una campanilla le dio la bienvenida al anticuario.

Carol observó el antiguo camafeo de dos caras delante de aquel peculiar dependiente idéntico al descrito por Martha en sus diarios.

—Entonces, ¿no hay ningún patrón? ¿Un deseo formulado al aire y ya está?

El hombre se encogió de hombros mirando embelesado a la muchacha. Nunca se había encontrado en esa situación en los siglos que llevaba habitando en el viejo Londres, pero su andadura alguna vez tendría que ponerle en esa tesitura. Conocer a una de las descendientes que había hecho uso de su magia exigiéndole una explicación.

Aquella criatura había entrado demandando ver el camafeo de cerca contándole, lo que a cualquier otro, le habría parecido una historia increíble.

—No. No hay un patrón. El objeto elige a la persona, la atrae y la magia fluye.

—Pero no entiendo. Si yo viajara a 1885 y conociera a Martha Jones... ¿podría evitar que comprara el camafeo y sustituyera a mi madre?

—¿Eso es lo que realmente quiere? ¿Cambiar ese hecho?

La voz del dependiente había sonado diferente y Carol soltó la caja encima del mostrador asustada.

—No, no, no, no. No estoy formulando un deseo ni nada de eso. Solo... solo quiero saber si mi madre compró el camafeo y Martha también...

—Tu madre se sentía atraída por la magia. Ellas estaban conectadas, pero Samantha no creía o quizá no estaba preparada para creer en ella.

—Mi madre tomaba una medicación recetada por un psiquiatra, Pentobarbital. La noche en la que Martha viajó en el tiempo se tomó todo el bote de pastillas. Igual pensó que esa era su fórmula para viajar, pero no donde debía —le explicó con voz queda.

Carol se quedó en silencio y pensativa aceptando por primera vez, que su Samantha se había suicidado. Si era con intención o no, ya no importaba.

—La noche en la que viajaron las dos —le corrigió—. Lo siento. Está claro que esa medicación enturbió sus facultades a la hora sentir la magia.

—Estoy segura de que si le hubieran hecho la autopsia en 1885, se habrían encontrado con su estómago lleno de una sustancia desconocida para ellos y habría traído muchas preguntas.

—Desde luego, un infarto era lo más lógico de diagnosticar. Al fin y al cabo se le paró el corazón. Pero tranquila, este objeto no la llevaría a usted a ninguna parte. ¿Por qué no se da una vuelta por la tienda? Si está aquí es por algo.

—Recuerdo acompañar a mi madre de adolescente hasta aquí. Me preguntó si me gustaba este camafeo —dijo señalando el objeto—. Esto es algo así como la puerta de Narnia, ¿no?

El vendedor exhaló una carcajada.

—Te puedo asegurar que no todo el que entra ve lo que las mujeres de tu familia y tú vieron en su día. Pero sí, esto es algo así —dijo abarcando con un gesto de sus manos todo el local.

—Pero entonces, ¿usted cree que se puede cambiar el pasado?

—¿Quiere decir viajar al pasado para cambiar su presente, o su posible futuro?

—Sí, a eso me refiero. En todos los libros que he leído o películas que he visto, parece que eso es imposible. Que podría cambiarse parte, pero que al final los hechos terminan produciendo el mismo desenlace por mucho que se intente intervenir en un hecho en concreto. Algo que tiene ver con el espacio temporal, dimensiones y esas cosas. —El hombre sonrió al ver cómo Carol interpretaba su discurso moviendo las manos y frunciendo el ceño—. ¿No cree que tenga que ver?

—¡Claro! —exclamó convencido—, pero también influyen otras cosas. ¿Qué sentido tendría viajar al pasado o al futuro solo para ser un simple observador?

—Así que usted cree que sería posible.

—Lo que creo es que debería comprobarlo por usted misma. ¿Por qué no se da una vuelta y mira las estanterías?

Carol no se atrevía a pesar de sentir un cosquilleo en la nuca como si algo la observara. Estaba segura de que a Xavier le habría gustado ir con ella hasta la tienda, pero no estaba totalmente convencida de que él pudiera haber visto aquello, tal y como decía el dueño del anticuario, y sabía que podría haber sido una enorme decepción para él. Aquella era su labor, eran las mujeres de su vida y a ella a la que le correspondía certificar que todo aquello era real y no una fantasía creada por una mujer a la que convenientemente se le había ido la cabeza. Pero el hecho de estar allí le dejaba claro que, a pesar de sus reticencias, ella también creía, o quería creer, y efectivamente así era, había algo más.

Se giró sin poder resistirse para saber qué era lo que la llamaba. Sus pasos la llevaron a una vitrina de cristal. Allí dentro había un estuche de terciopelo rojo con un collar de perlas y un broche dorado con la forma de una flor. El centro del broche lo coronaba un rubí de un rojo intenso.

—Las lágrimas de Afrodita.

Carol se dio la vuelta al sentir al hombre detrás de ella.

—No pueden ser las lágrimas de Afrodita —le espetó escéptica—. Eso pertenece a la mitología griega.^[17]

El hombre se encogió de hombros y siguió hablando.

—Bueno, en algún suceso estará basada esa mitología, ¿no? —le contestó con su aire misterioso—. Lo que sí le puedo decir es que este collar ha tenido muchas dueñas y una de ellas fue una actriz famosa de los años cincuenta.

Carol sabía que el tendero jamás le diría a quién había pertenecido, pero sí que ese podría ser su objeto mágico.

—¿Se lo envuelvo para regalo?

Una inusual sensación le golpeó el pecho, como cuando tienes un presentimiento o una llamada inesperada que te inquieta. Tuvo que coger aire con la boca abierta y cerrar los ojos para calmarse antes de contestarle.

—No. Quizá en otra ocasión, gracias —le dijo antes de dirigirse hacia la puerta con el pulso totalmente acelerado.

—El collar seguirá aquí para cuando vuelva —escuchó justo antes de que la campanilla rozara la puerta.

Capítulo 10

«31 de marzo de 1986

Nunca llegué a pensar que unirse a un hombre pudiera ser tan mágico, especial y placentero.

El miedo me atenazaba la garganta desde hacía un tiempo. Sabía que este día tenía que llegar y había intentado retrasarlo lo máximo posible, pero

se me habían acabado las excusas. Ya no estaba en 1885, no era una solterona mojigata; era Sam, una mujer viuda viviendo en el siglo veinte y que podía mantener relaciones íntimas con un hombre sin estar casada. Ya no consistía en dejar de lado mi moral intachable y convertirme en una pecadora, si no en cómo iba a poder evitar que Matthew se diera cuenta de que nunca había hecho el amor...».

Carol cerró de un golpe el diario provocando un fuerte sonido. Anne levantó la mirada de su lectura sorprendida. Estaba tumbada en la alfombra del salón, mientras su madre leía sentada en el sofá de piel.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Se te ha puesto una cara!

—Creo que vamos a poner unos pósit de color en las páginas que tú ... —la señaló con toda intención—... no puedes leer.

—¡No fastidies! —Se sentó de un brinco, ensanchando sus labios con una sonrisa—. ¿La abuela escribió escenas tórridas? —preguntó abriendo mucho los ojos sin dejar de sonreír—. Ufff, ahora que lo dices qué mal rollo, no sé si quiero leerlas. Por mucho que hayamos visto juntas Juego de Tronos, creo que pensar en la abuela y el abuelo... ya sabes. Voy a por los pósit. ¿Tenemos de color rojo? —le preguntó con un guiño y exhalando una risotada.

Carol respiró hondo. Ella tampoco sabía si quería leer aquello. Aunque la situación le produjera cierta curiosidad. Pensaba en Xavier y el morbo que le provocaría leerlos, siempre había sido un hombre increíblemente sensual y con mucha picardía. Solo de imaginarlo le sobrevino una sonrisa.

Decidió que seguiría leyendo. Quería apoyar a aquella mujer del pasado en una situación que debió de ser realmente difícil y delicada. Aunque fuera a través de su memoria impresa en esos diarios y tuviera que verla de otra manera. Como a la viajera en el tiempo que fue y que se encontró en una época y un mundo tan opuesto al suyo, y no como a la madre que se convirtió para ella.

Al final Martha lo solucionó con la típica excusa femenina; mucho tiempo sin tener relaciones y la triste coincidencia de que le llegara el periodo para justificar el sangrado tras la pérdida de su virginidad. Matthew pareció quedar convencido, pero Carol no se podía ni imaginar lo dura que debió de ser su vida ocultando semejante secreto.

El veinte de diciembre de 1986, Martha y Mathew contrajeron matrimonio en la Catedral de San Pablo en una ceremonia íntima.

Para Martha fue el día más feliz de su vida, a pesar de no poder casarse con su verdadero nombre. Carol no pudo reprimir las lágrimas mientras leía las intensas emociones que embargaron a su nueva madre, durante el oficio. Martha volvía a tener una familia, junto a Mathew y Carol, que se habían convertido en su sueño, en su mejor regalo.

«20 de agosto de 1987

Carol está enamorada. Lo puedo ver en cómo su mirada soñadora se pierde y sonrío a la nada cuando no hay motivo alguno, y lo sé porque me veo reflejada en ella. Se parece tanto a mí... Sé que no es posible, porque no soy su madre, pero así lo veo.

Mis recuerdos me llevan a un pasado no tan lejano, estoy sentada en el cine entre medio de ella y Matthew sintiendo el roce de los dedos de Matt en mi mano al coger palomitas del cuenco que sostengo para los tres. Noto cómo se me eriza el vello del brazo y esa extraña sensación acaba recorriéndome el cuerpo y calentado mi corazón. Al igual que aquellas veces que se me hacía tarde en el sótano de la biblioteca, enterrada entre periódicos y publicaciones, y al levantar la vista encontraba la mirada retadora que le echaba Matthew a Tom, el conservador. Y volvía a mi búsqueda escondiendo una sonrisa y sonrojándome como una adolescente. Y así veo a Carol».

«25 de agosto de 1987

He conocido a su enamorado. Es una especie de hippie, como dicen ahora. Un vividor de esos a los que mi tía Hortence me enseñó a detectar y huir de sus intenciones. Tiene dos años más que Carol, que este septiembre empezará su último curso de instituto y ya está haciendo planes para la universidad. Sin embargo él no piensa en otra cosa que dedicarse a montar olas por toda la costa española.

Entiendo que su indudable atractivo la haya cautivado, yo si tuviera su edad probablemente también habría caído en su influjo. Rubio, con el pelo algo largo, de ojos verdosos y una encantadora sonrisa. A pesar de su

innegable inmadurez, tiene unos modales exquisitos, supongo que su ascendencia inglesa campa a sus anchas en sus genes. Su padre es australiano y su madre española. Habla a la perfección inglés, y a Matthew, en contra de todo pronóstico, le ha caído bien el muchacho.

Quedan pocos días para volver a Londres y espero que, tras un pequeño tiempo, Carol se olvide de él en cuanto empiece sus estudios y todo vuelva a ser como antes».

Carol levantó la vista del diario y la fijó en la mano que descansaba encima del cobertor. A Xavier le bastaba con una de sus grandes manos para sujetar el ejemplar que estaba leyendo. Le acarició con la suya y su marido la miró.

—¿Todo bien?

—Sí, estaba leyendo cuando Martha te conoció y la opinión que se hizo de ti —le sonrió.

Xavier arqueó las cejas y la observó por encima de la montura de pasta negra de sus gafas de ver.

—¿Entonces ahora es Martha? —le cuestionó dedicándole esa media sonrisa suya tan cautivadora.

Carol se preguntó en qué momento se olvidó de lo enamoradísima que estaba de ese hombre, aunque su enamoramiento se convirtiera con el tiempo en otra cosa no menos importante.

—Sí, cada vez estoy más convencida de que aquella mujer no era Sam.

Una lágrima escapó por la mejilla de Carol y Xavier, sin dudarlo, la recogió con su dedo pulgar.

—Recuerda que yo sigo aquí. Nunca me he ido aunque no esté a este lado de la cama.

Carol lo sabía. Estaba muy segura de él. Era un hombre maduro que con el tiempo lo único que había hecho era volverse más interesante y atractivo. Y sin embargo nunca le había dado motivos para estar celosa, en público siempre había demostrado que ella era su todo.

Xavier se acercó para besarla y Carol cerró los ojos.

—Mamá, ¿estás bien? —Anne había entrado en la habitación sin apenas hacer ruido—. Me ha parecido escucharte hablar.

Carol abrió los ojos aún húmedos por las lágrimas y miró el vacío que quedaba a su lado.

—Sí. Estaba leyendo cuando Martha conoció a tu padre.

—¿Entonces ahora es Martha?

Carol sonrió debajo de su tristeza al reconocer el parecido de Anne con Xavier hasta en la forma de pensar.

—Sí, ahora es Martha.

—Anda, cierra ese diario e intenta dormir un poco.

Carol asintió y, obedeciendo a su hija, cerró el cuaderno dejándolo en la mesilla. Anne salió de la habitación dejándola sola, pero en vez de disponerse a dormir sus pensamientos volaron a aquellas vacaciones en Mallorca donde le conoció.

Mallorca, 8 de agosto de 1987

Carol metía una y otra vez los pies bajo la dorada arena del Mediterráneo separando sus dedos para que los granos se deslizaran entre ellos.

—Parece que tengas pies de mono —señaló su mejor amiga del colegio, Rachel.

Así que comenzó a mover sus dedos arriba y abajo e intentó coger con ellos una concha que había en la arena.

—¡Alucinante! —exclamó su amiga cuando consiguió su hazaña, haciendo que las dos irrumpieran en carcajadas.

Hacía calor y los surfistas se dejaban llevar por el movimiento del mar en calma esperando que un milagro trajera una ola. Muchos de ellos se habían dado por vencidos hacía rato. La tempestad del día anterior había dejado sus resquicios a primera hora de la mañana, pero ahora una calma chicha imperaba en el mar.

—Ahí salen —dijo Rachel.

Solo llevaban ocho días en Mallorca y seis yendo a esa playa. Los dos primeros días fueron a una más familiar con Sam y Matthew, y luego al ver cómo se aburrían les dejaron investigar por su cuenta, hasta que encontraron aquella de surfistas y gente más joven. Allí se acomodaron el primer día, justo donde dos chicos, que practicaban ese deporte desde bien temprano, habían dejado sus cosas.

Estaban sentadas tomando el sol observando deslizarse con sus tablas tanto a chicas como a chicos cuando dos de ellos salieron del agua. Uno moreno y de pelo rizado, que enseguida llamó la atención de Carol, y el otro

rubio de pelo largo que, nada más salir del agua, sacudió su melena dejando que se le pegara en la frente y el cuello. El moreno hizo lo propio de una manera menos llamativa. Tenía una sonrisa blanca y brillante, escondida tras una perilla que le daba cierto aspecto bohemio, la de alguien despreocupado y sincero. Carol ya no tuvo ojos para nadie más.

—¡Cómo está el rubio! ¿Te has fijado en esos ojos verdes? Y vaya melena... se me ha encogido algo por dentro, en serio —comentó Rachel.

—No, no me he fijado, ya sabes que yo no soy de rubios, sin embargo su amigo me ha parecido que está muy bien.

—Por favor, Carol, dile a tu madre que te lleve al oculista. ¿Pero has visto qué pinta? ¿Y esa perilla? Se habrá pensado que es William Shakespeare.

—Yo diría que más bien Gustavo Adolfo Bécquer —corrigió Carol.

—¿Y quién es ese? —le preguntó Rachel intentando descifrar el nombre pronunciado en un pésimo castellano.

—Un poeta español del romanticismo. Encontré un libro suyo en la biblioteca de mi casa. Diría que perteneció a alguna antepasada de los Jones y este año lo mencionaron en clase de literatura e investigué un poco.

—Tú y tus libros.

—Ya —sonrió—, lo habré heredado de mi madre.

La casualidad hizo que los muchachos se acercaran conversando hasta donde ellas se encontraban.

—¡Tío!, eso que me estás contando acojona un poco. ¿En serio se os apagó la luz en plena sesión de Ouija?

—Como lo oyes —dijo el rubio—, solo éramos unos críos y salimos gritando de la habitación. No volvimos ni a jugar ni a hablar del tema.

—No me extraña... —dijo el moreno sonriendo a Rachel. Carol frunció el ceño— ¡Hola! —saludó a su amiga.

—¡Hello! —contestó ella dejando clara su procedencia.

—¿Sois inglesas? —preguntó el rubio en un perfecto inglés.

Carol lo miró sorprendida. Era muy alto, con un cuerpo ancho y atlético. Una ceja se alzaba esperando respuesta dándole un aspecto de seguridad en sí mismo que intimidaba.

—Sí —confirmaron Carol y Rachel al unísono y en su propio idioma.

El rubio había empezado a desprenderse del neopreno y extendió el brazo que le había quedado libre de la prenda para presentarse.

—Yo soy Xavier, medio australiano medio español. —Les estrechó la

mano para saludarlas.

—Y yo Gustavo —se presentó el moreno.

Las dos chicas se miraron con los ojos muy abiertos conteniendo las ganas de reír. Se apretaron las manos casi clavándose las uñas para aguantar las carcajadas que pugnaban por salir.

—¿Ocurre algo? —les preguntó Xavier.

—No —contestó una azorada Carol—. Encantada de conoceros. Nos vamos al agua —dijo levantándose con rapidez.

Rachel la siguió en su carrera hacia las templadas aguas del Mediterráneo. Cuando la alcanzó las dos comenzaron a reír sin parar hasta que se les saltaron las lágrimas. Y una vez que llegaron al agua, se giraron para ver como los dos chicos terminaban de recoger las cosas y, un Xavier con la cabeza inclinada hacia un lado, las observaba reír y chapotear.

Y así habían transcurrido los dos días siguientes. Ellas se sentaban en el mismo lugar y los observaban surcar las olas; ellos salían, se sentaban a su lado tras deshacerse de la prenda que les protegía del sol y de las horas sumergidos en el agua, e intentaban entablar una pequeña conversación.

Carol no supo cuando dejó de intentar llamar la atención de Gustavo que en ningún momento se interesó por ella. Casualmente la atención de las chicas estaba puesta en el chico equivocado. Xavier, con ese aire chulesco, ignoraba de forma deliberada a Rachel, que babeaba literalmente por él, y se centraba en contarle a Carol su pasión por el surf y su sueño por ir a la patria su padre en busca de la gran ola.

En pocos días se dio cuenta de que Xavier no era lo que aparentaba ser. Esa seguridad en sí mismo le daba una imagen que no le correspondía. Era atento y tenía un humor sarcástico que le confería mayor encanto. La hacía reír, y muy pronto sus medias sonrisas y sus coqueteos intencionados acabaron hechizándola.

—Cierra la boca, anda, que te va a entrar alguna mosca si no es algo peor —le dijo Rachel al ver como su amiga miraba a Xavier salir del agua—. Menos mal que no eras de rubios, porque el maldito buenorro este ha socavado tus principios en, ¿cuánto? ¿tres días?

Carol se echó a reír. Se sentía algo culpable por su amiga, que desde un principio se había sentido interesada por él y no acababa de encajar bien su derrota. Era una morena de ojos verdes que tenía un éxito increíble en Londres, de hecho una firma de maquillaje la había seleccionado para hacer

una sesión de fotos con un fotógrafo bastante conocido.

En un principio, cuando empezó a sentirse atraída por él, intentó rechazar ese sentimiento en pos de su amistad, pero Rachel enseguida se dio cuenta y le dijo que no podía obligar a nadie a gustarle y que el rizo tampoco estaba mal para una aventura de verano, aunque le picara el evidente rechazo de Xavier. Tenía el orgullo herido más que otra cosa, casi siempre conseguía a quien se proponía.

—Seis. Bueno, cinco días en realidad, porque el primero ni siquiera lo miré.

—Lástima que no hubieras seguido mirando al perillas de su amigo, aunque tengo que reconocer que tiene algo.

—Por favor, Rachel. ¡Es guapísimo!

—Demasiado vello en el torso.

—A mí eso me resulta más masculino.

—Primitivo, diría yo —apuntó Rachel—. Otra cosa que no concuerda con tu rubio.

—Lo sé —afirmó encogiéndose de hombros —, pero hay que reconocer que no es el típico rubio desnatado.

—Ya lo creo que no —comentó Rachel en un tono que rozaba la lascivia.

Carol se echó a reír dándole un pequeño empujón y su amiga la acompañó.

Carol recordó aquel verano como el mejor de su vida. La dura despedida de los dos abrazados haciéndose promesas que sabían que eran imposibles de cumplir a mil ochocientos kilómetros de distancia.

Capítulo 11

«12 de febrero de 1988

Hoy ha llegado un nuevo sobre a nombre de Carol con ese ribete en color azul y rojo que distingue al envío postal aéreo. No tengo manera de saber si todas estas cartas son contestadas por ella, porque desde hace un par de meses hay un chico que conoció en la fiesta de Navidad del banco que viene a buscarla para acompañarla al instituto casi todos los días. Es mayor que ella y hace las prácticas en una de nuestras oficinas. Aún no nos lo ha presentado formalmente, pero tengo que reconocer que fue un alivio que apareciera y se olvidara de Xavier. Aunque las cartas siguen llegando...».

Cada tarde, desde el hallazgo de los diarios, Anne llegaba a casa del instituto y, como si fuera un ritual dejaba su mochila en la entrada e iba directa a la cocina, preparaba té en dos tazas y lo llevaba en la bandeja al centro de operaciones, como ella lo llamaba, que era la sala donde tenían desplegados los diarios y el resto de la información que iban cotejando según leían. Carol la esperaba ya sentada en su lado del sofá de piel marrón leyendo, y Anne se acercaba, la saludaba con un beso y le ofrecía la taza de té para luego sentarse en la otra punta o tirarse en la alfombra, para continuar donde lo había dejado la tarde anterior.

«25 de marzo de 1988

Está decidido, nos vamos a pasar la semana de Pascua a Mallorca. Me he resistido todo lo que he podido. Matthew piensa que deberíamos invertir en una casa allí, dice que es un buen momento. Se está formando una comunidad de ingleses y alemanes en la isla y los precios están bajos, nos gusta la zona y es preferible a un hotel.

No he podido negarme, pero me preocupa Carol y la relación con ese chico. Al darle la noticia pensaba que se iba a llorar de la emoción, así que

me ha quedado claro que no lo ha olvidado...».

Mallorca, 2 de abril de 1988

Aquellos días fueron cortos pero intensos. Matthew las llevó a conocer las urbanizaciones que le habían recomendado dos inmobiliarias de Londres y al segundo día ya se habían decidido. Xavier apareció en el hotel la misma tarde de su llegada y el reencuentro fue como Carol había soñado. No se despegaron ni un solo minuto hasta que Matthew bajó a la playa a buscarla para ir a cenar.

—No me puedo creer que tu madre haya aceptado comprar algo aquí. —sonrió sorprendido echándose las manos a la cabeza—. ¿Por fin acepta lo nuestro?

—No sueñes —le contestó Carol—. A Matthew le costó un triunfo convencerla. Supongo que pensó que lo nuestro era algo pasajero y al ver que no... —Xavier se mordió el labio y bajó la mirada—. ¿O sí?

—No, no, para nada. Pero tengo que darte una noticia, y bueno... —Dudó desviando la mirada antes de proseguir—... Es algo que no nos lo pondrá fácil. Pero yo te quiero y estoy seguro de que podremos superarlo.

Carol apretó los labios esperando saber qué tipo de noticia era esa que iba a poner más dificultades aún a su relación, como si la distancia y su madre no fueran suficientes. Y justo cuando un rayo de esperanza lo iluminaba todo ahora...

—¿Has dejado a alguna chica embarazada? —le preguntó muy seria intentando controlar el cabreo que le sobrevenía.

—¡No! ¿Por quién me tomas? —preguntó indignado.

—¡Joder, Xavi! Pues suéltalo ya. Dijimos que podíamos salir con otras personas, tú eres muy atractivo y pasas media vida en bañador. Es lo primero que se me ha venido a la cabeza.

—¿Estás saliendo con alguien? —le preguntó Xavier con el ceño fruncido.

—Sí. Bueno, no. Es solo un amigo y mantiene a Sam sin agobiarme. ¡Oh, vamos!, no me pongas esa cara, porque no me creo que tú te hayas mantenido célibe.

—¡Por supuesto que no! Pero tampoco me acuesto con toda la que me lo propone —le espetó ofendido.

—Probablemente no tendría horas el día.

Los dos se miraron con aire enfadado.

—Pero, ¿qué dices? Yo... no me he acostado con nadie. —Se acercó intentando acariciarla y encontrar el motivo por el cual habían llegado hasta ahí.

—Yo tampoco.

—¿Entonces por qué estamos riñendo? —le preguntó él en voz baja.

—Porque tenías que darme una noticia y yo he pensado lo peor.

Y así fue como Xavier le contó su cambio de planes. Esa primavera se iba a dedicar a practicar el *Windsurf*. Las playas de Mallorca eran más propicias para ese deporte y una marca de ropa deportiva se había interesado en él para hacer publicidad en España si se dedicaba a ello. Eso significaba que podría financiar sus viajes e incluso participar en competiciones, pero también que, probablemente, parte del verano lo pasara lejos de la isla. El sueño de montar la gran ola había sido rápidamente sustituido por otro más material y tangible.

A Carol en un principio le pareció que todo eran impedimentos para su relación. Justo en ese momento cuando algo bueno, como el hecho de tener una residencia fija allí, le daba la posibilidad de pasar todo el verano en la isla y ya no solo un mes, Xavier saliera con esas. Pero, ¿quién era ella para impedir sus sueños? Lo único que podía hacer era aceptarlo y ver cómo se desarrollaba todo. Quizá, al fin y al cabo, su madre tenía razón y era una relación imposible.

La noche antes de volver a Londres, Xavier preparó una especie de picnic en una de las casas abandonadas de la playa. Llevó tres mantas, una que hacía las veces de mantel en el suelo y otras dos para echarse ellos por encima. La humedad de esas fechas y la estación del año no permitían otra cosa.

—Como ves, esa creencia tuya de que me pego media vida en bañador no es muy acertada. Los ingleses os pensáis que España es el Caribe, y nada más lejos de la realidad. Igual tus padres se han confundido de archipiélago y estaban pensando en las Canarias.

Carol se ruborizó al recordar su acusación tan injusta.

—Entonces este verano después de todo igual no nos vemos —le dijo ella acurrucándose contra su brazo.

Xavier la abrazó y suspiró.

—Yo creo que este verano aún no estaré preparado, pero seguramente

tenga que hacer alguna promoción en alguna playa de la costa con material deportivo. La semana que viene me hacen una sesión de fotos. En bañador, por cierto, y en la que pasaré mucho frío. Me acordaré de ti. —Le dio un beso en los labios y la miró con su media sonrisa.

Carol estaba desolada. Aunque esta vez iban a estar menos tiempo sin verse, sentía una verdadera opresión en el pecho y le inundaban unas ganas terribles de llorar. No quería irse, no quería dejarlo. Lo besó con toda la pasión y la desesperación que sentía en esos momentos, decidida a demostrarle todo lo que le quería. El calor de sus cuerpos era tal que dejaron que las mantas se deslizaran hasta el suelo. Xavier se tumbó de espaldas y recibió cada beso y cada caricia de Carol con la misma entrega que ella. Las manos se colaron debajo de la ropa, las caricias se hicieron más íntimas y los suspiros y los gemidos más audibles.

—Te quiero —pronunció Carol a dos milímetros de su boca.

—Y yo a ti, pero no debemos hacer esto ahora.

La decepción en el rostro de Carol no se hizo esperar.

—¿No me deseas?

Xavier volvió a besarla para borrar todas sus dudas y se rozó contra ella para demostrárselo.

—Te deseo con solo mirarte, pero no quiero que seamos otros dos tontos que cometen el error de preñarse por no saberse controlar.

—¿No llevas ninguna goma? —Xavier negó con la cabeza—. Podríamos hacer eso de la marcha atrás. Para mí es la primera vez y dicen que es difícil que pase.

—No pienso arriesgarme. Quiero que hagamos las cosas bien. Este verano será nuestro verano y sellaremos nuestro amor. ¡Dios! —Negó con la cabeza—. Te juro que nunca pensé que diría toda esta sarta de cursilerías, pero tampoco creí que me enamoraría tan pronto de nadie.

Carol le dedicó la sonrisa más radiante que jamás le mostraría a ningún hombre. Se abrazó a él y, aunque su amor no culminaría como ella habría deseado esa última noche, acabaron apagando las llamas que los consumían como buenamente pudieron.

Carol recordaba todo aquello a la perfección a pesar del tiempo que había pasado. Al fin y al cabo, aquello fue el comienzo de su relación y el de la carrera como deportista acuático de su novio. A Xavier se le daba bien cualquier deporte, pero tenía un don para estar encima de una tabla, ya fuera

sola, con una vela o una cometa.

Echaba mucho de menos a Xavier, sobre todo porque en los últimos tiempos su relación se había distanciado mucho. Se había hecho entrenador de *Kitesurf*^[18] y eso lo mantenía mucho más tiempo lejos de casa. Le habían ofrecido ser comercial de una de las marcas más importantes estadounidenses y él lo había denegado sin siquiera consultarlo con ella, aquello provocó una fuerte discusión y el evidente distanciamiento, no solo físico debido a su trabajo, sino emocional.

«8 de abril de 1988

Ayer fue un día terrible. Ni siquiera tuve ánimo de escribir. Solo quería llegar a Londres y escapar a Regent Street, entrar en ese anticuario y volver. Tenía que volver. ¿En qué momento fui tan presuntuosa para creer que podía ser una buena madre para Carol? Me dijo cosas terribles, pero lo peor de todo es que tenía razón en todas.

Matthew fue más comprensible con ella y a mí me ayudó a entender lo que estaba sucediendo, y darme cuenta de que estaba exagerando la situación.

Yo solo quiero que sea feliz, y Xavier no parece ser el hombre adecuado para conseguirlo. Pero también puede que me esté equivocando, porque yo no sé nada de como funciona la vida, me lo dieron todo hecho, hasta lo más inverosímil. Soy una usurpadora, le quité todo lo que tenía a otra mujer y me lo quedé para mí, ¿qué derecho tengo yo a juzgar a quién quiere amar o con quién quiere pasar su vida?».

Carol también recordaba aquel día a la perfección. Nunca había tenido una disputa así con su madre y nunca más volvió a tenerla.

Inglaterra, 7 de abril de 1988

Carol estaba completamente emocionada por la declaración de amor de Xavier, por la compra de la casa en Mallorca e incluso por el futuro que le

esperaba a su novio. No paró de parlotear sobre ello durante el trayecto desde el aeropuerto hasta Mayfair.

—Carol —comenzó a hablar Martha después de pensárselo mucho—. Esa relación con Xavier... no creo que sea lo más conveniente.

—¿A qué te refieres?

—Sois muy jóvenes. Tú vas a ir a la universidad y heredarás una buena posición en un banco de prestigio cuando acabes. ¿Crees que una relación con un *hippie* que se pega la vida en bañador, saltando de ola en ola, es lo que más te conviene? De hecho, Matthew, creo que estamos a tiempo de cancelar la adquisición de la casa.

—No me puedo creer lo que estoy escuchando. Xavier no es un *hippie*. Además, ahora se va a dedicar al *Windsurf*, y una famosa marca deportiva lo va a patrocinar.

—Fascinante, un prometedor futuro. Tú aquí, él a miles de kilómetros en bañador...

A Carol le dolió ese último comentario porque era el mismo que había utilizado ella para acusarlo de otra cosa.

—¿Sabes? Creí que habías cambiado, que algo te había hecho ser mejor persona, pero al final la Samantha fría, sin escrúpulos y clasista ha reaparecido, ¡y vaya en qué momento más conveniente!, ¿no? ¡Por Dios! Pero si hasta coaccionaste en su día a Bob Geldof para que la banda Queen tocara en el concierto benéfico de *Live Aid* aquel verano del 85 a cambio de una sustanciosa donación, y teniendo entradas en el palco de las celebridades no fuiste. Sigues siendo la misma. Nos has estado engañando —le gritó echándose a llorar.

Martha creyó que se le paraba el corazón. Nunca habían discutido y las acusaciones de Carol le hicieron darse cuenta de que ella no tenía derecho a inmiscuirse en la vida de esa joven, fantástica e inteligente, que no era su hija. Aunque hubiera pretendido que lo fuera en realidad estaba viviendo una mentira. Pero que la comparara con Sam, con quien no tenía nada que ver más que el apellido y el físico, la destrozó.

Martha recordaba perfectamente haber leído en los diarios de Samantha el hecho que había descrito Carol, porque fue una de las últimas notas que escribió en ellos. En esos párrafos narraba como se enorgullecía de haber llamado por teléfono al artista que organizaba todo para proponerle que aquella banda, que al parecer llevaba separada un tiempo, volviese a juntarse y tocara en aquel concierto a cambio de una sustanciosa donación. Se

vanagloriaba de haberle dicho que si la quería recibir, era un requisito indispensable. Y además había exigido unas entradas vip en la misma zona en la que se sentaría la realeza en el *Estadio Wembley*. A Martha le pareció horrible su actuación cuando aquel concierto era una obra benéfica con el fin de recaudar fondos para los países de África Oriental. El hecho de que impusiera condiciones para luego dejar aquellos asientos vacíos le pareció un gesto prepotente y de superioridad. Al final Queen participó en el concierto y fue una de las actuaciones más reconocidas por el público. En el diario Sam decía que era su banda preferida, de hecho se levantó orgullosa en el sofá de su casa mientras veía el concierto en directo por televisión. Incluso cantó *We are the champions* a la vez que Freddie Mercury y el público, entre otras canciones.

Pero ella no era mejor, había juzgado a Xavier sin conocerlo, y a su relación con Carol. Por ello merecía cada una de las palabras que le había dedicado, porque había pensado solo en su posición social, algo que había intentado evitar hasta en su época.

Samantha, como su tía Hortence, siempre había utilizado su estatus para conseguir lo que quería, y ella había hecho algo parecido al solicitar en la Biblioteca toda aquella documentación. No estaba libre de pecado, y la máscara tras la que se escondía sin saberlo acababa de caer. Era una Jones y estaba claro que eso no se podía remediar.

—Bueno. ¡Basta ya las dos! —levantó la voz Matthew—. Carol, ¿estás pensando en no ir a la universidad? —Ella negó con la cabeza—. ¿En dejar Londres? —Volvió a contestarle con el mismo gesto—. ¿Estáis pensando en fugaros e ir a vivir a una comuna?

—¡Por Dios, no! ¿En qué época crees que estamos?

—Entonces, Sam, ¿qué problema tienes? Son dos adolescentes que se quieren, pero lo suficientemente maduros como para saber que a pesar de todo tienen futuros diferentes y todo el tiempo del mundo, tanto como para realizar sus sueños como para estar juntos. Déjalos vivir su historia de amor a su manera, cariño. Déjalos equivocarse y cometer sus propios errores e intentar solucionarlos —Le apretó la mano con un gesto de consuelo en un intento de apaciguar la situación—. En ningún momento han propuesto nada descabellado. Y no, no vamos a cancelar el contrato de compra. Es algo que decidimos juntos el verano pasado y lo vamos a llevar a cabo como habíamos planeado.

Martha se quedó callada conteniendo las lágrimas y sin pronunciar

palabra. agradeció que en ese justo momento llegaran a casa, salió del coche y corrió hasta la puerta de entrada, subió las escaleras. y se encerró en la biblioteca durante horas. Ella no pertenecía a ese mundo, pensaba una y otra vez mientras pasaba las hojas de los álbumes de fotos de Sam, ella era Martha Jones y debía volver a donde pertenecía.

Capítulo 12

«14 de mayo de 1988

Matthew decidió que este fin de semana hiciéramos una escapada a Mallorca.

Le habían hablado de unos decoradores de confianza que ya habían amueblado varias residencias de extranjeros en la isla. Y nuestra intención, para cuando vayamos a disfrutar de las vacaciones, es tenerlo todo listo para entrar sin preocuparnos de nada más.

Nuestra sorpresa fue encontrarnos a Xavier recibiendo a los clientes cuando entramos al comercio. Resulta que es el hijo de los dueños, los Nolan. A él también le pilló desprevenido y su asombro fue sustituido con rapidez por una sonrisa sincera. Nos llevó a la sala de espera y nos ofreció algo de beber muy amablemente.

Yo no sabía qué hacer, si salir corriendo o desaparecer, porque tenía muy claro que Carol le habría informado un su día de la discusión que habíamos tenido.

Matthew me apretó la mano confortándome, pero podía intuir que en el fondo estaba disfrutando de la coincidencia y de tener la oportunidad de que viera que el muchacho no era una bala perdida. Y que mientras no paseaba su cuerpo por las playas de toda la península, estaba en el negocio de sus padres echando una mano.

La madre de Xavier resultó ser toda una profesional que nos ofreció todo tipo de facilidades a la hora de suministrar la casa con lo que nos hiciera falta, incluido el menaje. En ningún momento ha dado señales de saber quién era nuestra hija.

El domingo Xavier se presentó en el hotel para llevarnos al aeropuerto dejándonos más que impresionados. Nos aseguró durante el trayecto que jamás haría nada que hiciera daño a Carol y que tampoco intervendría de forma negativa en su futuro. Cuando dijo esto último me miró por el espejo

retrovisor con toda la intención, y no pude más que asentir con la cabeza dejándole claro que lo había entendido».

Carol sonrió al leer aquella incómoda situación y recordar lo que disfrutó con Xavier y comentándolo en su día cuando le puso una conferencia desde el estudio de sus padres para contarle lo que había sucedido. Aquella llamada supuso para Carol un chute para afrontar los meses que les quedaban por verse. El verano estaba cada vez más cerca.

Se levantó dejando aquel diario a un lado y se acercó al plato de discos.

—¿Qué vas a poner? —le preguntó Anne.

—Un LP que me regaló Martha aquellas navidades.

Rebuscó en la estantería que había al lado del tocadiscos y miró en la funda el número de la canción que quería poner. Limpió con un paño y mucho cuidado el vinilo; no hacía ni dos meses que había comprado una aguja nueva. La posicionó en la línea correspondiente y *Modern Love*, de David Bowie, comenzó a sonar, definiendo con ese título como fue su historia, un amor moderno que fue cociéndose a fuego lento y en la distancia.

Carol se abrazó a sí misma y, por un momento, creyó sentir el calor de otro cuerpo a su espalda, incluso llegó a percibir un aliento en su oreja. Suspiró exhalando el aire despacio intentando detectar en el aire ese añorado perfume masculino.

El verano llegó y sellaron su relación y, a pesar de que Xavier tuvo que ausentarse varias veces en esos dos meses, nada les hizo dudar de que aquello perduraría en el tiempo. Aunque muchas de las tardes las pasaran en la cochera de los padres de su chico junto a sus amigos surfistas, fabricando, puliendo y decorando sus propias tablas, tanto de *Surf* como de *Windsurf*.

Xavier empezó a competir y a viajar a menudo, y Carol se centró en sus estudios de económicas y dirección de empresas sacando muy buenas notas.

Pasaban todas las vacaciones en Mallorca, incluso algunas Navidades; y Xavier viajó también un par de veces a Londres.

Ganó varios campeonatos y su cara empezó a ser conocida en el mundo de los deportes.

«3 de junio de 1998

Hoy ha sido un día muy especial. He llorado de emoción al ver cómo Carol y Xavier se daban el “sí quiero”. No entiendo cómo pude dudar de ellos... Y aquí están, superando las barreras que pone la distancia a su relación. Aunque ahora su residencia definitiva sea Londres. Ella dice que llevan así toda la vida, pero que cuando Xavier cumpla con sus obligaciones, volverá aquí para vivir con ella gran parte del invierno.

Voy a echar de menos no tener a Carol por aquí con su música, o estudiando en voz alta, obligando a toda la casa a mantenerse en silencio mientras ella no calla».

Carol miró la foto de su boda que hacía de guardapáginas en esa parte del diario y sonrió con tristeza. La distancia los puso a prueba muchas veces. Xavier era un buen hombre, pero no sabía decir que no a nada que le propusieran. Cuando dejó de ser un jovencito que triunfaba junto a su tabla y su vela, se volvió monitor de *Windsurf* primero y más tarde de *Kitesurf*. Su vida era el mar y el viento, y muchas veces estaban por encima de sus chicas.

«22 de mayo de 2002

Hoy ha llegado a nuestras vidas una pequeña princesita.

Cuando la he cogido en brazos no sé muy bien qué me ha pasado, pero la he tenido que estrechar contra mi pecho intentando controlar los sollozos. La emoción que me ha embargado ha sido tan apabullante que ni yo misma me reconocía. Carol ha dicho que se va a llamar Anne... Ya he encargado un dije con su inicial para añadirlo a mi pulsera. También me ha preguntado si estaría dispuesta a ayudarla en su crianza, con Xavier ausentándose y ella ocupada con el banco... Pero que si prefería que contratara a una niñera, lo entendería.

Creo que mi cara se lo ha dicho todo, porque ha sonreído al instante. No me perdería por nada en el mundo, ver crecer a diario a este pequeño tesoro.

Mi sueño habría sido ser madre y, aunque he tenido a Carol para hacerlo realidad, nunca he podido disfrutar de pasar más que un rato con un bebé entre mis brazos».

Carol levantó el brazo izquierdo del que le colgaba la pulsera de Martha haciendo que los adornos oscilaran en el aire y la luz arrancara destellos al metal dorado.

Se la había puesto al fallecer su madre y hasta ese momento no se había dado cuenta de que en la pulsera no había ninguna S de Samantha, pero supuso que sería pretencioso llevar la inicial propia en una pulsera. Estaba la A de Anne, la C de Carol y una M de líneas mucho más rectas que se distinguía de las otras iniciales, como si quisiera destacar que era la de un hombre, Matthew. La cogió con la otra mano y cayó en la cuenta de algo que había visto muchas veces pero en lo que nunca había reparado. Dentro de esa pequeña M había grabada, con una línea muy fina, otra en letra inglesa. « La M de Martha », se dijo para sí. Estaba claro que, a pesar de asumir aquella identidad, nunca quiso desprenderse de la suya propia escondiéndola de alguna manera, pero a la vista de todos. Golpeó con el dedo índice la tabla de surf que añadió tras apropiarse de la pulsera, y emitió un pequeño suspiro.

—Procura no añadir muchos dijes más que cuando la herede querré poner los míos —le advirtió Anne sacándola de su ensimismamiento.

—Mira. —Carol le acercó la pulsera para que viera lo que había descubierto.

—¿Crees que es su inicial escondida en la de Matt? —Su madre asintió—. Yo no sé tú, pero si creía tener alguna duda, a estas alturas estoy totalmente convencida. Y lo más triste —señaló Anne—, es que entiendo que guardara el secreto, porque por muchas pruebas que tengamos nadie nos creería si sacáramos esto a la luz.

—¡Cariño! —se alteró Carol—. Esto solo puede quedar en la familia. ¿Lo entiendes? Sé que para ti no es fácil, pero nos tomarían por chiflados.

—Tranquila, mamá. Lo sé, lo sé. Aunque sería genial poder contarlo en el instituto, iban a flipar —dijo con cara de entusiasmo.

Carol sonrió, porque a pesar de que Anne solo tenía dieciséis años, mostraba una madurez poco propia de su edad. Aunque había llevado su luto estoicamente, ella sabía que lo había pasado muy mal, y sin embargo había sentido su apoyo siempre, aunque Martha fuera para ella más madre que abuela.

—¡El secreto de los Jones! —pronunció en alto estirando los brazos en el aire y formando con sus dedos un cuadrado imaginario que, al ensancharlo, formaba el letrero en el cual se leería el título—. No sé si podría ser un guión

de película o un libro. Quizá cambiando el apellido fuera una manera de que esta historia no muriera con nuestro linaje. —Miró a su madre con toda la intención.

—Bueno... Si de verdad crees que esta historia debería salir a la luz, no me parecería mala idea convertirla en una novela de fantasía. Ya sabes, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia —dijo en tono teatral, y las dos comenzaron a reírse.

«7 de octubre de 2016

Hoy ha sido un día terrible...».

Carol cerró el diario de un golpe. Todavía no estaba preparada para leer esa parte.

Cogió el siguiente fechado dos años después y en el que casi todas sus hojas estaban en blanco. Había llegado al final, y se sintió satisfecha porque aquella mujer hubiera conseguido ser feliz en una época tan dispar a la suya y también de que uno de los motivos de su felicidad, y en el que se centraban la mayoría de sus relatos, fuera ella, su hija Carol.

«23 de julio de 2018

Hace un mes que me dejó mi amor, después de luchar y aguantar como un campeón a nuestro lado. Sé que a mí no me queda mucho más tiempo. Me siento como si hubiera dado la vuelta a un reloj de arena y notara que se me escapa la vida poco a poco, como si estuviera pasando por un estrecho embudo. Seguramente un psicólogo me diría que es solo la consecuencia de mi pérdida, de mi luto, pero no.

Lo noto y me da miedo irme porque aquí me siguen necesitando, pero la magia se ha agotado para mí.

En el momento de nuestra despedida, Matthew me reveló muchas cosas dejando mi alma en paz. Habría bastado con que me hubiera hecho antes esa simple pregunta: “¿Quién eres?” para dejarme tranquila. Siempre lo había sabido y nunca me dijo ni me insinuó nada hasta ese momento, como si quisiera irse con sus respuestas, como si quisiera marcharse sabiendo la verdad.

Me habló en voz queda y me aseguró que no le importaba que no fuera realmente Sam, que me había querido como no podría haberla querido a ella, que había sido el amor de su vida y que entendía que nunca se lo hubiera podido revelar. Que el día que me abrazó en el suelo de aquel local supo que algo había sucedido a pesar de no haber querido tocar el tema nunca, como si tuviéramos un acuerdo tácito. Él había conocido y se había enamorado de la mujer que yo era, pero enfundada en un rostro conocido. Y así se fue, tal y como había sido siempre, dando serenidad a mi vida y a todos los que le rodeaban.

Le acaricié, me acerqué a su oído y le susurré: “¡Me llamo Martha y mi amor te acompañará para siempre!”. No le dije más. Con eso bastaba. Le besé en los labios y se dejó ir. Y desde ese día me preparo para volverme a reencontrar con él, porque desde que le hice esa revelación mi corazón cada día va más despacio como si contara los días y las horas para volverle a ver. No puedo evitar mirar de vez en cuando hacía atrás sabiendo lo que dejo, pero con la esperanza de que mi chica lista halle estos diarios y encuentre la explicación y, sobre todo, la solución a todo.

Te quiero, Carol.

Te quiero, Anne.

Martha Jones».

Carol apartó las lágrimas que le surcaban por el rostro y suspiró.

—¿Has terminado? —le preguntó Anne.

—Sí.

—¿Y? —volvió a preguntar impaciente.

—Parecer ser que Matt lo sospechó siempre. —Anne emitió un suspiro audible tumbándose en la alfombra en la que había estado leyendo.

—Eso que seguro. Es imposible que pudiera creer que esa mujer tan horrible fuera Martha.

Un pinchazo en la boca del estómago le hizo a Carol mutar el gesto de su rostro.

—Perdona, mamá. —Se acercó hasta a ella y la abrazó—. No quería

decir eso. Lo siento...

—No te preocupes —le dijo palmeándole la espalda y agradeciendo su calor—.

Sam, mi verdadera madre, vivió amargada y deprimida toda su vida. Ninguno teníamos la culpa, ni siquiera Matthew.

Anne se separó de su cuerpo y recuperó el diario que estaba leyendo.

—Yo todavía voy en el que papá y tú os conocistéis. Algo me habíais contado, pero me parece tan curioso leerlo de la mano de la abuela..., me resulta increíble que no le gustara si luego estaban tan unidos.

—Bueno, no siempre se empieza con buen pie en todas las relaciones.

—Me gustaría que estuviera aquí leyendo con nosotras los diarios — dijo cogiendo una de las fotos de la caja.

Estaban siendo dos adolescentes en la playa, sonriendo a la cámara, en bañador y tostados por el sol. El brazo de Xavier pasaba por encima del hombro de Carol y ella le rodeaba la cintura apoyando la cabeza en su pecho. Un Gustavo haciendo el tonto saltaba al fondo y el objetivo le había immortalizado justo en el aire, con todos sus rizos desparramados y los brazos en alto. La foto la hizo Rachel, su mejor amiga, que aún lo seguía siendo. Debido a sus vidas se distanciaban o se volvían a juntar, dependiendo del momento. Aquel verano fue el principio de todo.

Miró su diario abierto leyendo la última frase: *que mi chica lista halle estos diarios y encuentre la explicación y la solución...*

Carol se levantó y buscó el diario que había dejado de lado.

—Me subo a mi habitación.

Anne la miró primero a ella y luego al cuaderno que llevaba en la mano y apretaba con fuerza. Volvió a fijar los ojos en los de su madre y asintió sin decir una palabra.

Ya en su cuarto se tumbó en la cama, cogió aire y lo abrió por donde lo había dejado.

«7 de octubre de 2016

Hoy ha sido un día terrible.

Me toca ser fuerte, porque a veces parece que las desgracias no vienen solas.

Le han detectado un cáncer de páncreas a Matthew, pero hemos

decidido no decirle nada a las niñas. Tendremos que esperar un tiempo prudencial. Ahora ellas son lo primero. Pero ni siquiera sé cómo lo vamos a hacer, cómo lo vamos a sobrellevar.

¡Qué injusta es la vida!

Nadie quiere recibir una llamada así, y menos en plena crisis y tras una discusión.

¿Qué va a ser de mi Carol? ¿Cómo va a vivir sin su gran amor? Era tan joven...».

Una lágrima cayó sobre la hoja emborronando una de las palabras. Carol la apartó de su mejilla con la mano recordando aquel fatídico día y su última discusión.

A Xavier le habían invitado a participar en una exhibición con motivos benéficos en la isla de Tenerife. Era época de huracanes y, aunque a esa zona siempre llegaban en forma de tormenta tropical, Carol le había pedido que no fuera. Tenía un mal presentimiento. Además habían organizado una comida con la familia de su padre y quería que, por una vez, él los acompañara. Xavier le dijo que tras esa exhibición se estaba planteando aceptar un contrato que le habían ofrecido para llevar la representación de una marca deportiva; se acercaba a los cincuenta y ya tocaba asentarse. Carol no le creyó. No era la primera vez que se ilusionaba con algo parecido y que luego no llegaba a cumplirse. La discusión subió de decibelios y se marchó sin despedirse. Ya no lo volvió a ver más.

Un golpe de aire debido a un cambio brusco en la dirección del viento, justo en el momento en el que Xavier daba un salto con un giro, hizo que la cometa perdiera tracción y se precipitara al agua dándose un golpe en la cabeza cerca de la orilla. Fue mala suerte. Había tenido varios accidentes de ese tipo y nunca le había pasado nada, se había recuperado en cuestión de horas. Pero esta vez la conmoción fue más grave. Al no ser la primera esta le provocó un cuadro de edema cerebral agudo que le causó la muerte.

Y desde entonces no había podido superar su ausencia. Seguía sintiendo que en cualquier momento aparecería de nuevo.

Carol entró al baño y se miró en el espejo. Su melena rubia había sido sustituida hacía un tiempo por un corte cómodo y moderno en un tono gris

con fondo lila. Ya no tenía la elasticidad que le habría gustado en sus párpados y unas pequeñas bolsas adornaban sus ojos. Demasiadas noches sin dormir y demasiadas lágrimas derramadas. Seguía siendo una mujer atractiva, pero ya no tenía ese característico brillo en la mirada ni sonreía tan a menudo. Se atusó el pelo con las manos y se pintó los labios de rojo. Sabía lo que tenía que hacer y no dudaría en intentarlo. Bajó de nuevo hasta la sala donde se encontraba Anne.

—¿Sabes que te quiero, verdad? —le dijo a su hija estrechándola entre sus brazos.

—Claro que sí —le correspondió ella—. ¿Te vas?

—Sí, pero... ¡volveré! —contestó con tono grave imitando al personaje de una antigua película.^[19]

Anne sonrió y volvió a abrazarla.

—Te estaré esperando.

Déjà vu

Londres, 10 de enero de 2019

—¡Mamá, mamá! —le llamó Anne—. Te has quedado dormida.

Carol despertó confundida, sin saber muy bien donde se encontraba. Anne estaba sentada en la alfombra del suelo rodeada de varios artículos y algunas fotos.

Aquella estampa le resultaba familiar. Cerró los ojos y volvió a abrirlos intentando despejarse y situarse en el momento en el que estaba.

—Mira. —Alargó su mano enseñándole una de las fotocopias—. Esta debía de ser Martha con sus padres y su hermano.

Observó el folio y leyó el titular. Sí, aquello ya lo había vivido.

—¿Te has fijado en cómo se llamaba la madre de Martha, mamá? —Carol seguía mirando la foto, intentando reconocer en ella a Martha, pero le era imposible.

—Sí, fue ella quien te puso el nombre, y ahora entiendo por qué.

Dejó a un lado los diarios para ver con Anne los recortes, las fotocopias y lo que podían intuir de las polaroids esteñidas por los años, reviviendo por segunda vez ese momento.

Estaba tan ensimismada que el sonido de las llaves le sorprendió. Se levantó del sillón dejando que los diarios se escurrieran hasta el suelo con el corazón a punto de salirse de su pecho, y corrió hasta la puerta de entrada para recibir no sabía muy bien a quién, pero con un fuerte presentimiento inundando su cuerpo.

Xavier dejó resbalar su bandolera con el membrete de *Quicksilver* que contenía el portátil y la recibió sorprendido. Carol se abrazó a él con fuerza, necesitaba su calor, que llenara ese vacío que tenía desde hacía más de dos años.

—¡Vaya! Veo que me has echado de menos.

Correspondió a su abrazo y a los besos desesperados que se sucedieron. Carol intentaba contener las lágrimas a duras penas.

Xavier la miró a los ojos analizando cada gesto, cada parpadeo,

intentando descifrar qué le sucedía. La había sentido extraña en sus últimas llamadas, produciéndole una sensación de desasosiego. Después del fallecimiento de sus suegros se habían alejado como nunca lo habían hecho antes y estaba realmente preocupado. Su voz sonaba misteriosa cuando le decía que había sucedido algo. Había alargado un día su vuelta por miedo a enfrentarse a lo que pudiera revelarles, a lo que escondían esas palabras, a pesar de estar deseando acabar con su agonía. La amaba y no sabía cómo podría afrontar el hecho de que lo suyo se acabara, de que quizá hubiera encontrado a otro. Sentía que le había fallado cuando más le necesitaba y no haberle dedicado más tiempo para ayudarlo a llevar su luto.

—¿Te encuentras bien? ¿Anne está bien?

A Carol no le dio tiempo a contestarle, solo a apartar las lágrimas que habían comenzado a surcar sus mejillas.

—¡Papá! Qué ganas de que volvieras. —Anne tiró de su mano obligándolo a deshacer el abrazo con su madre, y dejándolo sin ese calor que tan esperanzador le había sabido por un momento.

Miró a K mientras su hija lo arrastraba hasta la sala y le pareció ver de nuevo el brillo de aquellos ojos ambarinos en las puestas de sol de Mallorca. Le sonrió como sabía que le gustaba y no tardó en ser correspondido, lo que le produjo un alivio inmenso. Entonces se dio cuenta de lo que llevaba al cuello y se señaló el suyo con el dedo de clavícula a clavícula, frunciendo el ceño a la vez que arqueaba su famosa ceja. Carol se tocó el collar y le hizo un gesto con la mano queriéndole decir que luego le contaría.

—Creo que lo que tienes que enseñarme tiene que ser muy importante como para que te hayas olvidado de darme un beso. ¡Esperad! —Se paró en seco un instante antes de entrar en la habitación—. ¿No habrás convencido a tu madre de que te compre un perro?

—No. Esto es algo mucho mejor. Te va a encantar —le dijo con una sonrisa maliciosa.

Xavier se extrañó, por nada en el mundo habría imaginado que todo aquello tuviera que ver con él.

Entró en la sala y vio las encuadernaciones por el suelo y el sofá. Las fotocopias y las polaroids. Se agachó y lo primero que vio fue la foto del periódico donde salían Martha y su familia. En ese justo instante, al poner de nuevo en pie, la mano de Carol cogió la de Xavier. Él notó su calor y la apretó sin perder detalle tanto del pie de foto como de la familia en cuestión.

—Son tus antepasados... Esta niña —dijo señalando a Martha—, tiene

cierto aire a tu madre cuando era pequeña en esa foto que tenía en el zoo con sus padres.

Carol, que aún estaba intentando recuperarse, se quedó pensativa. Aquella fotografía la sacó Martha de un álbum y la puso en un marco en su habitación hacía muchos años. Ella se la llevó al despacho cuando falleció.

—Sé cual dices. —Anne se levantó para ir a buscarla.

Xavier aprovechó que no estaba Anne para dejar la fotocopia, agarrar a Carol y besarla con todas las ganas. De repente toda aquella aprensión se había esfumado y sentía un sosiego tremendo.

—Parece que habéis encontrado un pequeño tesoro —le susurró con los labios casi pegados, manteniendo sus frentes en contacto.

—Sí. Fue Anne. Está muy emocionada. Es ella la que quiere contarte de qué va todo esto.

Xavier se separó lo justo para mirarla con las cejas arqueadas.

—¿Hay más? ¿No es solo sumergirnos en el baúl de los recuerdos? ¿Y ese collar? Supongo que es de tu madre. No te pega mucho —le murmuró al oído haciendo que toda la piel de su cuerpo se le erizara.

Carol meneó la cabeza negando y sonriéndole, pero su sonrisa escondía mucho más. Estaba allí, había funcionado, lo había recuperado y no podía dejar de mirarlo, de absorber cada gesto suyo, el sonido de su voz que tanto había echado de menos, sus labios, su sabor, como si de un momento a otro se fuera a desvanecer.

—Solo te diré que tú —le dijo apoyando el dedo índice en su pecho—, acabas de ver algo en lo que nosotras no habíamos caído.

—¡Aquí está! —exclamó Anne con el portafotos en la mano.

Los tres pegaron sus cabezas comparando la foto impresa con la de Sam cuando era pequeña.

—Tienes razón —comentó Carol—, hay cierto parecido.

Xavier era un hombre muy observador y muy aficionado a todo lo relativo a lo sobrenatural. Un apasionado del psiquiatra Jiménez del Oso y su *Más allá* cuando era niño y en la actualidad de Iker Jiménez, no se perdía ni uno de sus programas que veía a través de *You Tube* desde que vivía en Londres. Le iba mucho todo lo esotérico, por eso Anne estaba segura de que su hallazgo, ese misterio familiar, le iba a encantar y, sobre todo, iba a poner a prueba sus creencias. Porque una cosa era leer o ver programas sobre el tema, y otra muy diferente vivirlo en tu propia casa, o lo que era peor, haberlo vivido sin saberlo.

—¡Es increíble!

Habían terminado de cenar unos sándwiches allí mismo mientras ponían al día a Xavier.

—¿Tú la crees? —preguntó Carol a su marido.

—¿Tú no? —le contestó contrariado—. Ya has visto el cambio de letra, las fotos, el trabajo de investigación que llevó sobre su presente convertido en pasado.

—No sé, podría haber sufrido un trastorno de personalidad.

—Como cuál. ¿Personalidad múltiple?

—No lo creo, porque ya no volvió a cambiar, quizá un trastorno esquizotípico.

—No encaja —le aseguró él—. Puede que durante un tiempo, hasta que se adaptó a su nueva vida, se comportara de una manera excéntrica, pero a mí siempre me pareció muy normal, tanto de pensamiento como vistiendo. Y pienso que tú misma te contestas. Nunca volvió a ser como fue la auténtica Samantha. Qué raro se me hace todo esto, porque yo la conocí siendo ya otra Sam, no puedo comparar, solo tú puedes saberlo —le dijo mirándola con intensidad—. Eres la única que puede decir si era o no tu verdadera madre.

Eso era cierto, ella era la única que había vivido el cambio, pero reconoció que se acostumbró rápidamente a esa nueva Sam, a esa mujer que de un día para otro cambió sus vidas para mejorarlas. Pero su mente se había resistido a creer en semejante hecho fantástico en un principio; al contrario que Xavier que no había dudado un momento de la veracidad de los hechos, como si fuera un acto de fe. Pero para ella no había sido tan fácil, hasta que lo comprobó por sí misma.

Ella también había viajado en el tiempo, pero para recuperar su tesoro más preciado.

Desde la torre de sonido se escuchaba la voz de Anne-Marie que cantaba *Don't me leave alone* de David Guetta y le pedía a alguien que no la dejara nunca, que no la dejara sola. Suspiró y deseó lo mismo, que Xavier no volviera a dejarla nunca, que no la dejara sola...

Miró los diarios caídos en la alfombra y fijó la vista en uno completamente nuevo con todas sus páginas en blanco y en el que la tinta de la portada comenzaba a secarse, el título rezaba: *Para Anne*.

FIN

Agradecimientos

A ti lector, por haber llegado hasta aquí y dejarte envolver por mi magia.

A mi hijo, por compartir tantas horas conmigo delante del televisor en cierta parte de la documentación, disertando sobre las paradojas de los viajes en el tiempo. Te quiero.

A mis Sisoul, Merce y Di, por su infinita paciencia cuando decía qué si y luego era que no, por no rendirse y haber llegado hasta aquí y permanecer siempre a mi lado. Por su ayuda y por el magnífico trabajo de edición que me han hecho. Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.

A Ana Idam por hacer realidad esta maravillosa portada y por trabajar mano a mano conmigo. Por tus ideas y tu aliento.

A Magda por plantar en mi cabeza la idea de un relato navideño que un año después se convirtió en novela.

A Mónica, Eli y Glori ¡Por Escocia!!!

A Nury, porque no nos perdamos.

A mi familia, en especial a mi madre y a mis hermanas por apoyarme. A mis sobrinas y cuñadas, a mis hermanos, por creer en mí. A mi tía Mary Abellán y a mis primas, en especial a mi primera lectora de esta rama de la familia M^a Carmen Martínez.

A Mercedes, mi sis bailona, por todo lo bueno que ha aportado a mi vida en este último año.

A mis bailones, en especial a Javito.

A 8ºF, que vivió conmigo las penas y las alegrías de aquel curso 84/85 y por todos los momentos que hemos vivido este año, a esos pocos valientes que hemos sabido disfrutar de este reencuentro... Gracias Fernando, Eguillor y Pidal por interesaros en mi afición.

A Marta, mi amiga de toda la vida.

A los morenos con barba y ojos claros... Y a los de ojos oscuros también, porque yo no soy de rubios.

Sobre la autora

Llegué a este mundo una primavera del año 1970 en una pequeña y adorable ciudad del norte llamada Pamplona, cuando la nieve cubría los inviernos y el verano duraba de junio a septiembre.

Fui la quinta de seis hermanos y me crié entre dos chicos que hasta su edad adulta no aprendieron a llevarse bien, por lo tanto, mi vida fue lo más parecido a la franja de Gaza.

Fui una niña solitaria. Noble, pero de fuerte carácter, que parecía estar buscando siempre su lugar en aquella casa llena de ruido.

Supongo que esa soledad en la que me sumía, me llevó a desarrollar una intensa imaginación, el gusto por contar historias y mi adoración por los balcones.

En aquel enorme piso al estilo *La familia y uno más*, llegué a ser Lois Lane, la novia de Superman y aprendí a trepar por las paredes de los pasillos como Spiderman. Ahora no puedo culpar a mi hijo adolescente, de ser un friki en potencia, lo ha heredado de mí.

Cuando el tiempo lo permitía, pasaba largas horas en aquel balcón, que también hacía las veces de trastero, donde colocaba la bañera de las barriguitas a modo de fregadero, una vieja tabla de formica como encimera de cocina y el tambor de *Colón*, que por aquella época tenía forma cilíndrica, a modo de mesa auxiliar. Me sentaba en la silla infantil plegable de playa, con fondo verde decorada de flores amarillas y naranjas que hoy en día haría furor por su estilo *vintage*, y escribía e ilustraba mis propios cuentos, a pesar de nunca se me dio bien el dibujo.

Era buena estudiante, hasta que deje de serlo porque mi alma romántica estaba más interesada en escribir notas de amor y pasarla por los pupitres que en leer a Miguel Delibes y seguir *El buen Camino*

El primer relato que escribí, fue una distopía, toda una ironía cuando hoy en día, no es mi género favorito. Tenía catorce años y ya enfrenté en un mundo apocalíptico, a los hombres contra las mujeres, aunque al final triunfaba el amor. Ya se me iba viendo el plumero, mucho drama con final feliz.

Pasados los años formé una familia y en cierto momento de mi vida, encontré refugio en aquel olvidado pasatiempo que me regaló excelentes amigas y todo un mundo por descubrir, el del escritor.

He escrito en blogs, en páginas de Facebook, tanto relatos cortos como historias por capítulos. Sitios donde me permitía desarrollar mi inquieta imaginación y la transformaba en textos.

Seleccionaron unos de mis relatos para la Antología Erótica, Venus de Noche en 2014 y dos microrrelatos, uno erótico y otro de terror en diferentes publicaciones.

En Enero de 2016, me estrené como autora indie en Amazon con mi novela [Compromiso con La Mafia](#) y el relato [Mi única salida](#) en la antología Relatos de lucha, amor y vida, cuyos beneficios iban destinados a la asociación española contra cáncer.

He colaborado en las ediciones de *Noches sin Luna*, *24 Horas y Pasado, presente. Tú* de Ana Idam. *kilómetro Cero* y la serie *A dos* de Dulce Merce. También he hecho de prelectora para otros autores indie.

Me podéis encontrar en las siguientes redes sociales:

[Instagram](#)

[Facebook](#)

[1] En esta fecha, tres astronautas llegaron a la luna, y marcaron un hito en la historia de la exploración humana.

[2] *Like a virgin* de Madonna. Traducción: Estaba incompleta. Sí lo estaba, triste y sola, pero tú me hiciste sentir. Sí, tú me hiciste sentir, brillante y nueva. Como una virgen tocada por primera vez. Como una virgen cuando tu corazón late junto al mío.

[3] Escena de la película *Poltergeist* de terror y suspense con fenómenos paranormales estrenada en 1982.

[4] *Girls Just Want To Have Fun* de Cindy Lauper. Traducción: Llego a casa, en la luz de la mañana. Mi madre dice: ¿Cuándo vas a vivir tu vida correctamente? Oh madre querida, nosotras no somos de las afortunadas. Y las chicas, ellas quieren divertirse. Oh las chicas solo quieren divertirse.

[5] *True* de Spandau Ballet. Traducción: Sé que por lo menos eso es verdad.

[6] *Time after time* de Cindy Lauper. Traducción : If you're lost you can look and you will find me time after time. If you fall I

will catch you I'll be waiting time after time.

[7] *Careless whisper* de George Michael. Traducción: Me siento tan inseguro, mientras tomo tu mano y te llevo a la pista de baile, mientras la música perece... Algo en tus ojos Llama a la mente una pantalla plateada y todo son tristes adiós. Nunca voy a bailar nuevamente, los pies culpables no llevan el ritmo, aunque es fácil simular. Sé que no eres tonta, debería haberlo sabido antes de engañar a una amiga y desperdiciar una oportunidad que me había sido dada. Pues yo nunca voy a volver a bailar de la manera que bailé contigo.

[8] Videojuego Frogger de Arcade para la consola Atari.

[9] Videojuego Donkey Kong de Nintendo

[10] Película de ciencia ficción y comedia estrenada en 1985, escrita y dirigida por Robert Zemeckis.

[11] Película de aventuras juvenil estrenada en 1985 y dirigida por Richard Donner. La historia original es de Steven Spielberg.

[12] Canción escrita por Bob Geldof y Midge Ure en 1984 para recaudar fondos contra la hambruna de Etiopía.

[13] Leyenda nórdica sobre Balder, dios del sol de verano, hijo de Odín y de Frigga, diosa del amor. Fue envenenado por Loki, dios del mal, con una flecha fabricada con muérdago, dejando a la Tierra fría y sin vida. Pero Fridda consiguió devolverle la vida, con sus lágrimas en la misma planta. Estas convirtieron en blanco nacarado las bayas y las bendijo, protegiendo a cualquiera que se encontrara debajo de la planta del muérdago y tendría derecho a un beso, como muestra de amor.

[14] Pizza Hut comenzaba a expandirse por Europa.

[15] Los Beatles.

[16] Película de Walt Disney estrenada en 1981. El personaje de ficción es un Volkswagen Beetle con ciertas características humanas.

[17] Leyenda de la mitología griega que narra el amor prohibido de la diosa Afrodita con el mortal Adonis. Las lágrimas de Afrodita se mezclaron con la sangre de Adonis tras sufrir un accidente de cacería y formaron flores rojas de increíble belleza. Antes de saber que el origen de las perlas era debido a un grano de arena se atribuía causas místicas y mágicas. En la antigua Grecia se tenía la creencia de que eran las lágrimas de Afrodita.

[18] Deporte de deslizamiento que consiste en el uso de una cometa de tracción, que tira del deportista por cuatro o cinco

líneas, dos fijas a la barra, y las dos o tres restantes pasan por el centro de la barra y se sujetan al cuerpo mediante un arnés, permitiendo deslizarse sobre el agua mediante una tabla o un esquí acuático sobre tabla diseñado para tal efecto.

[\[19\]](#) Escena final de Terminator. Película de ciencia ficción estrenada en 1984.